

Los encantos de la Encantada

piura

Anne M. Hocquenghem
Max Inga



cipca

CENTRO DE INVESTIGACION Y DESARROLLO DEL CAMPESINADO

LOS ENCANTOS DE LA ENCANTADA



ANNE MARIE HOCQUENGHEM
MAX INGA

Los encantos de La Encantada

biblioteca campesina 7



cipca-piura

CENTRO DE INVESTIGACION Y PROMOCION DEL CAMPESINADO

PRESENTACION

La serie de publicaciones CIPCA Biblioteca Campesina en su séptima entrega ofrece al lector un conjunto de relatos en versión escrita por Anne Marie Hocquenghem y, recogida de labios del multifacético artista popular Max Inga, excepcional ceramista y burilador de mates, que ahora nos sorprende gratamente con sus dotes de narrador.

La lectura de estos relatos nos conducirá a un plano de la existencia donde la realidad y la fantasía constituyen un mundo indivisible, sin distinción ni fronteras. Versiones semejantes encontramos en la tradición oral que se trasmite de generación en generación entre las gentes del pueblo piurano. Aquellos son parte de nuestra cultura, de nuestra historia y tal vez de nuestra fantasía.

Pasajes y paisajes de estas narraciones son motivo de algunas ilustraciones en el texto; otras muestran ceramios de la cultura Vicús, cuyo territorio abarca el actual caserío de La Encantada (Morropón).

Gracias al esfuerzo de Anne Marie; investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS—Francia), que en largas jornadas recopiló estos relatos y; a testimonios de Max, hoy podemos disfrutarlos como parte de nuestra Biblioteca Campesina.

JULIO CARRASCO

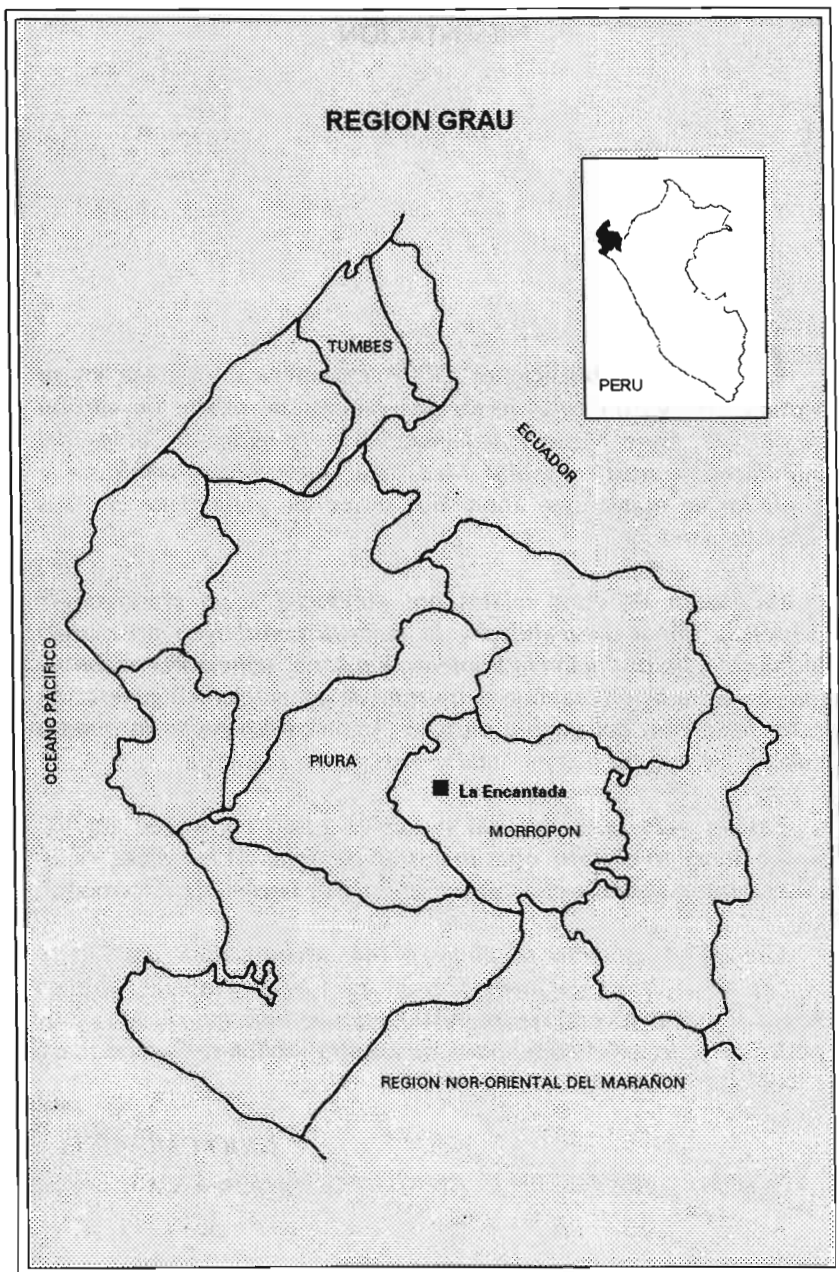
Ilustrado por David Ramírez

(C)

CIPCA
Centro de Investigación y Promoción del Campesinado
San Ignacio de Loyola 300, Urb. Miraflores, Castilla-Piura
Apdo. 305, Piura-Perú, Telf. (074) 328634, Fax (074) 323115

Mayo, 1996
2^{da}. Reimpresión

Proyecto Gráfico e Impresión: DEPARTAMENTO PUBLICACIONES CIPCA



CONTENIDO

PRESENTACION	
INTRODUCCION	9
ENCANTOS DE AYER	19
Los gentiles de la Loma Larga	21
La huaca de la Loma Larga	33
El golpe de arpa de la Loma Larga	42
La laguna encantada	44
Los cerros	45
ENCANTOS DE HOY	47
La huaca	49
La viuda	60
Las cuidadoras	65
El perro negro	67
La mesa mala	70
El diablo de Vicús	72
ANIMAS Y DUENDES	77
La ánima de mi madre	79
Los duendes	83
MAPAS Y CROQUIS	

INTRODUCCION

EL NARRADOR

Max Inga nació en el pueblo de La Encantada, cerca de la ciudad de Chulucanas, en el departamento de Piura. Acompañando a su abuelo, conoció la chacra y el rozo; los caminos del despoblado y de la serranía. Aprendió a sembrar, regar, cosechar; también a pastear, arrear y, según las necesidades, a intercambiar los productos costeros con los productos serranos, a ser arriero. Fue un campesino piurano como muchos.

La enfermedad lo clavó en una silla de ruedas, con brazos sin fuerzas y cuerdas vocales sin resonancia. Esmerándose para desarrollar la habilidad de sus manos y la modulación de su voz, comenzó a modelar arcilla, grabar mate, tocar rondín y contar historias de La Encantada. Se hizo ceramista, burilador, músico, narrador; y con sus recuerdos, con todo lo que sigue descubriendo, con lo que siente, ve, oye, da alma y vida a sus obras. Es un artista peruano como pocos.

Pasando del relato oral al texto escrito, se pierden las entonaciones de la voz ronca y cálida que se burla o amenaza, pregunta, contesta, convence y que, cambiando de registro y acentuando, va animando la narración.

Se pierde además todo el ambiente al interior de la casa, con los niños que entran y salen; la abuela que desgrana el maíz en una lata que suena, que ahuyenta las gallinas, los chanchitos y no termina de comentar, para ella sola lo que cuenta su nieto. Se pierde por la

ventana el canto como agua que corre de unos pájaros negros, el del chilalo, el estallido del canto del gallo, del rebuzno del burro y los balidos de un rebaño de cabras y ovejas, el ladrido de los perros, el llanto de los ejes de una carreta, el trote de un caballo y, de vez en cuando, el estruendo de una motocicleta.

A partir de las cuatro, se pierden los anuncios de la radio local, los comentarios y las conversaciones de los campesinos que vuelven de la chacra y se reúnen con nosotros en un chicherío donde jarra tras jarra, piqueo tras piqueo, nos sorprende el deslumbrante atardecer, el sol rojo que desaparece, el cielo morado que oscurece, el primer silbido de la lechuza...

"Los encantos de La Encantada", son mucho más que el pálido reflejo del talento individual de un narrador o el recuerdo de inolvidables reuniones con Max y su amigo de siempre "-el serrano-" tocando guitarra; su sobrina Esther cantando y su tío Félix contando chistes. "Los encantos de La Encantada" pertenecen a la tradición oral, uno de los aspectos de la cultura campesina de Piura. Nos dan a conocer las costumbres y las creencias de los campesinos, la conciencia que tienen de un espacio compartido: la región; de un tiempo transcurrido; la historia. Estas narraciones contribuyen a la elaboración de una historia regional.

LA HISTORIA

Los "encantos" son las lomas donde mucho tiempo atrás, antes de la llegada de los españoles cristianos, vivían los incas gentiles, los "huacos" y "huacas". Las ollas, chaquiras, pirulitos, mesas de estos "gentiles", así como sus ornamentos de cobre, plata y oro, hasta sus propios huesos, se encuentran caminando por las lomas y se descubren rozando, limpiando o construyendo una acequia, sacando arcilla para la ladrillera.

Estos "gentiles" se aparecieron a los abuelos hasta el año 25, el año de las lluvias que, como en el año 83, azotaron el norte del Perú. Después del diluvio, nadie los ha vuelto a ver. Se alejaron. Se fueron.

El río se los llevó. ¿Quién sabe dónde estarán? ¿Dónde se habrán ido? ¿Será que los molestó el ruido de los motores de las nuevas bombas que se instalaron para subir el agua del río a los canales? ¿Será que los molestó el llanto de los niños, el aullar de los perros y el rebuznar de los burros? A ellos les gustaba la soledad y desde el año 25 el pueblo creció mucho, vinieron peones de las dos haciendas colindantes, Huápalas y Nómala.

Los "gentiles" eran enanos, pero con poderes sobrenaturales. Podían adivinar lo que iba a pasar, tenían mucha fuerza. Se vestían a lo antiguo, a lo incaico. Necesitaban comer y rogaban o robaban leche, cabritos, maíz, chicha. Si se les daba lo que deseaban, agradecidos, ofrecían oro. Si se les negaba, ofendidos, enfermaban y mataban. Unas "huacas" eran guardianas de los tesoros de los "gentiles" y espantaban, mataban o enfermaban a quienes se aproximaban a sus lomas y se arriesgaban a "huaquear" a buscar oro, plata o huacos, ceramios finos.

Hoy aparecen otras "huacas", de tamaño normal, son mujeres viejas vestidas de negro, de pelo largo que cuidan las monedas de oro y plata enterradas en las lomas en el tiempo de la hacienda, cuando no había banco para depositar sus ahorros. Son la "viuda" que llora y se lleva a los hombres o una "huaca" joven, bella como una virgen, con largos aretes de oro, que para ganarse a los hombres les ofrece riquezas o carros nuevos y también se lleva a los niños. Los hombres que se van a trabajar a la chacra o al despoblado y pasan por las lomas encantadas son las víctimas de las "huacas", así como los niños desprevenidos que juegan en sus alrededores. Las mujeres parecen salvarse de estos peligros, se quedan en el pueblo, o, si salen, salen acompañadas.

En el cerro Vicús sigue viviendo el "Diablo". Pero el diablo de antes era un poco diferente, se parecía a un hacendado, montado en un caballo fino, blanco, andaba con espuelas de plata. Ahora aparece como un señor bien vestido con sombrero chico. Se está transformando, hace poco unos lo vieron como gringo circulando en un carro de lujo. El "Diablo" da riquezas y poderes a quien hace pacto con él ofreciéndole un ganado o hasta una hija.

Dicen los jóvenes que no "espanta" tanto como antes y que saben protegerse. Desde el año 83, que marcó otra ruptura en el transcurrir del tiempo en La Encantada, ya no se temen tanto a las "huacas".

Las narraciones de encantos nos indican como va transcurriendo el tiempo. Según la tradición oral parece haber la percepción de tres épocas diferentes:

—Del tiempo de la hacienda hasta las lluvias del 25, cuando los abuelos veían a los gentiles.

—Del año 25 hasta las lluvias del 83, cuando aparecieron una nueva generación de huacas.

—Del 83 hasta hoy cuando se alejan estas "huacas".

LA REGION

Los "encantos", las lomas, rodean el pueblo de La Encantada situado en la margen izquierda del río Piura, al límite de lo que fueron las antiguas haciendas de Nómala al norte y Huápalas al sur. Las haciendas de Nómala y Huápalas eran parte de una unidad territorial que corresponde hoy al Bajo, al Medio y al Alto Piura, territorio definido en los relatos por cuatro cerros linderos, que pelean como "Titanes" para obtener, en tiempo de invierno, las lluvias. Estos cerros son: al sur el Vicús, cerca de Chulucanas y La Encantada; al norte, el Ereó, cerca de Tambogrande; al este, el Pilán, cerca de Morropón; y al oeste, el Punta Aguja, cerca de Sechura.

Los relatos nos hacen descubrir el territorio desde La Encantada. Ir al norte, es irse a Nómala; ir al sur, es irse a Huápalas. Bajar al río, es caminar hacia adentro; subir al despoblado, es caminar hacia afuera. Hacia adentro, se va a las chacras donde se trabaja y a las playas del río, donde se pesca lisas con atarrayas, se lava en las mañanas y se baña en las tardes. Hacia afuera, se va al despoblado, a los temporales y a los corrales, a recojer algarrobo y madera, a ver las colmenas y obviamente a "pastear" el ganado. En la margen izquierda del río hay poca agua y la producción es más ganadera que agrícola. El camino a Chulucanas es por adentro, pasando un barranco y siguiendo del

otro lado del río. De Chulucanas por la carretera, se vuelve a cruzar el río y se llega al pie del cerro Vicús, al "Cincuenta" pueblo establecido en el Km 50 de la antigua Panamericana entre Piura y Olmos.

Lo que hace la unidad del territorio dominado por los cuatro cerros mencionados es, ante todo, su población de origen indígena, de Catacaos y Sechura. Son gentes concentradas, después de la conquista, en el entonces poco productivo Bajo Piura. El Bajo Piura sólo tenía agua durante cuatro meses, de enero a abril. Los españoles se implantaron en el Alto Piura que goza, además de las lluvias invernales, del agua que baja de las serranías de Frías, Santo Domingo, Chalaco, Yamango. El río Piura recibe afluentes en su margen derecha por las quebradas de Río Seco, Yapatera, San Jorge, Las Damas, Las Gallegas y el río Corral del Medio.

Durante todo el período colonial, en las haciendas al Alto Piura sirvieron como mano de obra, peones por turno llamados "mitayos" que eran indígenas del Bajo Piura. Durante el período republicano siguieron sirviendo las mismas gentes como peones arrendatarios, llamados "yanaconas". Desde la Reforma Agraria quedaron como socios de cooperativas o pequeños propietarios de parcelas. A esta mano de obra indígena de origen catacaos y sechurano hay que añadir algunos "mitayos" y "yanaconas" o peones que venían de Olmos y compartían las mismas costumbres y creencias.

Se distingue, en la margen derecha, en las antiguas haciendas de regadío de Yapatera, Chapica, Talandracas, Morropón y Buenos Aires, una población diferente, de origen africano. Son los descendientes de los esclavos que los hacendados compraron para trabajar la caña de azúcar, el maíz y más tarde el algodón, el arroz.

LAS COSTUMBRES

Las narraciones de "encantos" nos hablan de algunas costumbres de los campesinos de La Encantada. Son costumbres de agricultores-pastores en un ambiente natural de "bosque seco ecuatorial", donde el factor limitante de la producción es el agua.

Hoy en las tierras que se logran irrigar, con acequias y bombas, se siembra para el mercado nacional o internacional: algodón, arroz, maíz híbrido, algo de sorgo y marigold; son monocultivos modernos. En las chacras hay policultivos más tradicionales de panllevar. Se siembra maíz criollo, frijol, sarandaja, zapallo, yuca, camote, calabaza, junto con frutales: mangos, plátanos, cítricos, papayas, paltas.

Los años de lluvia, en el despoblado se cercan temporales protegidos de los animales donde se siembra maíz para la venta y panllevar. Los años secos se sufre y se vive más del ganado, se migra a trabajar a la ciudad o a la selva. Además del trabajo de chacarero y pastor, se puede especializar de comerciante, artesano ladrillero, carpintero, ollero. Unos son pescadores en el río; algunos con poderes especiales se dedican al curanderismo: son maestros, curiosos, entendidos o cirujanos. Las mujeres en las casas se dedican a criar los hijos, cocinar, lavar, hilar, tejer, criar gallinas, patos, chanchos y preparar por turno la chicha para la familia y los vecinos.

Las narraciones nos cuentan de las actividades de los chacareros, pastores, pescadores, artesanos, comerciantes con sus diferentes implementos: palanas, machetes, alforjas, cuerdas, atarrayas, ollas, cántaros, potos, sillas, aperos. Nos indican cómo se limpia una acequia, se riega, se cosecha el maíz, como se comportan los animales, cuánto cuesta elaborar la chicha, cuáles son las dificultades para movilizarse y transportar las mercaderías, cómo se fabrican los ladrillos.

Los relatos de "Encantos" nos hablan de las cosas de la vida. Pero también nos hablan de las cosas de la muerte y la enfermedad causada por "los espantos" de "los encantos", por las "salidas de las huacas". Nos dicen cómo y por qué un hombre joven, fuerte y sano, puede, de repente, alocarse, secarse, botar sangre y morir; cómo y por qué un niño bonito, gordito y alegre puede dormirse tranquilo y no llegar a despertarse.

Oyendo de "encantos", "espantos", "huaca", "viuda", "guardianes y "guardianas", "gentiles", y de sus poderes sobrenaturales, se conoce

a uno de los especialistas más poderosos: el curandero. El curandero puede curar las enfermedades causadas por los dueños de los "encantos"; el médico sólo puede curar las enfermedades "de Dios".

El curandero puede "rasterar" la sombra del enfermo que ha sido atacado por una "huaca"; puede "llamarla", y si la "huaca" no lo ha "ganado", puede curarlo con su mesa, sus artes. Según las narraciones, el oficio de curandero es muy antiguo. Había curanderos en el tiempo de los "gentiles" —de los Incas— y se encuentran hoy; sus mesas, sus artes son todavía poderosos.

El poder del curandero es ambivalente. Si trabaja bien, "con corazón", con "devoción", con "virtud", puede curar; pero si es brujo "malero", "manaturalozo" puede dañar, hacer "la cosa mala", "la cochinateda", la "brujería". Para curar o dañar el curandero o el brujo invoca los poderes de los cerros, cerros donde vive el "diablo" y cerros llamados en toda la región "huaca" y "viuda". El poder del curandero o del brujo es el de las "huacas" y "viudas", el del "diablo". Pero el "diablo" es el más poderoso, todos le temen.

LAS CREENCIAS

"Los encantos de La Encantada" no son cuentos o fábulas, son relatos de acontecimientos verídicos, de cosas que pasaron de verdad a familiares o vecinos que todos conocen y que, de veras, vieron la "huaca" o la "viuda", el "gentil" o el "diablo" y de veras se enfrentaron y murieron. Si se salvaron es porque recurrieron al curandero y le tenían fe. Estos relatos tratan de relaciones entre moradores de este mundo y moradores de otro mundo; de encuentros con ancestros lejanos como los "gentiles" y otros habitantes de las lomas que suelen "espantar", o con difuntos más cercanos como las "Animas", o los "Duendes" que aparecen y piden misa o agua bendita.

Las narraciones demuestran cuánto los campesinos tienen fe en el poder de estos seres sobrenaturales y fe en el poder del curandero o brujo que, desde antes de la llegada de los españoles, tiene conocimiento de cómo tratar con ellos para curar o dañar. Pero las

narraciones demuestran también otra fe en el poder sobrenatural de Dios Todopoderoso. "Diosito Lindo", de Cristo, "Cautivito", de la Virgen y de los Santos, que enferman a los culpables y otra fe en el poder del médico que, con medicinas, puede curar las enfermedades de Dios. Una fe es de origen indígena, otra fe es de origen española. La fe campesina es, como el campesino, de doble ascendencia, mestiza.

La fe es lo que añade al mundo, a las cosas y a las prácticas o costumbres tal como son, una dimensión sobrenatural, perceptible solamente a los que creen, cualquiera que sea su creencia. La fe, cualquiera sea su origen, es lo que permite explicar y aceptar lo inexplicable o inaceptable; se va transformando según van cambiando las formas de vida y las necesidades de los que la comparten, es parte de la cultura. Por extraño que pueda parecer a algunos la fe campesina, que se manifiesta en estas narraciones, debe ser entendida y respetada. La expresión de la fe es un elemento de la cultura campesina; al intentar transformarla se intenta transformar el sistema de producción y reproducción social. Conciente de esta interrelación es imposible proponer, de afuera, un cambio ideológico sin ofrecer los medios de un cambio material. No puede evolucionar una visión del mundo si el mundo no evoluciona. No pueden cambiar creencias y costumbres que ayudan a soportar una forma de vida si no se mejora primero esta forma de vida. Todo intento de imponer una nueva expresión de la fe sin una previa reestructuración social, es un acto de violencia, una agresión, una violación al campesinado

DE LA ENCANTADA MAS ALLA

Los relatos de "encantos", los conocen todos en la Encantada. Los contaron los abuelos o los padres, los hermanos y los vecinos, en reuniones de noche en las casas o en los chicheríos donde se conversa de las cosas de la vida, se comentan las noticias, se recuerdan los asaltos en los caminos o los "espantos". Pero las mismas narraciones se pueden oír en todo el valle: ayer en el Bajo Piura se dio la noticia de que salió una "huaca" por el caserío de Pozo de los Ramos, que el que la vio se encuentra muy mal, que se llamó al

curandero. He oído relatos similares en la sierra de Frías, Santo Domingo, Chalaco o Pacaipampa de Ayabaca y Huancabamba. A veces los nombres cambian, el "diablo" es el "tutapur" que en quechua quiere decir el que "camina de noche". Por todos lados las "huacas" salen de preferencia de noche, entre las seis de la tarde y las seis de la mañana, enferman igual y se tienen que curar las víctimas con los mismos métodos recurriendo al curandero. Es más, si se indaga, se descubren versiones semejantes sobre los "gentiles", las "huacas", el diablo o las "ánimas" y los "duendes", sobre los cuatro cerros que delimitan el territorio y sus peleas por el bien de los que viven en sus alrededores, sobre lagunas encantadas que dan sus nombres a comunidades, en todos los andes.

La tradición oral de La Encantada desborda La Encantada; es parte de una tradición oral andina que se debe rescatar y apreciar, como patrimonio, como testimonio de un pasado que es necesario entender, para poder analizar los problemas que se presentan hoy y vislumbrar las posibilidades de superarlos en el futuro.



LOS
ENCANTOS DE
AYER



LOS GENTILES DE LA LOMA LARGA

LOS GENTILES Y EL PASTOR

Cuentan que en épocas de los hacendados, los gamonales, todo esto ha sido de Nómala y Huápalas, ha sido de los hacendados, de los patrones. Aquí el pueblo de La Encantada era una cinta entre dos haciendas. El pueblo se extendió, ya no es caserío. Me cuentan que el hacendado tenía bastante ganado, tenía caballos, vacas, pero cada cual, uno que controle el ganado, otro que controle los caballos y otro que controle las vacas. Este hacendado era un tal Hilarión Alguero o algo así.

Bueno, un señor, padre de Guillermo Flores de por acá de Nómala, nos contó que él vivía con su familia. Tenía corralón, tenía chiquero para los chivitos, chiquero para los borreguitos chiquitos, corral grande para el ganado, las cabras. Y entonces dice que una vez de madrugada, todas las madrugadas se levantaban a ordeñar, a sacar leche a las cabras y amamantar chivos. Porque los chivos chicos los amamantan y los encierran en un chiquero, un corral chiquito que se le llama chiquero, para que no vayan al campo con la cabra porque en el campo se cansan y se pierden. Y la cabra por la fuerza tiene que venir aunque se quiera apartar, por fuerza se viene a su casa por sus hijitos, sus chiquitos. Entonces un día dice que estaban que sacaban leche a las seis de la mañana, en ese tiempo sacaban la leche con los potos churucos, en puros potos sacaban la leche. De repente, entre las quinchas dicen que dos personas, chiquitas, bien roncadas hablaban:

—¡Señor, señor!
—¿Quién habla por allí?
—¡Señor!

Bien vozarrones, voz de persona adulta. ¿Qué vieron? Eran dos personas, dos hombrecitos bien chiquititos. Sus piernitas bien gorditas, sus bracitos bien gorditos. Enanitos pero bien barbones, patilludos. Con su ropa de hilo, hilado, así como hacían los Incas, con pantaloncito mocho, así corto y con sus polainitas, pero las polainitas eran de oro, brillaban. Con sus sombreritos con forma de casco pero de oro, con sus ponchos y sus botijas. Las botijas eran como especie de aríbalos —me cuenta— porque los cántaros no tenían base abajo. Los cántaros eran puntudos, entonces llegué a comprender que eran aríbalos amarrados a la espalda. Que los miraban y que las cabras orejeaban al ver que hablaban.

-¡Qué!, dijo el señor, ¿qué cosa quieren?, ¿qué cosa quieren?
-Señor, regálenos un cantarito de leche, queremos que nos de leche.
-¿Qué?

La señora dijo:

—No les des. Son diablos, son huacos. No les des. ¡Córrelos!

—Váyansen, váyansen de aquí hijos de la granputa. Váyansen, quéquieren. Aquí no les tengo nada ni les debo nada. ¡Fuera, fuera de aquí!, dijo el señor.

—No, no señor, nosotros queremos ser buenos con usted. Denos un poquito de leche, mire si no nos da leche después nos dará la razón. Queremos leche, no más para probar la lechecita.

—¡No, córralos!, Diosito lindo estos son el diablo. No, no hay leche para ustedes, ¡córransen!, dijo la mujer.

Y leche había en abundancia imagínese.

—¡Váyansen. No, no hay!

Se fueron diciendo:

—Mañana van a amanecer las mejores cabras muertas, los mejores chivos muertos, por no querer darnos leche.

—¡No, fuera de aquí! Desgraciados, condenados.

Y se fueron.

Al otro día, cierto. Amanecieron las mejores cabras como que si les habían ahorcado de la garganta, los mejores chivos muertos. Entonces le dieron a saber al patrón.

—¡Han amanecido unos chivos muertos!

Pero no dieron la razón, no le dijeron porqué. Bueno el patrón dijo:

—¡Habrán muerto seguro por plagas!

Bueno, pasando como un mes, otra vez estaban que ordeñaban, pero andaban haciendo el comentario a la gente porque era algo raro no. Y al mes, así, de nuevo.

—¡Púrate hijito!, que nos amanecemos. ¡Púrate!, porque falta amamantar a los chivos, vayan sacando las cabras, "la pintada".

Porque cada cabra tiene su nombre: "la pintada", "la mulata", "la cacho doblado", así.

—Dale a cada una sus chivos.

Y otra vez:

—¡Señor, señor!

Vuelta otra vez, entre las varas sacaban la cara, recostados entre la quincha, y dicen:

—Regálenos un poco de leche, queremos no más que nos llene estos cantaritos.

—No, ya les he dicho, hijos de la granputa, que no hay leche para ustedes.

—Mire, si usted no nos da leche seguimos matando las mejores cabras, seguimos matando cabras, se le van a morir las mejores cabras.

—¡Fuera de aquí!, váyanse de aquí!

Entonces se han ido otra vez y nada de leche. Otra vez las cabras muertas.

—¿Ya le aviso al patrón?

—No.

—Hay que avisarle al patrón ya que son los gentiles, estos son los gentiles.

Le avisaron al patrón, le narraron todo tal como había sucedido:

—Ay no hijito, tú no les debes de negar nada, ellos son los gentiles, son huacos, cuidadores de estas lomas huacas, tantos encantos que hay por aquí. Dáles porque si no de repente hasta a ustedes se los llevan, hasta ustedes amanecen muertos. No les nieguen nada. Todo lo que ellos pidan no les nieguen. Dénle, si quieren leche, que lleven.

—Muy bien.

La tercera vez que llegaron, otra vez la misma historia. Ellos estaban por las quinchas, dicen que cuando llegaban "Brurr..." Las cabras se corrían y orejeaban. Ellos hablaban, pues, normalmente:

—¡Señor, señor!, queremos que nos de un cantarito de leche.

La señora dijo:

—¡Ay Diosito!, dáles pues, dáles a estos diablos, qué serán!

El señor dijo:

—¡Callal, no digas nada, no vayan a enojarse, son cosas del diablo.

¿Qué es lo que quieren?

—Señor, queremos que nos de un cantarito de leche, queremos tomar.

Como el patrón ya lo había ordenado...

—¡Ah ya!, bueno, saquen, allá hay leche.

Agarraron ellos, llenaron su cantarito. Era un cantarito chico y para ellos se les veía un inmenso cántaro. Dicen que con sus ponchitos tejidos, su ropa era de hilo hilado y sus bracitos bien gorditos, bien curiosos sus deditos, sus caras. Pero no eran de esos enanos dobladitos que tienen una loma en la espalda. Eran chiquitos como una criatura, curiosos. Y los veían los de la casa, sus hijos. Comenzaron a mirarlos y toditos con la mirada hacia ellos, mirándoles sus movimientos. Y ellos, llenaban normalmente su cantarito de leche, se sentaban, se lo amarraban a la espalda, se paraban y ahora sí se iban.

—Hasta luego señor, muchas gracias.

—Ya señor, cuando guste.

Bueno, de ahí no vinieron hasta otro tiempo, cuando otra vez llegaron.

—Señor, regálenos otro cantarito de leche.

—Ya, pasen, pasen no más, saquen allí hay leche. Pasen no más ya.

Ya entraban ellos. Bueno, hasta que un día ya no quisieron leche ya.

—Sabe que ahora ya no venimos por leche. Ahora no venimos por leche.

—¿No?

—No. Ahora queremos otra cosa, dijo.

Pucha, que se puso saltón el pastor:

—¿Y qué es lo que quieren?

—Queremos que nos regale un chivito, queremos un chivo, un chivo de leche.

Entonces se acordaba el señor:

—Si les niego me pueden matar a los chivos, me pueden matar a las cabras y el patrón me ha ordenado que les de las cosas que quieran. Pero, bueno, pasen pues.

Dicen que entraron.

—Allí entren en el chiquero, escojan los chivos que quieran.

Los chivos son chiquitos, pues, ¿no?, y entraron estos gentiles. Era curioso, que para estos gentiles parecían que eran unos inmensos animales los chivos. Dicen que se escojieron uno, y nada, sin amarrar, parece que tenían fuerza, lo alzaron como si nada y en el hombro. Parece como si un hombre llevaba una cabra grandota en el hombro. Se fueron con su chivo. Y a los tiempos, cuatro veces vinieron, llegaron otra vez, la misma historia:

—¡Señor!

Vuelta allí.

—Hola señor, bueno sabe que hemos venido, es que queremos hablar con usted.

—¿Qué, qué es lo que quieren? Sí hay leche, si quieren leche pasen.

—No, no queremos leche.
—¿Qué?, ¿quieren chivos?
—No, no. Tampoco queremos chivos, queremos otra cosa.
—¡Diablos!, ¿qué quieren ahora?, dijo el señor.
—Es que, sabe que queremos que nos prepare chicha pero, que sea de maíz blanco.
—¡Chicha de maíz blanco!
—Sí, pero que sea de maíz blanco.
—Bueno, dijo, pero ahorita no tenemos nosotros chicha.
—No. Queremos que nos prepare para la próxima semana que venimos. Usted no más la prepara, y nosotros sabemos cuando está ya y venimos.
—Bien. Voy a buscar maíz y de allá yo les aviso y vienen ustedes, dijo.
—No. Usted no más consiga y el día que está yo vengo no más.
—Ah, bien, ¿nada más?
—No, nada más. ¡Ah, sí! ¿Por qué? no manda su hijito con nosotros? Mande su hijito con nosotros, para llevarlo allá a la casa.
—¿Qué?, y para qué ¿Para qué quieren llevarlo allá al muchacho?
—Quiero que vaya para regalarle una pata con patitos.
—Ah. Yo cualquier día le mando, dijo.
—No. Yo quiero que vaya conmigo, usted es bien bueno.
—No. También tenemos bastante animal, ahí no más.
—No. Yo quiero regalarle, quiero también ser bueno con usted.
—Yo cualquier día lo mando, cualquier día lo mando, dijo el señor.

No se confiaba, porque sabía que eran los huacos, los gentiles. Y así se fueron.

—Bueno mujer, pues tendrás que buscarte maíz blanco para que les prepares la chicha a estos demonios.

Y así pues la señora buscó el maíz blanco, escogieron el maíz. Le avisaron al otro día al patrón, le contaron todo al patrón.

El patrón dijo:

—Entonces hijito tendrá que hacerle, pero cuidado con que ustedes manden un hijo con ellos, en eso sí no se confíen. Por ahí ustedes engañan que van a ir y que no van.

—Tendremos que cambiar de sitio entonces. Ha sido por la loma larga dicen, por ahí que me cuentan.

Así es que un día, ya prepararon la chicha, en cántaro grande, de esos cántaros pues de nosotros. Les preparó la señora la chicha, que la señora se negaba.

—Quemándose para que otro tome y ahora estos diablos, para que tomen chicha.

Bueno, han cernido la chicha, la prepararon, que son dos días de proceso de la chicha pues, le han llenado su cántaro. Y como que les hubieran avisado, vinieron.

—Nos hemos venido a ver si está la chicha.

—Ya. Ya está.

—Bueno, es que quiero que la lleve a esta loma. Le señaló la loma.

—Allí déjala a las seis de la tarde.

—¿Qué yo voy?

—Si usted va, no le va a pasar nada, por allí está mi casita, a la vueltita.

—Pero señor, yo no he visto casa por allí.

—Por allí vivo, por allí vivimos. Usted va allí y deje el cántaro no más, en todo el centro de la loma. Mañana a la mañana va a recoger el cántaro. Pero, mande uno de sus hijos para regalarle la pata con los patitos.

—Ya, muy bien.

No se la valió el señor, ni se confió nada. Dicen que a las seis de la tarde no se fue solito; se fue acompañado de sus hijos. Sentó el cántaro allí, hizo un hueco y lo sentó, le puso un ladrillo, lo tapó bien tapadito, lo dejó allí bien tapado. Dijo:

—Aquí me dijo que lo deje ¿Por a donde estarán?, seguro que por allí estarán metidos.

Se vinieron, dejaron el cántaro allí. Al otro día, allí estaba.

—¡Caramba!, no han llevado la chicha.

Dicen que conforme lo han dejado está, tapado, como es.

—A ver, voy a ver si está la chicha.

Fueron a abrir, no había ni una gota de chicha.

—¡Qué!, miraron.

—¿Dónde estarán los rastros?

No había nada.

¿De dónde habrían venido? No había nada, todo como lo hubieran absorbido todo.

Y un día dicen, llegaron especialmente a decirles que vayan.

—Usted que vaya, para regalarle una pata con patitos.

Y el señor le comentó a la gente:

—No, van a comenzar con ustedes. Primero han comenzado con la leche, después con los chivos, después con la chicha y ahora quieren comenzar con sus hijos.

—Ah no. Yo de aquí me voy, dijo.

O sea que este señor cambió de corral ya. Pero, le habían dicho que la pata con patitos no era un animal verdadero, sino que le iban a regalar una pata de oro, una pata con patitos todo de oro. Y este señor no quiso, no quiso recibir nada en contribución. Se fue el señor. Cambió de lugar. Los gentiles yo creo que no eran malos. Sí quieren regalar la pata de oro con sus patitos de oro. Cuando uno les da, ellos quieren regalar. Eso sí, si uno no les da, ellos matan.

LOS GENTILES QUE ROBAN EL AGUA

Había unos regadores, también por la loma larga, que siempre por allí se rompía el canal. Se rompía el canal y siempre los regadores regaban por allí, porque el patrón les mandaba a regar. Entonces ellos se preguntaban:

—Pero, ¿por qué se rompe el canal, tanto que lo cuidamos?

Tenían que estar cuidando el canal allí, porque si no menos se iban a dar vueltas, ellos por allá a una cuadra, dos cuadras a rondar el canal, cuando regresaban, tenían una tremenda tapa que se les había volado. Ellos volvían a poner palos, a poner tapas, muros de barro con paja, para que tape el agua porque se hacía un inmenso boquerón. El agua se empozaba en una laguna cerca de la Loma Larga. Siempre les habían dicho que salen unos huacos a romper el agua. Ellos son los que rompen el agua y para que no rompan el agua, tenían que estar cuidando con una lámpara y especialmente en la tapa.

Hasta un día sesteando, como se dice, sesteando lo llamamos que uno está descansando a las 12 del día. Estaba uno acostado en el árbol, varios regadores habían puesto sus alforjas de cama, sus palanas, sus cuchillos y se quedaron mirando. Cuando de repente, oyeron rumores de que alguien andaba y vieron, eran unos niñitos que andaban.

—¿Y estos niñitos que andan así?

Les vieron su vestimenta con ponchitos, sus vestimentas de hilo hilado, pero no eran ofensivos. Los vieron que llenaban sus tinajas de agua, los dos se la amarraron en su espalda y comenzaron a caminar tranquilos. Pero, así con sus sandalias de metal, bien gorditos, bien patilludos, barbones. Entonces dijeron:

—¡Esos son los que rompen el agua!

Pero, en ese momento no rompieron el agua, sino que se dejaron ver a las 12 de día, para que vean que ellos eran los causantes que se rompieran las posturas del agua. Allí se fueron, nada más, no les hizo daño a nadie.

EL GENTIL QUE ROBABA EL MAIZ

Escuché decir, pero esto no sé si será aquí en La Encantada, si fue aquí en La Encantada o fue en otra parte. Lo contaron de noche a mis abuelitos y la narración me gustó; la recuerdo muy bien.

Eran unos chacareros que tenían maíz para cosecha ya, mazorca. Qué pasa, que a este señor se le robaban el maíz; en mazorcas se le llevaban el maíz. Encontraba que le robaban pues. Este señor dicen que renegaba, decía:

—¿Quién será este hijo de la granputa que me roba el maíz?

O sea que él rastreaba, encontraba vaquetas, pero chiquitas, de niño.

Este señor decía:

—Seguro que son esos traviesos, éste es viejo pero manda a la criatura para que robe aquí. Pero, a ver, por aquí todos tienen chacras, sólo a mí me roban, a mí no más.

Y sólo a él le robaban, a nadie más le robaban, solamente a él. Así que siempre daba vuelta, encontraba rastros de la vaquetita, así vaquetita de niño, chiquitita la vaqueta. Que decía:

—Pero esta criatura me roba tanto el choclo, tanto choclo que roba, se preguntaba siempre.

Dice:

—Este hijo de la granputa, si lo encuentro, yo lo medio mato a penca.

Pero, él no sabía quién era que le robaba, preguntaba:

—¿Quién?, -a los demás- quién, pues, me robará?

Preguntaba a los demás vecinos, los chacareros.

—No, no hemos visto, ni a mí me roban.

—Pero a mí sí, siempre encuentro robadero de choclos.

Es que un día se puso él a dormir allí, en su chacra. Veía por donde salían los rastros del niño, con su cuchillo y un cabresto, una penca, o sea un chicote. Y un día, estaba a las seis de la tarde a hacerle guardia, pues. Todo el día paraba él allí y nada, se vino a comer y se fue otra vez a esperarlo, pues. De repente dice que se andaba dando vueltas y escuchó el sonido, "pracc...". Quebraban el maíz, dijo:

—Aquí está, aquí me lo pesco. Hoy le saco la mierda pues, este hijo de la granputa.

Cuando le ve, el muchachito gordito, ropa vieja, así toda gruesa, ropa que no usamos nosotros, era ropa distinta a la nuestra. Estaba de espaldas, "pracc...", se bajaba los choclos. Como era chiquitito, no alcanzaba los choclos, tumbaba la planta, entonces allí en el suelo, llenaba la alforja.

Cuando lo descubrió, se puso a mirarlo.

—¡Cómo! ¿Quién es este muchachito tan distinto, de otra forma? Cuando el gentil llenó su alforja de choclos, se la tiró al hombro y se vino. Se lo siguió; saliendo, lo pesca.

—¡Ah! so, hijo de la granputa. Tú eres el que te robas los choclos.

Dicen que lo agarró a pencazos, El muchacho nada gritaba, ni gemía nada, "pla, pla..." , le daba, agarró el cuchillo, le daba palmazos en la espalda.

—Dime, ¿quién te manda?

Es que le veía enanito, diferente. Entonces le habló.

—¡Ya no me pegues!, dijo. No me pegues, no quiero que me pegues.

Voz de hombre, fuerte, vozarrona pues ya. El hombre se quedó medio azorado, y asustado y dijo:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy..., vivo en esas lomas, pero no me pegues, que yo te voy a devolver todo lo que te he robado. Si gustas, gustas; ven, trae toda la alforja de choclo que te tengo, ya. Yo soy el que te estoy llevando los choclos, porque necesito.

Entonces ya el señor comprendió, porque le dijo:

—Vamos, pa'que traiga el choclo que te he robado.

—No, no, dijo. Yo no voy, ya. Llévate el choclo.

—¿Me lo regalas?

—Sí, llévatelo, dijo.

—Pero, yo te quiero devolver la alforja de choclo. Mañana me espera aquí, yo te voy a traer la alforja de choclo.

—No, dijo. Ya déjalo no más, ya déjalo.

Porque comprendió que ya no era de este mundo, decía. Entonces él estaba con su cuchillo ya, porque con el cuchillo cobra valor, pues.

Y al otro día, cierto. Llegó con su alforja de choclos el hombrecito.

—Aquí te traigo otra alforja de choclos.

—No, dijo, no, yo no quiero choclos, yo tengo hartos choclos.

—No, dijo, yo quiero que me recibas, si no también me voy a molestar.

Entonces el señor.

—Ya pues, échalo aquí, en este saco.

—Aquí te devuelvo tus mazorcas que me he robado. Se las dejé.

Que se vino el señor.

—¡Caramba!, dijo. Este hombre me ha vuelto, vaya a ser una cosa, decía.

Se fue el gentil. El gentil se fue y entonces dijo:

—Pero, ¿qué no me habrá traído otra cosa?

Abre el saco, no eran mazorcas de maíz natural, sino eran mazorcas de oro. Se quedó, pues, contento. Este señor comenzó a vender a los vecinos, a hacer la novedad y así desapareció su alforja de choclos. Pero se fue bien pegado el gentil, le había pegado el dueño. Ni más volvió, dicen; ni más volvió a robar choclos.

LA HUACA DE LA LOMA LARGA

Les voy a contar acerca de la Loma Larga, acerca de la huaca que se llevó el río; es un ser diabólico, dueño de los encantos.

PABLO SANDOVAL Y DEMESIO PANTA

Años atrás, muchos, cuando mis abuelitos estaban en su adolescencia todavía, me cuentan. Bueno, dicen que en Semana Santa huaqueaban, siempre huaqueaban; ellos iban a huaquear, sacaban huacos.

La gente tiene la idea que en Semana Santa el diablo sale, se abren los encantos y el diablo sale a recorrer. Los dueños de los encantos, las huacas salen, como que se agarran su paseo anual. Por eso es que aprovechan las personas de ir a huaquear, los encantos quedan solos y las personas pueden ir a huaquear a confianza.

Bueno, había un señor, Pablo Sandoval, era un señor que decían que la huaca ya le estaba dando muchas riquezas, y este señor se acostumbró. A base de esto seguía huaqueando y seguía hallando piezas, inclusive hasta de oro, huacos finos. Bueno pasó Semana Santa y seguía huaqueando.

Este señor, me cuenta, el domingo de Cuasimodo está huaqueando con un señor que se llamaba Demesio Panta. O sea que este señor Demesio Panta estaba ayudándolo a Pedro Sandoval que estaba abajo escarbando, estaba sacando huacos finos, piezas finísimas. Bueno, así el señor estaba encontrando piezas abajo y en eso que estaban así,

huaeando, tembló la tierra, dicen. Tembló la tierra y este señor, Demesio, se salió corriendo y dijo:

—¡Salte, hermanito!, salte, que se ha temblado la tierra.

El que estaba abajo, el Pablo, dicen que ya estaba engañado, y dijo:

—¡No, espérate cojudo! que es el golpe de la palana. No seas cojudo, es el golpe de la palana no más, como va a ser la tierra la que se ha movido.

—No, hermanito, salte.

O sea que el Demesio estaba arriba, con los pies colgando para el hueco, pero estaba sentado arriba, en la plataforma de la tierra. Pero, el Pablo estaba debajo. Como el que estaba mirando, el Demesio, le dijo:

—Púrate hombre, salte que se tembló la tierra, esto es la huaca.

El que está abajo el Pablo, le dijo:

—No; pérate, hermanito, para sacar una cosa bien bonita que hay aquí. Pérate, hermanito, que hay una cosa bien bonita que brilla.

El Demesio lo vio que se amarraba la camisa, se desabotonó y se amarró y entonces sacó ladrillos de oro y se los metió. O sea que cargándose para salir, pero cargado.

Cuando en eso "¡Bruumm...!", remeció la tierra, otra vez le dijo:

—No ves, no ves, sentiste, tembló la tierra otra vez, ¡salte!

—No, hombre, pérate que es el golpe de la palana. Hombre, no te asustes, no va a pasar nada.

Entonces le dijo:

—¿No?, pero si ha temblado la tierra, sálte, hermanito, salte.

—No, pérate, toma esto.

Le alcanzó una palomita de oro, una paloma de oro, sí. Se la alcanzó.

Bueno, dice que la recibió, la ha puesto justo donde estaban los demás huacos. Cuando le dijo:

—Hombre, salte, vamos ya que es tarde.

Cuando otra vez "¡Bruumm...!", remeció la tierra, "¡Placc...!" Tapado ya, ni "ay" dijo. O sea que a la tercera remecida quedó sellado el hueco ya, tapado. Y el Demesio que estaba con los pies colgando, "¡Bruumm...!" se enterró hasta más arriba de las rodillas.

Entonces, comenzó a gritar, a gritar, a gritar, y dicen que por allí había unos chacareros, por allí cerquita. O sea que el Demesio no podía salir, porque la tierra lo había presionado y estaba gritando. Como estaba gritando, los chacareros escucharon.

—¿Qué tendrá éste que está grita y grita? ¿Estará loco?

Gritaba:

—Corran, que se ha enterrado Pablo, corran.

Los chacareros:

—Este está loco, está hablando sonseras.

Bueno, después de tanto que gritó y que no gritaba más, corrieron los chacareros y cierto, lo hallaron enterrado. Lo sacaron, decía:

—Abajo está Pablo. Se ha quedado, dijeron.

—Pero no hay palanas. Donde hay palanas.

No había palanas, todos corrieron desde allá hasta La Encantada, pues. O sea que de ahí corrió la gente, pero ya lo hallaron muerto, ya bien pálido, pálido lo encontraron. Le salía la sangre por los oídos, por la boca, por la nariz, le salía.

¿Y qué pasa?, que el señor dice que cuando remeció la tierra, el tercer remezón, dice que la palomita se movió y "¡Bruumm...!" Se fue dando vuelta y dando vuelta, y "¡Pacc...!", cayó a la Laguna. Es que hacia el frente había una laguna, una laguna que decían que nunca se secaba, que había peces y que venía el río y se secaba el río, pero esta laguna nunca se secaba. Fíjese, la palomita de oro se fue con el movimiento, se fue dando vuelta y vuelta, vuelta hasta que cayó a la laguna "¡Plopp...!" Pero que cosa increíble, porque se fue rodando tanto. Y entonces este señor, le dijo:

—¡Sáquenle!, que allí en la camisa trae unos ladrillos de oro, se metió unos ladrillos de oro.

Y le buscaron la camisa, la tenía rota, como quien lo había desgarrado. Lo que tenía eran golletes de cántaros viejos, unos pedazos de golletes de tinajones, huacos, en lugar de oro. Entonces dijeron ellos:

—Qué huaca bien desgraciada, no le ha dejado ni para su entierro nada. Mala, ni siquiera le ha dejado nada.

—No. Es que he visto bien clarito, él se ha echado ladrillo, por esto es que se ha amarrado la camisa, se desabotonó y se echó, para salir cargado.

Bueno, de ahí trajeron al finado, bueno, seguro que lo sepultaron ¿no? Y este señor, el Demesio Panta, quedó bien asustado. Que la noche no podía salir solito a orinar, tenía que despertar a alguien para ir, que lo acompañe a orinar. Dormía en medio de sus hermanos porque soñaba. Soñaba que a su compañero lo tenía de marido la huaca. Soñaba que en la casa, era una casa como horno grande, como cueva, ahí dice que lo veía. La mujer dice que le daba dinero. Ya era finado, ya pero en el sueño lo veía así. Y que de repente, como le daba dinero, el dinero no era billete así como el nuestro, sino eran billetes de hojas de Hierba Santa. El dinero de la huaca era hojas de hierba santa. Bueno, así que este señor siempre soñaba que lo veía e inclusive soñaba viendo que tenía hasta relaciones con la huaca. Pero al momento de tener relaciones con la huaca se transformaba la huaca en mula y el finado, o sea el Pablo, lo veía que tenía una relación sexual con una mula.

Bueno, y así fue que este señor tuvo que hacerse curar por los curiosos, por los curanderos para poderse librarse de este espíritu que le había asustado. Porque decía que el susto que había tomado de lo que le había presionado la tierra, estaba asustado. Se fue a curar, no sé exactamente donde, no me han dicho pero sé que se curó por medio de los curanderos, lo curaron. Curanderos aquí ya no hay, falleció un Prudencio Cruz, era buenazo, era buenazo y murió. Hacía tendidas y subía a las lagunas, también; sino que últimamente se envejeció y ya tuvo decadencia.

JOSE Y MITERIO SANDOVAL

Continuando con la huaca, mi abuelita conversa que a partir de las seis de la tarde nadie pasaba por la Loma Larga; nadie, porque seguro que si salía tenía que correrse porque los perseguía. Hasta que un día, dos hermanos andaban pescando en la playa del río, en antes porque había bastante lisa. Dos hermanos que se llamaban José Sandoval y Miterio Sandoval. El José Sandoval era el que era atrevido y el Miterio Sandoval era el que era miedoso. Andaban con su atarraya, una atarraya cada uno, pescando se fueron hasta la Loma Larga.

Entonces ya estaba el sol ocultándose, ya.

—Oye, hay que irnos porque de repente sale la huaca por aquí. De repente nos quiera comer como a mi hermano.

—¡Qué!, dijo el Miterio.

—¡Pérate cojudo!, no sale, párate que hay que seguir pescando más allá, que dijo el José.

—Bueno pues, vamos pues, dijo el que era miedoso.

—Si viene esta huaca desgraciada, que salga, porque me la forzo, dijo el que era atrevido, José.

—Esta está buscando marido está por ahí sola; quiere marido, déjala que venga, yo me la forzo, dice el que era atrevido.

Bueno, siguieron pescando y otra vez insistió el Miterio:

—¡Vamos ya!, ¡vamos!, porque estamos ya cerca de la huaca, vaya a salir.

—Bueno, vamos.

Guardó su alforja, su atarraya, se vinieron toda la playa del río, bordeando por el río. En esto que conversaban de otras cosas, cosas cotidianas así y el miedoso, el que era el Miterio, tenía que mirar para cada rato atrás. En eso que conversando, cuando escucha los pasos, "Chucc, Chucc, Chucc..." que vienen los pasitos. Regresan a ver, ven a una mujer chiquitita, bien chiquita.

—¡Qué te dije hermanito, la huaca, mírala!

Así no más a unos metros dicen ya, pero la vieron. Pero dicen que es bien horrible, feísima, bien borrada y bien coja. Pero sí con una vestimenta negra pero vieja pero con sandalias de oro, bastón de oro y un sombrero de oro. Que la vieron, pero que cojeaba, bien coja, que cojeaba con un bastón. Pero bien chiquita, enanita que era.

Entonces dijieron:

—Hermanito, mira qué es.

La vieron, era feísima, horrible.

—¡Córrete, hermanito, córrete!

Ellos han comenzado a correr y rezando, rezando. En eso dicen comenzaron ellos la cabeza a ponérseles grande:

—Dame un manazo. A mí dame. Méteme un manazo en la cara.

Todos los dos han intercambiado de golpes, se han dado golpes en la cara pero con las manos para que se les encienda la sangre. La regresaban a mirar y allí venía; seguían corriendo y rezando. La segunda vez ahí iba todavía. A la tercera vez que miraron ya nada, como que si la tierra se la había tragado, desapareció. Y nada. Vinieron, comentaron que se había salido.

MARCO VALENCIA

Este señor tenía su chacra por allí cerca. Y este señor, cada vez que iba a la laguna, se le presentaba, unos peces grandotes. Se daban la vuelta y les blanqueaba, decía, la barriga de grandazos estos peces. Este señor que les dijo a los pescadores:

—Vayan por allá en la laguna hay unos pescadazos y me da gusto cuando me pongo a mirarlos.

Y este señor se acostaba en el barranco, a mirar los peces, a mirar.

—¡Qué hermosos peces!, decía.

Dicen que llevaba a personas para que pesquen, no encontraban ni un pez, sólo sacaban palos.

—Pero sí. Si yo veo allí los peces, mira allí tira la atarraya ya, ¡tira la atarraya!

Tiraban la atarraya, sacaban, pero sacaban palos en la atarraya. El decía:

—Hombre pero si yo veo los peces allí, pescadazos grandotes.

Bueno, sí sabían que él siempre conversaba, que él veía los pescados. Hasta que un día no regresó a su casa. Y no vino, pues. Se habría quedado por allí tomando, ¿no?

Y había un señor que se había ido a buscar un burro, se le había perdido un burro. Andaba busca y busca.

—¡Caramba!, no hallo mi burro. ¿No se habrá ido a la Laguna?, decía. Es que se fue así y un huisco voló, voló un huisco, un gallinazo. Dijo:

—Por ahí va a estar mi burro, de repente muerto, de repente se lo van a comer los huiscos, voy a verlo.

Fue a ver y estaba el finado boca abajo en la laguna que flotaba, era el tal Marcos Valencia, el que veía los peces. O sea hay una creencia que la huaca le hacía ver sus peces, para que él viva allí. Allí estaba, desbarrancado, había caído con barranco y todo a la laguna, había muerto, pues. O sea se cree que era ella, la huaca, que estaba a obra de esta víctima.

ANSELMO VALLADOLID

Dicen que el señor todos los días se iba bien de mañanita a cuidar su chacra y volvía a las seis de la tarde a su casa y tenía por fuerza que pasar por un callejón bien estrechito en su mula. Me dicen que siempre llevaba a un niño, un compañero, y ese día no lo había llevado. Y entonces, se vino de tardecita, muy tarde ya, cuando ya el sol se había ocultado ya. Se viene y se encontró con un árbol caído que se había levantado las raíces. ¿Ha visto cuando los árboles en tiempo de invierno se caen solitos y levantan las raíces? Un árbol inmenso, de las raíces salió la huaca frente de la Loma Larga.

Salió la huaca y lo atacó. Y ese señor la vio, comenzó a resonrar, empezó a decirle palabras soeces, lisuras, insolencias y dijo:

—¡Fuera de aquí, demonio desgraciado!

O sea que la huaca se paró, también con su bastón, sus sandalias y su sombrero de oro. Con el bastón, que le quería dar a la mula; la mula entonces se pajareó. Al hombre no lo dejaba pasar; si se regresaba era peor, tenía que él cruzar el camino para correrse. El señor, al ver que no le quitaba, agarró el bozal, quiso pingarla. ¿No ve que la veía como una criatura, pues?

—Ahorita le meto la mula y la volteo y le meto su pingazo. ¡Quítate desgraciada que voy a pasar!

Entonces le metió su pingazo con el bozal y "Paa...", le pesca el bozal, como era un ser demonial. El hombre espuelaba la mula para que camine, y nada. Ya la tenía de la rienda la huaca. O sea que él la agarro, se agachó quiso templarle el bozal. En eso que quiso templarle el bozal, se agachó, le arañó la cara, dice, le arañó la cara. La huaca se estiró, le arañó la cara. Dice ya lo soltó, que se largue ya. O sea que este señor se vino a contar que le arañó la cara la huaca.

De aquí se secó, se secó y murió flaquito. La huaca lo chupó, se murió, no lo lograron curar.

EL FIN DE LA HUACA DE LA LOMA LARGA

Por llevarse la huaca se vino el río cerca de La Encantada. El río no ha sido por acá, ha sido más allá. Creen que por llevarse la huaca, se vino el río en tiempo lluvioso. Que coincidencia que se viene y sólo se va por esta loma escarbando, donde dicen que a medianoche llanteaba la mujer. La escuchaban, conversan los ancianos, dicen que a medianoche llanteaba la mujer. Conversan los ancianos, cuentan, que en los desbarrancaderos quedaban las botijas que verdeaban, estarían llenas de metal. ¿De qué estarían llenas? Quién se metía a sacarlas si el río estaba bravísimo, bravísimo, como en el año 83? Nadie se metía.

Quedaban, incrustados en las paredes de los desbarrancaderos, huacos, tinajas botijas y una campana de oro que se quedó. Se juntaron varios y un nadador se metió con una sogá, la amarró. Dicen que dijeron:

—Ahora sí es nuestra, ahora sí.

Toditos se prendieron del cabo, para a la hora del derrumbe levantarla y sacarla. Cuando dicen "Bruumm" se estaba así rajando la tierra y "Brumm" se estaba abriendo la tierra, se cayó la tierra al agua. En lo que cayó, la sogá -dicen, no tan buena- no resistió y se rompió. Los que estaban pegados de la sogá, templándola, "Bruumm", se cayeron toditos de espalda y entonces se fueron a verla. La campana, como para que la vieran todavía, salió tres veces. Dio vueltas con el pedazo de sogá, se volvió a hundir en el agua, otra vez se zambulló más allá, salió otra vez y a la tercera vez no más, ya.

El fin de la huaca, que gracias al río por una parte, sino cuantas víctimas que llevará. Era un ser viviente que salía y era pues peligroso como un demonio, mataba a la gente, que hasta ahorita, cuántas víctimas serían. Esto era el fin de la Loma Larga que el río se la llevó con todo. Habrá sido el año 25, porque dicen que este año fue lluvioso como el 83. En esa época sí, porque mis abuelitos que me contaban todavía viven. Mi abuelita ella se llama Euloteria Navarro Sandoval, inclusive era familia con este señor Pablo Sandoval.



EL GOLPE DE ARPA DE LA LOMA LARGA

Me contaba mi abuelita que cuando ella estaba niña, jugaba con Candelaria y Francisca Yarlequé, eran hermanas, y un señor, que era chiquillo, Guillermo Seminario. Eran compadres de juego con mi abuelita Euloteria. Siempre jugaban, pero no era todos los días sino de vez en cuando, quizás en las lunas nuevas. Dice que cuando ellos estaban jugando, ya a la media noche se encuchaba bien clarito el Golpe de Arpa, bien clarito, que estaba allí, en la Loma Larga; que bailaban allí. Pero el Golpe de Arpa era en el pueblo, no era en una loma que se hacía. Dicen que ellos quedaban escuchando el Golpe de Arpa que sonaba bien bonito, como para encantar, atraer a la gente. Así es que cuando ella jugaba, dice que cantaban los gallos y todo quedaba en silencio. Cantaban los gallos y todo quedaba en silencio.

Mi abuelito me contó que un día, borracho, con uno señores se iban a escuchar, decía:

—Vamos al baile allá a Ñómala.

—No hombre, si no he escuchado que hay baile allá.

—Bueno, vamos.

Que se fueron los borrachos al Golpe de Arpa. Dicen que había un señor que se había muerto años, que le decían Juan Moña. Dicen, cuando ellos iban allí, cerquitita del Golpe de Arpa, cuando vieron, era en la Loma Larga, una fiesta; pero, antes que lleguen, plantón, se terminó la pieza musical.

—¿Qué se habrá terminado el baile?

—No, hombre, tiene que seguir. Y, de repente, cuando iban llegando, oyen:

—Echa, Juan Moña; dale, Juan Moña.

Juan Moña era un finado que había muerto años.

—¿Y cómo lo mentaban allí?, dijeron.

—Oye, no sean cojudos, no hay que ir; que allí está el encanto, que nos está llevando el encanto.

—Si Juan Moña está muerto años, como lo mentan allí. Son los diablos, los huacos. Regresemos.

Se regresaron los borrachos, se asustaron, regresaron corriendo.

Ya no se escucha el Golpe de Arpa, ya no. Quizás por la población porque se está poblando quizás; o quizás, era parte del encanto de la huaca. Allí hay huacos, cementerio de los gentiles.



LA LAGUNA ENCANTADA

Me cuentan que antes existía una laguna muy honda por la chacra de los Duques. Unos dicen, un señor que se llamaba Vicente Duque, una vez se fue a bañar a la laguna y salió corriendo. Salió corriendo porque se zambulló abajo, se hundió y se salió corriendo porque abajo había una culebra de oro. O sea que por obra y suerte que no se lo pescó allí.

Otros señores cuentan que un lagarto de oro salía allí en las lunas nuevas o cuando la luna es grande, redonda. Que salía a removerse, a fresquear dicen. Que se volteaba como un chancho cuando se daba vueltas. Y era un lagarto de oro, ése sí, no se comió a nadie; pero era la prueba de que en esa laguna habían encantos.

Y quizás yo creo que de eso, de la laguna encantada creo que este pueblo fue tomando el nombre de La Encantada. Es un pueblo rodeado de tanto misterios así como encantos.

LOS CERROS

Bueno, mis abuelitos dicen que en tiempo de invierno, cuando hay truenos inmensos, ellos cuentan que son los cerros que pelean por el agua.

Suena por acá, del lado de Ayabaca, se dice que son los cerros del Ereo que están queriendo el agua. De repente, otra vez el trueno suena por acá, por el lado de Vicús; es ese cerro de acá que está luchando contra el de allá, para quitarle el agua, para traérsela por acá. Otra vez suena por acá, dicen que el Cerro de Punta el Aguja, que también son encantos; que está peleando para quitarle el agua. Entre el cerro el Ereo, el cerro Vicús, el cerro Punta el Aguja y el cerro Pilán, se dice que pelean para quitarse el agua.

Yo escuché hablar de los ancianos, ellos cuando escuchan de los truenos creen que son entes como titanes que están que se pelean. Relámpagos se tiran, relámpagos que de noche alumbran, con tremendos relámpagos se pelean.

LOS
ENCANTOS DE
HOY





LA HUACA SIMPÁTICA Y MI PRIMO MARCELINO

Esta huaca es simpática, o sea, bonita, de tamaño normal ya. Vestida a lo moderno, con aretes de oro bien grandotes. Es que persigue a los hombres, sólo a los hombres por aquí en La Encantada.

Un primo mío, Marcelino Yarlequé Martínez, estuvo a punto de morir. El trabajaba haciendo ladrillos y dice que siempre soñaba con una mujer. El empezó primero en sueños, que una mujer vestida así, bien simpática como una virgen, con sus aretes, que le regalaba unos ladrillos de oro, le daba una llave grandota, así, grande como de 40 centímetros, que le decía en sus sueños:

—Toma esta llave, tu eres dueño de toda esa riqueza que ves.

Le hacía ver una fortuna allí donde él trabajaba, en la ladrillera, así en la Loma Huaca. Allí veía él a la fortuna, dice. Bueno, el decía:

—Son sueños no más, son sueños.

Y así en los tiempos, van pasando los días, él hacía remojar el barro de ladrillos. Para decir, lo preparaba hoy en la tarde, mañana en la mañana ya lo iba a trabajar, ya lo labraba. Y así sucesivamente, todos los días. Dice que un día, él revolviendo, o sea que amasando el barro o la arcilla esa para ladrillos, que le daba vuelta. Porque se le da vuelta con la palana. Bueno, encontró un chivo, un chivo de estos de cría, pero un chivo muerto, un chivo recién nacido. Bien aguado, bien aguadito, parecía que era de puro algodón. Era un chivo negro. Así que él dijo:

—¿Qué desgraciado habría venido a meterme aquí este chivo, en forma de asustarme, o para que ensucie yo mi barro?

Dice que estaban "hornando" un poco de ladrillos por las ladrilleras, que él ha agarrado el chivo y ha avisado a los demás amigos.

—¿Quién ha venido a meterme este chivo aquí?

—Yo no.

—¿Tú?

—No, yo ni he visto.

Y bueno, lo agarraron, lo botaron. Es que él dijo:

—Putá, que fatales, es que meten chivos muertos.

Y así siguió, siguió soñando siempre con la huaca, viéndola. Hasta que un día, otra vez, otro chivo muerto allí, bien aguadito. Entonces él dice que pensó en la brujería:

—Un ser malnaturaloso, un brujo que me metió la cochinado aquí.

Estaba pensando en algún malnaturaloso, o sea brujo cochino, brujo malero que quiere hacer daño. Bueno el chivo lo han agarrado con una horqueta, lo han agarrado, lo han metido al horno, allí se ha ardido.

—¡Quémate desgraciado, si eres brujo, quémate!, le ha dicho.

Y dice así, que así cuando estaba labrando, donde hacen la mesita para labrar; en la mesa de ladrillo labran, salen con la gabera corriendo a la pampa y voltean la gabera. Y cuando vino, allí estaba, encontró una mujer con su vestidazo, vestido grande, largo -como una virgen, dice- con unos aretes, que se peinaba el pelo y que lo miraba sonriente en el hueco donde saca el barro. Dice que la quedó mirando, pues. Dice que esta mujer, ¿de dónde habrá salido?

Pero, allí estaba la mujer sentada pero no se hablaron nada, absolutamente nada. El dijo:

—Esta es la huaca. Pero ahorita, si aviso a mis amigos que está aquí, me van a joder. Me van a joder, van a decir que soy condenado.

Dice que él con miedo estaba y se fue a donde sus hermanos, por allí a dar vuelta y que cuando vino, ya no estaba. Otro día, otra vez la encontró así y siempre en el sueño, soñaba. Llegó la huaca a su casa, dice él que la vio en el sueño. Llegó a la casa a darle una llave, que le decía:

—Toma, acéptame la llave y serás rico, tienes toda esa fortuna.

Le hacía ver, veía una inmensa fortuna, pero unos ladrillos de oro que había, dice. Y yo le decía:

—Pero, de repente tus ladrillos se vuelven oro, pues, los que estás allí labrando.

—No hermanito, decía, es que me llega a ver en los sueños.

—Pero, oye, de repente ¿dónde estás sacando el barro no hay huacos allí?

—Sí, encuentro huesos de muerto, perulitos, agujas éstas de bronce.

—¡Oye! Y de repente te quiera dar la huaca más riquezas, de repente por allí están, le dije.

—No. Pero, ¿por qué no me dará la llave de una vez?, me ofrece, pero no me da.

Bueno, así un día dice que le pegó a su mujer por causa de ella. Bueno como dormía con su mujer dice que estaba soñando, llegaba la huaca a su casa, dice que la vio en el sueño. Que la mujer llegaba y se sentó en el pecho. El se agarró con ella y luchando, le dio un codazo a su mujer en el estómago. Su mujer es que se agarró a llorar. Se despertaron, es que lloraba. Su papá le dijo:

—¿Qué cosa! ¿Por qué le pegas a la mujer? ¿Estás loco, qué cosa te pasa?

—El me ha pegado y yo no le hacía nada, dijo la mujer llorando.

—No, yo no la he querido pegar, será porque yo veía que era ella la que se me sentaba en el pecho.

—¿Quién es?

—No sé, una mujer se me ha sentado en el pecho.

De ahí, comenzó a caer enfermo, se iba poniendo bien flaquito. Quería salir como loco hasta que lo hicieron curar. Quedó bien

estaba. Y en el sueño le ofrecía dinero, que se acompañara con él, que aceptara ser conviviente de él.

Entonces él dormía con nosotros, de miedo se venía a dormir acá a mi casa. Y una vez me asustó, que comenzaba a llorar de miedo. Yo dije:

—¿Y qué tienes?

—Hermanito siento que va a venir la mujer.

—No seas tonto, si no va a venir. Yo prendo la luz.

Comenzaba a llorar, estaba llanto partido, como un niño. Ya mi hermano tenía como 18 años, ya. Y así continuo, que se asustaba.

Así es que un día se fue a robar pasto con mi otro hermano Santos en un burro a Huápalas. Fueron a traer pasto porque no había pasto por el campo. Se fueron a robar a las seis de la tarde. Venían ya con el burro cargado de hierba; bueno mi hermano menor se subió al burro cargado de hierba, se vino adelante. Y es la suerte que venía mi hermano con la hoz para cortar la hierba. Aquí llegando por el colegio, a las seis, dice que ya se había ocultado el sol; pero estaba todavía de día, que se veía todo. Cuando dice que se había quedado atrás, como a media cuadra del burro, cuando mira adelante, allí estaba la mujer parada. La conoció.

La huaca que le sonreía, una mujer bien bonita, con sus aretes, con los aretes grandes que le brillaban. Que dice que la conoció, la que la conocía, la que veía en los sueños, la que la vio cuando llegó a despertar, ella misma. Media morenita, con pelo largo, dice que es. Pelo largo, pero vestida a lo moderno y que se reía, lo quería abrazar. El se corrió por este camino, cosa de misterio que estaba allá parada. Se corría por acá y ella estaba acá. O sea, se desaparecía ella y se aparecía acá. Entonces dice que agarró la hoz, la comenzó a resontrar y con la hoz la quería cortar. Cuenta que no le daba nada, dice que él comenzó a renegar, resontrar.

—¡Quítate desgraciada de mi camino!

O sea que allí comenzó a gritar a mi hermano.

—¡Santos, ven, regrésate!

Entonces mi hermano, algo molesto se regresó.

—¿Qué quieres?

Iba parado allí, que se manoteaba con la mujer que lo quería agarrar. Mi otro hermano bien regresó, el burro regresó, paraba las orejas.

—¿Qué tienes?

—Ven. ¿Qué no ves que me ataca la mujer aquí?

Pero el hermano ya no veía nada.

—¿Qué no la ves?

—No.

—Mira está allí que me quiere agarrar, esta desgraciada, ésta que me quiere agarrar.

Cuando mi hermano se le acercó más con el burro se fue, se esfumó. Y mi hermano le dijo:

—¿Y qué tenías? ¿Por qué estabas que manoteabas?

—Es que me defendía de la mujer que me quería agarrar.

—¿Cuál mujer?

—La huaca. ¿Qué no has visto?

—No, dijo mi hermano al otro. No la he visto.

De ahí se vino otra vez.

—¡Espérame hermanito, espérame!, dijo.

Se vino allí con el burro y junto con el otro hermano, hasta que de ahí se enfermó. Cayó enfermo, comenzó a ponerse ciego, y para esto que no lo podían curar ningún médico, que se vaya donde un curandero. Vino un familiar de Chiclayo, le contaron todo, se lo llevó donde un compadre que tiene, curandero en Chiclayo. Dice mi hermano que lo curioso es que él ya no podía ver ni la hora del reloj ya, sólo podía ver la letra grande, ya no distinguía. Cuando fue al curandero:

—Que lo vea no más, que está enfermo.

El curandero le dijo exacto cómo era. Tan exacto como que si él le hubiera contado ya. Le dijo:

—A tí te ha aparecido una huaca, una huaca mujer, te ha asustado, te ha venido a ver de noche.

—Sí, sí señor.

—Es una mujer muy, muy mala, dijo.

Dice que en Chulucanas también le dijo un curandero igualito. Pero a él le llamaba la atención es que el de Chiclayo cuando él se fue allá y solamente le dijo:

—Señor sabe que estoy enfermo, quiero que me haga un rastreo.

Comenzó a leerle las cartas, como que si le hubiera contado. Que le había asustado la huaca, que le había ido a ver, que le había ofrecido riquezas, igualito. hasta que le dijo:

—Mira, ve. ¿Tú sabes por qué te estás poniendo ciego?

—No señor, por eso es que vengo.

—Fíjate, la huaca te está cegando para que cuando tú estés dormido ella va y se va acostar en tu cama y que tú no la veas. Para que no la veas entrar a tu cuarto. Pero sí te voy a curar. Menos mal que ya es el tiempo. Si la huaca fuera buena, te daría el secreto para que vivas con ella, y tengas riquezas; pero la huaca es mala. Esa huaca que hay por allí, por este pueblo de La Encantada, es mala. Porque te da riquezas, pero eso sí que es bien celosa. Si tú vives con ella, no puedes tener ninguna enamorada. Y si tienes tu enamorada allí y te casas con ella, por lo mucho durará seis meses. No más te durará. La mata, ella misma la mata. Puedes sacar cinco o seis mujeres, todas las seis te las mata, pero eso sí, te da riquezas pero al final te las quita, dijo. Te quita todo y te lleva a ti. Para eso, nada mejor te voy hacer el remedio, el secreto para que ni más te siga, te deje.

De ahí lo curó, con remedio, fricciones, secretos, que le hizo y le volvió la vista. De ahí mi hermano a los tiempos se acompañó, ahora es padre de dos hijos ya. Su esposa se llama Elena Flores. Un niño que se llama Wilfredo y la niña Jovana del Pilar, son mis sobrinitos. Y vive feliz, sin la huaca, no volvió más.

Pero pues, asustó a otro vecino mío, siguió, visitó, pero a este chico no lo asustó tanto como mi hermano. La veía entrar, la veía que se sentaba en su cama, él me decía, a mi me contaba. Hasta que yo le dije un día:

—¿Y por qué no haces una cosa?, es cosa del demonio, le dije. Consíguete velas, hazlas bendecir, una biblia y pues ponla allí en tu cama. Yo creo que son símbolos de Dios.

—No, no creo.

—Son símbolos de Dios y creo que te va auyentar.

Así lo hizo y después ya no llegó a verlo.

Desde mi hermano, nadie la vio; pero dice el curandero que siempre vive la mujer. A todo el mundo mira, al que pasa, está que lo mira; pero, nosotros no la podemos ver. Está que siempre da vueltas por las lomas.

LOS HIJOS DE MI TIA SANTOS CASTILLO

Fue un matrimonio que vivió por una loma donde dicen que viven las huacas, la señora es mi tía. Su primer hijo se le murió. Bien bonito su hijito, bien gordito, se le murió una hijita mujer.

La segunda, mujer -dice- estando bien, de la noche a la mañana, salió llorando y se murió. Bueno y pues, normal, ya se murió, pues, enfermedad ¿no? Y de repente, lo dejan así, en la salita velándolo. Como a medianoche, ya se acostaron ellos a dormir -dicen- y como a la una, dos de la mañana, se levanta el señor a darle vuelta al cadáver del niño que estaba muerto. No había nada de niño. Sólo estaba como que una persona ha ido y apartando las flores. Un niño muerto lo llenan de flores. Estaban las flores como que había cogido el niño, se lo había llevado. Este señor al ver que no había nada, se alarmó:

—Nona, Nona, no hay nada, de angelito.

Que le asustó a la señora.

—¿Qué no hay nada?

—No, Ven para buscarlo, dijo.

Se comenzaron dice a buscarlo.

—Pero hay que rastrear.

—¡No! ¿Se lo ha llevado un perro?

Pensaron que algún perro lo había llevado para devorarlo, comérselo. Buscaron con la lámpara bajo la mesa. No había rastreadero porque un perro no lleva un niño así, se va rastrando. No había absolutamente nada, ni de perro ni de chancho, nada. Comenzaron a buscar.

Mi tía me conversaba que ella comenzó a llorar a llorar. Que decían mañana cuando amanezca, ¿a dónde está el angelito muerto, qué se hizo? Dice que decía:

—Señorcito lindo, ni condenada soy para que me castigue Dios así.

Ellos dicen que fueron a andar buscando pues, busque y busque y no encontraban nada. Al roso fueron a buscar, había cerca un roso, nada. Y entonces iban a despertar gentes para que los ayuden a buscar, cuando se viene con un mechón grande, a buscar más lámparas allí en la casa. O sea el señor vuelve a la casa, el niño estaba abajo la mesa botado, pero boca abajo. Cuando comenzó a gritar:

—Vengan acá, vengan acá, está acá, está...

Lo hallaron, pero boca abajo. Dicen que lo vieron, estaba carita enterrada. Dice mi tía Santos Castillo, le agarró los brazos, le limpió la carita y lo han vuelto a acostar. Pero ya no se han movido, han sacado sus camas allí y no han podido dormir, cuidando.

Y al tercer niño otra vez se le murió. Es así que después lo cuidaron allí hasta que se sepultó. Ese niño sí no lo llevó. Mi tía cayó enferma y enferma. Por los médicos, nada. Fue donde un curandero, recién la pudo curar. Y es que le dijo, sin decirle pues:

—A ti se te han muerto tres niños.

—Sí, dijo.

—El primero, el segundo y el tercero y a uno de ellos que la huaca se lo ha llevado en cuerpo y alma. No creas que los niños se

murieron con enfermedad de Dios; la huaca se los está comiendo, ella se los está llevando.

—¿Pero cómo?

—Ustedes habrán sabido que un día se han asustado en la noche porque el niño desapareció de su mesa.

—Sí, verdad señor.

—Y después lo han encontrado boca abajo muerto.

—También.

—Ella se lo ha llevado y porque vio que lo estaban buscando, lo dejó allí. Y así que ustedes, para que puedan vivir, tienen que cambiarse. Ha comenzado con los niños, de ahí va a comenzar con la señora y después viene contigo, dijo al señor.

Entonces tuvo que salir de allí y de allí tienen su familia acá ya.

LA HUACA Y EL NIÑO QUE CONVERSABA

Había un señor, cerca por allí, su esposa tenía un niño varoncito, pero que él ya caminaba, cuatro años creo que tenía el niño. Siempre conversaba en el cuarto, conversaba en el cuarto, que la mamá lo iba a ver.

—¿Qué tienes que conversas?

—Estoy conversando acá con esta chinita que está allí

—¿A dónde?

—Se fue, ahora se ha ido.

La señora:

—Que bueno, natural no, está jugando el niño.

Siempre así que conversaba, le decía:

—Con esta chinita que está allí.

—¿A dónde está ahorita?

—Ya se fue, esta chinita bien bonita que estaba allí.

Y después, un día tocó que se desapareció a la tarde y andaban que busque y busque. Andaban buscando y cuando dice mi hermano que en un horno viejo de hacer ladrillos lo hallaron al niño boca abajo, metido allí pero ya mudo. Ya no hablaba, que quien sabe qué le habrá pasado. No lo curaron, se murió.

LA VIUDA

LA VIUDA Y MI ABUELO

Todo ha sido árboles por allí, ha habido una pampa grande donde ha habido un zapote. Cuanto viejo, que de viejo se había caído y que ahí estaba este tronco años y años. Como en esta época había bastante leña, nadie le daba importancia a este tronco.

Bueno, mi abuelito me cuenta que él estaba que no podía dormir a medianoche. La luna -como el día- bien clarita y dice que de repente escuchó una tropelada de caballos, un ladradero de perros que aullaban, que dijo:

—Ve, ahí va a venir mi yegua con los caballos. Se habrán bajado a tomar agua al río.

Bueno, como estaba despierto, se salió afuera a la calle. Dice que al ver que no había nada de caballos, pero el tropel seguía, dice que dijo.

—Amigo, ¿y esto qué cosa es? No hay caballos y ¿por qué suenan las patas del caballo por allí?

Y dice que de repente ve un bulto negro sentado.

—¿Quién será esta mujer que está allí sentada en el tronco?

Bueno, mi abuelito dice que él se va acercando más allá. De repente la ve que la mujer, ya más cerca la ve, que se peinaba y peinaba. Pero grandazo el pelo, todo negro. Dice que se levantó la mujer, se paró, comenzó a caminar, entonces el pelo le rastraba y sonaba como piel de chivo tieso, que le arrastraba por el suelo,

comenzó a soñar bien feo.

—Ni para los cojudos me quedo aquí. Es la viuda, dijo él.

Se entró corriendo a su casa, allí la dejó en la calle, ni más salió a verla en la noche.

LA VIUDA Y EL COMERCIANTE

Mi hermano, que ahora vende en el mercado en Chulucanas, me cuenta que un amigo de él venía de Canchaque —de Canchaque o de la sierra— venía a vender. Vino a su casa y le avisaron:

—Oye, te han llamado por teléfono, que tu hermano viene de Chiclayo y pasa a Tumbes. Que vayas ahora porque ya no puede venir por acá. Que te espera con la mercadería en el hotel Vicús. Tienes que ir rápido.

El señor sólo almorzó y se ha ido a Piura, por la línea, en comité pagando carrera, se ha ido de tarde. Ha llegado al hotel Vicús, ha encontrado a su hermano que le dijo:

—Bueno ahí te traigo la carga, lleva toda la merca.

—Bueno antes que te vas, vamos a tomar un parcito de cervezas heladas.

Se han ido a tomar, se ha hecho tarde ya, se ha venido como a eso ya de las ocho de la noche. Pues venía en un carro que pasaba a la sierra, allí se vino en este carro, pero que le dijo el dueño.

—Yo no adentro a Chulucanas, sólo paso de frente a Morropón.

—Ya no importa déjeme en el Cincuenta.

Se ha venido y estando cruzando por el Cincuenta se quedó, y dijo:

—¡Y ahorita!

El tenía un amigo en el Cincuenta que tenía una camioneta. Dijo:

—Este, voy a ver a mi amigo aquí, para que me lleve a Chulucanas.

Se fue a despertar a su amigo. Entonces su amigo ya sabía que a estas horas no se puede transitar; un camionero no puede transitar solo. Para esto era ya como las diez, once de la noche. Que se puso a tomar café y que dijo:

—¡Anda! Aquí, si me quedo con mi carga, me puedo dormir y alguien se hace el avión con la mercadería. ¡Vamos! Te pago la carrera para que me lleves a Chulucanas.

—¡Queeé! ¿A estas horas te voy a llevar? ¿estás loco tú?

—¿Por qué?, te pago la carrera. Hermano, hazme este favor.

—No, te lo digo hombre, es muy de noche y no te puedo llevar. Duerme aquí no más, mañana te voy a dejar, temprano te vas.

—No, si es que tengo que alistar carga ahora en la noche mismo, para mañana. Voy a salir a la fiesta.

Se iba a una fiesta.

—Por esto que ahora mismo he recibido una llamada telefónica y al toque me fui a Piura, a llevar la carga. Tengo que preparar, seleccionar la ropa, repartir.

Y entonces que le dijo el amigo:

—Bueno pues, vamos a ir, voy a sacar el carrito para ir.

Ha sacado la camioneta. ¡Fíjese! que ha habido un chiquito de esos que venden pan, era de Chulucanas y que ningún carro lo quiso traer. ¡Fíjese! pobrecito el chiquillo, allí estaba con su canastón de pan sin pan ya que había vendido todo su pan. Pero alzaba la mano para que lo traigan los carros y ninguno lo había querido traer. Entonces el chiquito estaba por allí por la carretera esperando que tal vez lo traiga un carro.

Dicen que alzarón la carga, ¡vamos, vamos!, venían conversando de cosas, así algo por el estilo.

—Señor, lléveme a Chulucanas, dijo.

Dijo el señor que se venía con la carga:

—Oye, hay que llevar al chiquito, pobrecito, cómo se busca la vida acá. Así desde chico se aprende a trabajar y como se sufre, no.

Hay que llevarlo hombre. Hermano, dile que suba su canastón allá arriba.

—Ya, ¡sube!

Subió el chiquito atrás.

Que le dijo el dueño del carro:

—No, dile que suba acá adelante.

—Ven, ven, sube acá.

Y lo puso en medio de los dos. Y bueno se vinieron del Cincuenta a Chulucanas.

Conversaban, y en todo el cruce, donde dice "Feliz viaje" hay un cartel allí que dice "Feliz Viaje", dice que allí venía. Cuando en el foco del carro venía una mujer, toda vestida de negro, que se le cruzaba en la pista, pero que se le arrastraba el pelo, todavía arrastraba el pelo desde allá.

Que dijo,

—Hermanito, la viuda!

¡Zuumm! ha hecho un quiebre en el volante y otra vez entró en la carretera. Que le dijo el dueño del carro:

—¡No la mires hermanito, no la mires!

Dice no más que le pisaba el acelerador del carro y se ha embalado a Chulucanas. Dice que le dijo:

—No la mires, porque si no, hoy te priva.

Y él dice, que cuenta que nunca en su vida había visto

Dice que tentó, tentó por mirarla. ¡Uyy! la miró, dice que allí venía la mujer, que como que le rajuñaba el carro. Uyy! que se embaló, se vino. Nos ha seguido un buen trecho.

Y llegando acá en Chulucanas, que dijo el dueño del carro:

—No, dijo, aquí me das posada, yo no me voy, ni por vainas al Cincuenta.

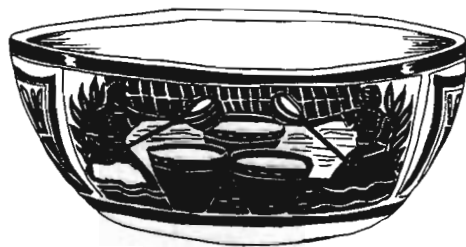
Dice que al otro día, comentaban que todo eso. Dice que dijo el señor:

—Yo nunca había oído decir que sale la viuda, que sale la huaca, que el muerto, que tanta cosa, pero ahora yo he visto.

Ellos pensaban y decían:

—Que tal que si no hubiéramos traído al niño.

Que la salvación de ellos ha sido el panadero, el niño panadero, que lo trajeron en medio. Porque este niño representaba un ángel todavía que asusta a la viuda, no dejó que le pase nada. Y piensan que todos estos muertos que hay por allí, que no se sabe nada como se mueren, que amanecen muertos, que cómo se chocan. Unos piensan que es la huaca que los hace chocar. Porque allí, en el cerro, entre Chulucanas y Vicús, hay muertos, que aparecen muertos motociclistas y no se sabe cómo murieron, cómo se chocaron. Por eso que piensan que gracias al niño se salvaron; si no, hubieran chocado.



LAS CUIDADORAS

Esto escuché de un señor, siempre cuentan en los chicheríos que iba este señor y se quedó a tomar en La Encantada. Y el tenía un burro que era burro hechor. Le llaman burro hechor al burro que se crió con las yeguas desde chiquito. Entonces caza solamente a las yeguas, para obtener ésta la cría: el macho o la mula. Bueno, este señor estaba con su hechor, estaba tomando en La Encantada. El burro se suelta de la soga y se corre, como era del campo, se va corriendo al campo en busca de yeguas. Y este señor lo sigue.

Ya anciano, no avanzaba a caminar mucho y al momento que sigue al burro, nadie lo ayudó a seguir, pues era el dueño, no más que se fue. Llegó al Zanjón. En La Encantada hay un sitio que le llaman el Zanjón, que es lejos ya, es lejos, queda hacia afuera. El ya no lo seguía al burro, si no lo seguía por el rastro y por el rastradero de la soga. Y allá se le metió por la loma de Gamaraz donde ha habido bastante huaco. Y de ahí, este señor, hubo una parte en que se le confundió los rastros ya, andando busque y busque. Entonces, allá ve que el burro había guaneado, el guano fresquito. El lo vio, dijo:

—¡Esto es el burro!, allí está, recién ha guaneado.

Se iba solito, sin miedo decía él. Un señor que no tenía miedo, nada, allí iba por Gamaraz, la loma de Gamaraz donde dicen que asusta también.

Y de repente, él, que iba así caminando, cuando escucha que alguien conversaba por esa loma solitaria, oscura y que dice;

—¿Quién es ésta que habla por aquí?

Voz de mujer, en eso sonaba que como quien va contando plata, como quien cuenta monedas, una, dos, tres... Dice que se quedó escuchando el sonido de la plata y se escondió entre los matorrales, entre zapote y árbol. Había una luz amarilla y miró, eran dos viejitas, bien ancianitas, con su ropa bien viejita que sacaban la plata por un lado y la llevaban para otro y allí la contaban.

El señor pensó:

—Esto no es cosa de este mundo, estas son las cuidadoras de la Loma del Gamaraz, porque cómo están allí cuidando.

Dice que él agarro y se fue. Allí se quedaron las viejitas que contaban la plata. Se fue siguiendo su burro, no más las vio ya.



EL PERRO NEGRO

El perro negro es un cuidador de un entierro, me dijeron. Yo pedí una explicación una vez.

—¿Y por qué cuidador?

Me dijeron mis abuelitos:

—Ve, en antes, cuando no había bancos, la gente vendía sus animales y esa plata no la tenían en la casa, allí en la casa, sino la iban a esconder, por decirle a esa loma. Sólo el dueño de la plata sabía dónde está la plata, iba en una ollita. Tenía la costumbre, para el secreto, para que no hallaran la plata, le enterraban con una cabeza de perro o un cuero de gato. Este cuero lo sacaban y lo cosían y ya servía como bolsa, este cuero. Enterraban allí la plata. Y entonces, si el dueño se moría y no daba a saber que allí quedaba un entierro, entonces con el tiempo salía un gato. Pero era el cuidador de este dinero. El perro era también cuidador de un dinero. Le ponían solo la cabeza de un perro negro. Al salir, ya no salía la cabeza sola si no todo completo.

EL PERRO NEGRO Y LA FAMILIA DE MARCELINO CHIROQUE

Fíjese que una señora vivía cerca de mi casa, justamente estaba hablando con el señor hace poco, con el esposo de esta finada. Dice que cuando ellos estaban durmiendo llegaba un perro, un perro negro, orejas grandes, dice, pecho blanco como lanudo y rabo banderudo, pero enrollado por arriba. O sea, creo que entiendo que tenía lana ¿No? Rabo banderudo. Este perro siempre asustaba a la finada mujer. La despertaba que la lamía, dice la cara. Se despertaba

y era un perro negro y nadie lo corría a este perro y tenía unos perros que les cuidaba y más bien no lo mordían, se ponían a aullar. Se sentaban los perros a aullar dice, no lo mordían como un perro cuando no conoce a otro perro que viene de afuera, se encaracha. O sea se pone malito y se pone a pelear ¿No? Pero este no, más bien se corrían, volvían el rabo entre las piernas y se ponían a aullar.

Y así fue, la señora fue cayendo enferma, enferma y enferma, años se fue secando, secando. Y los curanderos le habían dicho:

—Un perro la llegaba a asustar. ¿Es verdad o no?

Dijo la señora:

—Sí es verdad me llegó a asustar.

—Ya y no sólo lo has visto si no todos en tu casa lo han visto.

—Sí verdad.

—Y es que todos en su casa pues lo vieron siempre salir. O si no tenía costumbre de lamer los platos. Por eso, aunque ustedes laven los platos, al otro día tienen ustedes que volverlos a lavar.

—O sea que este perro te está chupando la sangre. Es un perro cuidador de una huaca. Y dice que los curanderos le decía:

-Ya no, ya no tiene remedio, ya se la ganó el perro.

Y cierto, murió la señora, así como le habían dicho los curanderos.
-Va morir bien flaquita, sequita, porque el perro se la chupó.

Y así fue, murió bien flaquita.

El perro volvió aparecer al señor, al esposo. Dice que él una vez que estaba con la luz prendida, durmiendo dice, cuando de repente "¡Tlac!". Le sentía los lenguazos en la cara. Dice que despertó, el perro allí. Dice que se agarró un palo y se fue dándole garrotazos. Lo que le daba garrotazos, los garrotazos, cuenta, que daban al aire, nada. Pero él veía bien que le daba, pero el palo cruzaba como si cruzaba un humo. Dice que el perro saltó los cercos, se lo siguió, dice a palos. Un perro distinto, dice, los demás perros más bien se ponían a aullar. Se lo siguió del corral a la loma, dice, y por allí se caían los chilalos, de miedo se caían, dijo él:

—Yo creo que esa es la cosa mala, voy a regresar.

Se regresó dice; y de ahí, dice que se hizo curar. De ahí, cambió su casa; vive por aquí no más. Se llama Marcelino Chiroque, es un señor ya de edad. Dice que él siguió al perro negro, que lo vio así, despierto, que luchó, peleó.

Este perro sale porque va asustando a varios. Asusta porque se le da la gana de salir a asustar, o el que encuentra cuando sale a pasear, lo asusta. Yo soñé, pero viéndolo en sueños, sólo durmiendo y que de allí donde había una casa que el caterpillar la barrió, por allí atrás, por esa loma, allí vive el perro. El perro era cuidador de un entierro de plata.



LA MESA MALA

Esto se le ocurrió a un señor que se llama Marcelino Chiroque Ramos. Bueno él me cuenta que siempre cuando iba a huaquear, siempre encontraba piezas finas y hasta que siempre soñaba que encontraba algo bonito. Y un día abriendo un canal para regadío acá en Huápalas, por un sitio que llaman el Monte Zambo, dice que estaban excavando, dice que encontraron una olla. Una olla con tapa, pero huaca, pero con bastante piedras finitas, piedras en figura de peces, pero brillaban estas piedras.

Entonces dice que él ha comenzado a hacer bulla, a gritar a los demás amigos:

—Vengan a ver, muchachos, vengan a ver lo que me he encontrado, una olla con cosas adentro.

Entonces los demás muchachos, los demás regadores, trabajadores, vinieron. Y dice que vieron la olla, dijeron:

—Es olla huaca, es mesa.

Entonces dice que los demás comenzaron a sacar y hubo uno que se llevó unas piedras, se llamaba Pancho Paz. Y el hombre se llevó sus piedras en la casa, en la olla.

Bueno naturalmente entró, las guardó en la maleta. De noche sonaban las piedras "Trac...". Sonaban, sonaban en su maleta, sonaban, sonaban sólo de noche, como que brillaban, chispas de candela. El señor Pancho Paz se llevó las piedras y cayó enfermo y

murió bien sequito, bien sequito murió, botando sangre. Y enseguida el señor cayó enfermo, cayó enfermo y se hizo ver de un curandero.

El curandero, un señor Pedro Moreno, creo sí, Pedro Moreno que le dijo:

—Tú te has hallado un entierro de una mesa. Y esa mesa es una mesa mala, son de los Incas, de los gentiles y es mala. Que si era mesa buena no estuviera allí, haciéndoles daño a ustedes.

Bueno dice que le dijo:

—Te voy a curar, pero tráeme esas piedras, tráemelas para yo arreglarlas, fresquearlas.

Y que este señor le ha llevado las piedras. Y que todavía le dijo:

—Uno de tus compañeros ha muerto, porque las piedras huacas se lo han comido. Muerto seco, botando sangre.

—Sí, sí señor.

—Y ahora se van contigo, si no te curas, también mueres así.

Y se hizo curar, llevó las piedras y se las entregó a este señor.

Eso era una mesa huaca de los Incas. Porque también han existido los curanderos desde la época de los Incas. Posiblemente por un brujo malero tienen poder hasta hoy. Tengo entendido que cuando no las fresquean, comienzan a chuparse las personas que las tienen, ellas necesitan comer, absorber algo, y si los coje al humor de uno, se va. El curandero las fresquea, las florece con florida y él ya las toma a cargo, él ya sabe los secretos de éstas artes y quedan como para sus implementos de sus mesas.

EL DIABLO DE VICUS

El diablo es el demonio; no es huaca sino demonio. Se lo conoce porque siempre anda, dicen, ofreciendo dinero. Que se aparece o priva a la gente. No está en las lomas; sino en los cerros. Por allí está en el cerro Vicús, también hay una cueva del diablo en el cerro Ñañañique. El diablo es diferente a los huacos. Averigüe y le van a decir en el Cincuenta hay compactados con el diablo, el diablo de Vicús.

EL DIABLO Y EL CAMPESINO

Es que un señor campesino andaba por Vicús en busca de trabajo ya que estaban sus hijos enfermos, inclusive, y no halla trabajo. Entonces, este señor se fue a buscar trabajo lejos, en las chacras, y de repente en el camino encuentra un señor, sentado en una piedra, bien vestido, con camisa blanca, con botas y sombrero chiquito. Bueno el señor campesino lo saluda:

—Buenos días señor.

—Bueno días, que buscas por aquí.

—Señor voy buscando chambita.

—¿Sí?, ¿que no hay trabajo?

—No encuentro trabajo, no hay fíjese. Caramba que tengo a mis hijos enfermos y necesito plata y no hay trabajo. Me voy a esas chacras a ver si por allí me dan trabajo, para pedir socorro.

Socorro le llaman que piden plata adelantado, un adelanto.

—Bueno, si quieres trabajo te doy. Yo tengo trabajo.

—¿No?

—Sí.

—Deme trabajo, pero a ver si me da un adelantito.

—Ya hombre, te puedo dar. Mira, ándate por este camino, cruza una puerta, la tercera puerta. Allí vas a encontrar una casa y entonces llegas de parte mía, de parte del Patrón. Vas que te den plata, que te den la plata, lo que tú quieras.

—Ah, ya señor, muy bien.

Se ha ido este campesino, ha llegado a una puerta, una puerta que no había visto él; es que él no había visto camino. Ha cruzado esta puerta, otra, a la tercera allí vio gente. Que dijo el señor:

—Sabe que vengo de parte del Patrón, que si me podrían dar un adelanto que me den plata, plata que voy a trabajar.

—Ah, ya, pero pasa adelante.

Dice que sacaron unos paquetones de plata.

—¡Abre tu alforja!, ¡Plal!, le echaron.

O sea que el campesino se asombró de tanta plata, paquetones pues de plata, que su alforja casi la llenan, casi la llenan su alforja. Y él se regresó otra vez y dice que todavía iba el señor allí sentado.

—Ya te dieron, ya anda, anda pero no te vayas a quedar. Tú tienes que venir aquí mañana, cuidado con quedarte.

—No señor, mañana llego a trabajar.

—Ya pues, anda, lleva esta plata a tu casa, guárdala.

—Muy bien, dijo. Qué tanta plata. ¿Por qué me habrá dado tanta plata?, y se vino a pie.

En esa época rondaban los tenientes, los tenientes gobernadores rondaban.

Y entonces lo encontraron a este señor con la plata, y el teniente, creyendo que era un hombre que andaba robando, lo capturó.

—¿Y de donde has sacado esta plata?

—No sé. Me la ha dado un señor allí.

—¿Cuál señor?

—Un señor ahí que me ha dado plata para que mañana trabaje.
—No -dijo- tú andas robando. ¿De dónde es? No, no, esta plata va conmigo.

Le han quitado la plata. Creo que ha sido un señor Bayona, que ya hace poco murió, que vivía en el Cincuenta. Era el teniente. Estuvo años enfermo, se llamaba, ¿cómo se llamaba? Fíjese que no me acuerdo cómo se llamaba, era Julio no, había Julio, Raúl, Pedro, eso Pedro Bayona era. Pero Bayona le quitó la plata y lo corrió:

—Eres un ladrón, te andas robando la plata.

Y se ha venido. Se cree que este señor Bayona le quitó la plata a este señor campesino.

Y el campesino se vino a darle a saber al señor. Lo encontró todavía, le dijo:

—Señor sabe que le vengo a dar una mala noticia.

—¿Cuál es?

—Fíjese que me encontró el teniente y dice que la plata es robada y me la ha quitado toditita.

—Ah, dice:

—Recién te has salvado dijo, recién tú te has salvado, pero él que te ha quitado la plata ese se va ir conmigo. Anda que te den plata otra vez, pero esta es para tí ya, tú estás salvo. Llévate ésta plata para tí ya.

Ha ido este señor y le han dado otra vez, y ésta se la ha llevado a su casa.

En esos días: ¡Pruu..! Amaneció, lo hallaron botado al teniente, que no habló hasta que murió. Pero estuvo años y años, sólo se secó de la cintura para abajo y no habló. Y creen, tienen entendido que, quién sabe, él fue el que le quitó la plata a este campesino de Vicús y que el diablo lo mató. Lo enmudeció para siempre, ese diablo de Vicús. Murió y no habló.

EL DIABLO Y EL BORRACHO

Dicen que este señor iba bien borracho, se iba mareado por el camino ya, bien tarde ya. Cuando de repente es que lo alcanza un automóvil, bien serenito. Dicen que iban allí unos gringos:

—¡Oh! dijeron.

Plantó el borracho.

—Amigo, ¿qué dice?

—Señor, ¿qué dijeron? ¿A dónde va?

—Aquí no más, me voy a mi casita, vengo de acá, me voy al Cincuenta.

Al Cincuenta o a Vicús, total que por esa zona, por allá vivía.

—Suba, suba, por allí lo llevamos.

—¡Ah qué bien!, dijo. Me voy en carro ya. Muchas gracias señor, muchas gracias.

Un carro pero que brillaba nuevecito. Y de repente que dice, cuando él está arriba en el carro, ha cerrado la puerta y dice:

—Gracias a Dios que me voy a ir en carro.

¡Pruumm..! Cayó sentado a la tierra. O sea que mentó a Dios y ¡Toc..! se desapareció el carro.

¡Pruumm..!, se quedó. O sea que la palabra de Dios es muy sagrada, ¿no? Salió del cerro Vicús el diablo.



ANIMAS
Y
DUENDES



Las ánimas, los muertos salen, asustan pero lo que quieren es misa.

LA ANIMA DE MI MADRE

Bueno, mi abuelito me contaba muchas cosas. Mi madre murió en el año 1956, yo nací en el 52 y me dejó de cuatro años nacido. Hace años que había muerto y una vez había una misa de un compadre de mi abuelito. Lo habían invitado y él entonces, porque no podía venir a la misa, mandó a mi abuelita:

—Anda tú en reemplazo mío que tengo que pastear ganado.

Así que dice que él tenía pescado, carne seca, en la campiña, o sea en el campo, debajo de un zapote, con su ramada y allí estaba el corral. Llegó a las doce, de pastear ganado, que el ganado se echó a los alrededores del corral, en los árboles.

—¡Caramba!, nada venía la Carmen con la comida.

Carmen se llama mi hermana. Y a mi hermanita, que estaba con mis otros abuelitos, chiquilla la mandaron a vender leche acá en La Encantada. Y mi abuelita, viniendo de Chulucanas, tenía que venir a cocinar el desayuno y enviarle con la Carmen, que había venido a vender leche aquí en La Encantada. Entonces mi hermana, como no venía mi abuelita, se entardeció esperando que venga de Chulucanas para que cocine y prepare la comida.

Mi abuelito nunca dejaba el cuchillo, cuchillo grande que andaba, machete. Como llegó a las doce:

—¡Caramba, nada, no hay nada de comer!

Solitito él, pero dijo:

—Aquí hay carne, voy a asar carne para comer.

Y su burro no lo ha desensillado. Se ha bajado, ha amarrado su burro así, a un lado y no le sacó el apero y se ha ido a recoger leña. Ha prendido la candela para que haya brasa para asar carne.

Dice que él ha estado en posición como quien saca camotes, apoyando, apoyando sus manos y sus rodillas en el suelo, así. Fuul, soplando la candela para que caiga la brasa, estaba asando carne, creo, iba a comer pan, porque tenía pan por allí. Bueno ¿cómo iba hacer su almuerzo? Y de repente el ganado corre, comienza a correr el ganado, a las 12 del día, se corrió el ganado. Dice que estaba así agachado, miró así no más al ganado. ¿Qué tuvo el ganado que se corre? Todito el ganado se corría y estornudaba de miedo el ganado, las ovejas se pararon, se corrieron dispersas.

Es que dijo:

—¿Qué le habrá asustado, el perro o algún zorro o alguien quiere puñar una oveja, qué pasa!

No había nadie. Entonces, el burro que estaba cerquita de él, dice que entonces "¡fruumm!", hizo, bajó y miró. O sea que el burro cuando hay una cosa, con las orejas mira y apunta donde está el miedo, no. Dice que el burro retrocedió de miedo, es que miró al burro y le miró las orejas, entonces él miró para dónde él burro miraba a las ovejas, apuntaba. Bueno, y dice que al mirar así vio a mi mamá. Vio a mi madre, vio que caminaba cerca del corral, así bien cerquitita a algunos metros me dice. Y dice que la vio en cuerpo y alma, así de día. Dice que vestido floreado.

—¡Ve!, la Andrea!, que le dijo él.

Pero se acordó que era muerta ya hace años. Entonces, la finada, dice, que se largó la risada, se rió, le escuchó la risa y se dio la media

vuelta, como un caracol. Se dio la risa y se regresó riéndose, todavía dice que el vestido se le hizo un ruedo. Como quien baila marinera, así se le hizo un ruedo el vestido. Se dio la vuelta, y le dio la espalda, caminó para atrás. Que la conoció, que era su hija, pero era años que estaba muerta. Entonces que le dijo:

—Qué cojuda, te ríes porque me ves cocinando, crees que yo no puedo cocinar. Ya vete de aquí.

Entonces él ya sabía que podía ser la cosa mala transformada en su hija. Entonces agarró el cuchillo y se ha dado palmadas en la cara.

Me dijo:

—Fíjate, yo la ví.

Le digo, yo nunca les digo abuelitos a mis abuelitos, les digo amá y apá, entonces yo le pregunto:

—Apá, pero dime, ¿al momento no ha sido que usted se ha quedado dormido. Tal vez cansado en lo que estuvo un ratito recostado, de repente se quedó dormido y fue una pesadilla que usted vio y cree que es día?

Pero, dijo.

—Muchacho, pero si yo ni siquiera no me he acostado nada. Me he bajado de mi burro, me he ido a traer leña, he prendido la candela, me he puesto a asar carne. Ni un ratito me he acostado siquiera.

—¿No se recostó usted en la quincha, no se recostó en el cerco y tal vez se quedó a descansar así esperando que se ase la carne?, y tal vez se quedó dormido. Y en este lapso que cerró los ojos usted se acordó.

Pero, dijo.

—Muchacho te estoy diciendo que yo ni siquiera he cerrado los ojos. Si yo estaba de hambre y estaba más de hambre que de sueño. De ahí me he puesto a pensar, porque habrá venido la Andrea si está muerta, yo le he hecho misas. Vuelta querrá otra misa. Bueno, te voy hacer misa, tal vez quieres que te haga otra.

Vestido floreado dice que llevó, de flores negras. Pero la vio tal como era ella, con su modo de peinado. Pero se rió, escuchó la risa, la vio toda. ¡Ah!, cuando se fue, dice él que ha quedado mirando. Se fue, estaba mirando hasta que se perdió pero no se perdió en una esquina, entró en un árbol, entre las ramas dice que entró, entre las ramas de un árbol. Se fue, la figura se fue, desapareció antes, que se volvió en nada dice, desapareció. Y le hizo misa después.



LOS DUENDES

Los duendes son almas infantiles que buscan salvación, quieren agua bendita.

LOS DUENDES DE LA ACEQUIA

Un señor aquí enfrente, el señor Márquez, nos contó que una vez él estaba por su corral y escuchaba que aullaban los perros, ladraban y ladraban y él se despierta, como tiene animales en su corral dice:

—De repente vaya a ser algún ladrón que quiera llevarse los chivos o las ovejas.

Se levantó a dar vuelta y cerca de su casa hay un canal, que pasa del rozo de Nómala. Entonces este señor se para ver y dice que vio pasar dos niños vestidos de blanco, con sus sombreros, todos igualitos los dos niños, de frente en medio del canal. Y los perros aullaban. Estos niños chiquititos que caminan, se van hacia afuera, al campo, se van a un sitio que le llaman los Cinco Montes, hasta por allá se van caminando.

Y tengo entendido que este señor dice que en otras épocas, más atrás, cuando la época de Miguel Seminario, estos resultaron dos abortos, que me creo que una mujer abortó abajo allá por el río. Y como estaban bombeando, como dijo mi abuelito que habían antes una bomba que bombeaba del río para los canales. Entonces esta mujer seguro los envolvió en una sábana y los metió en el canal y estos dos abortos vinieron con el agua dando vuelta y amaneció

atrancada la sábana y los niños se habían ido en la acequia. Como esta agua pasa hasta afuera, allí se habían ido.

Entonces el señor dice que en esta época, ellos vieron los niños mellicitos que se iban por los Cinco Montes, pero la sábana se había quedado. A los años, pasaban los años pero siempre los veía pasar, pero son los duendes, dice; son los niños que toman forma, se van por el canal adentro.

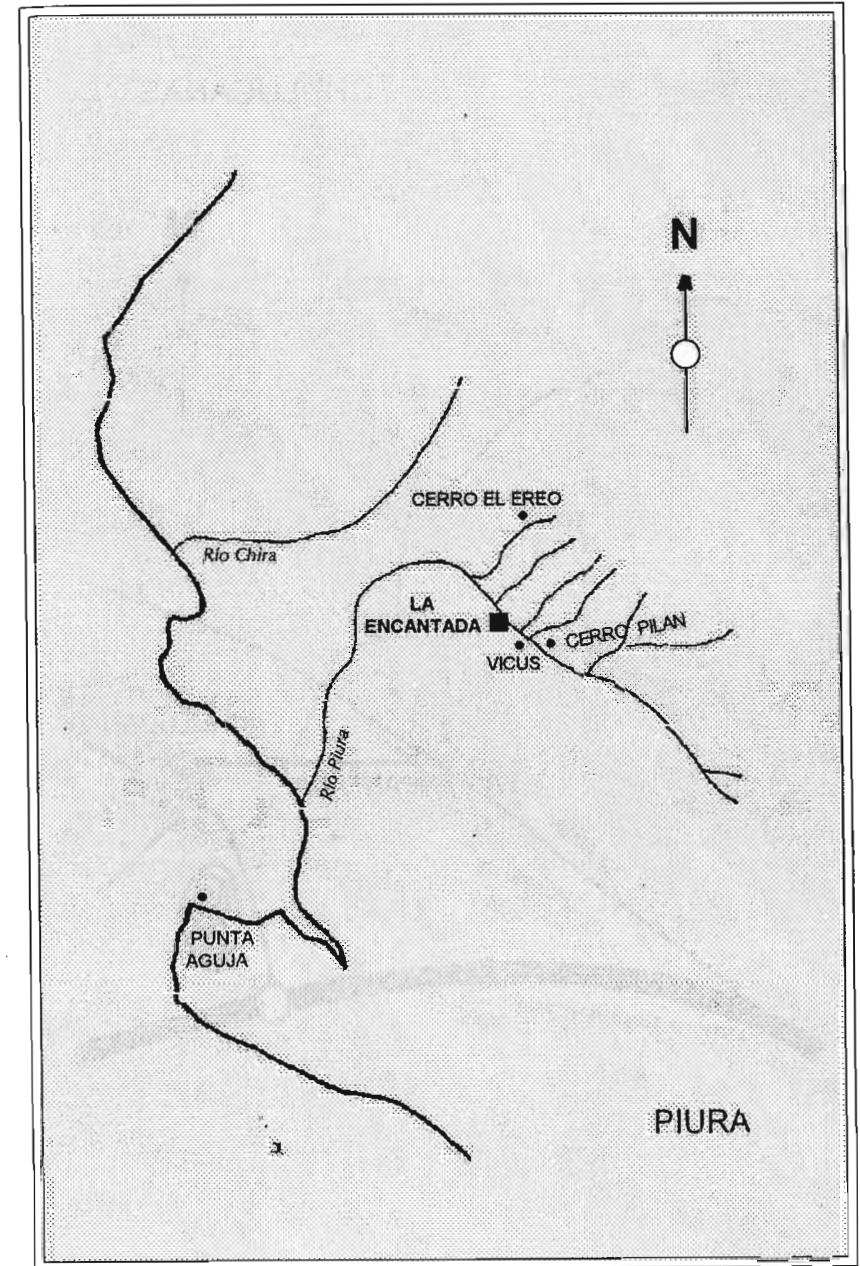
EL DUENDE DEL RIO

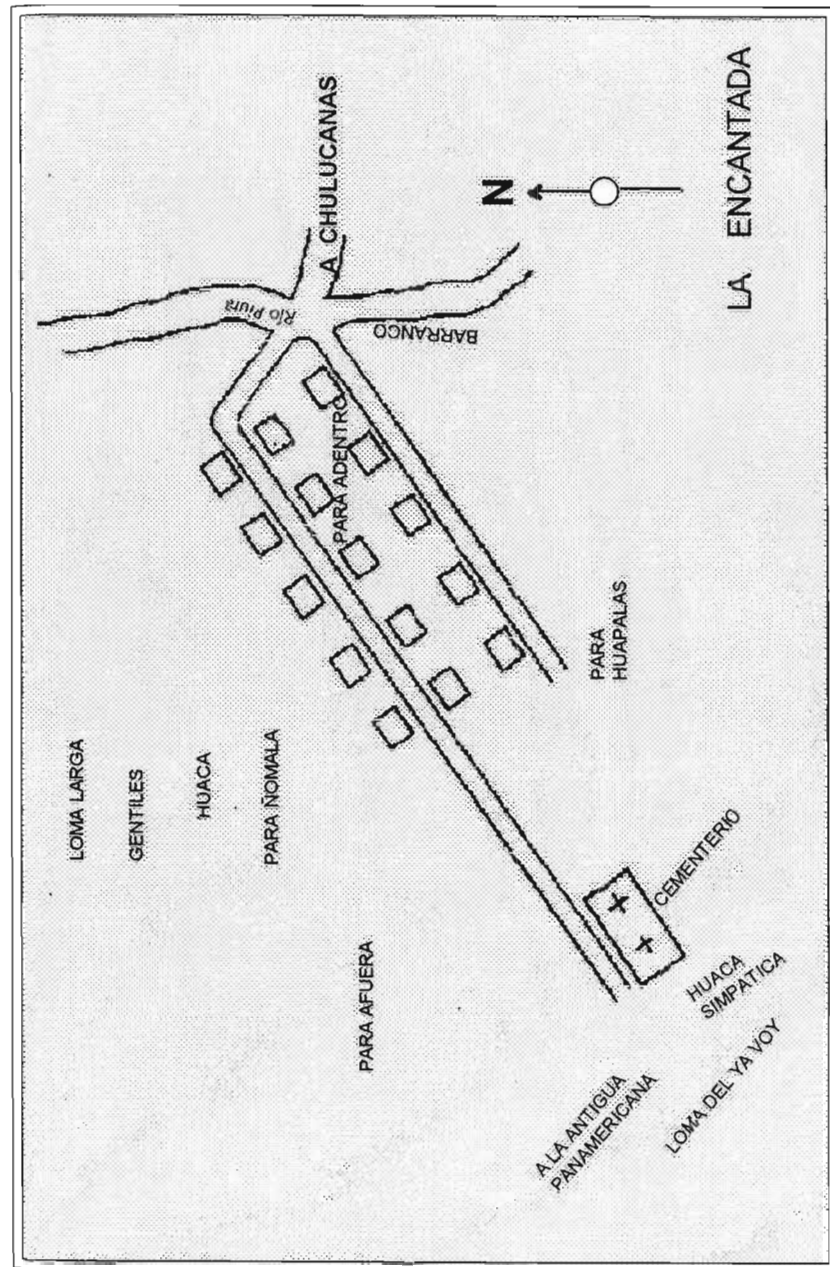
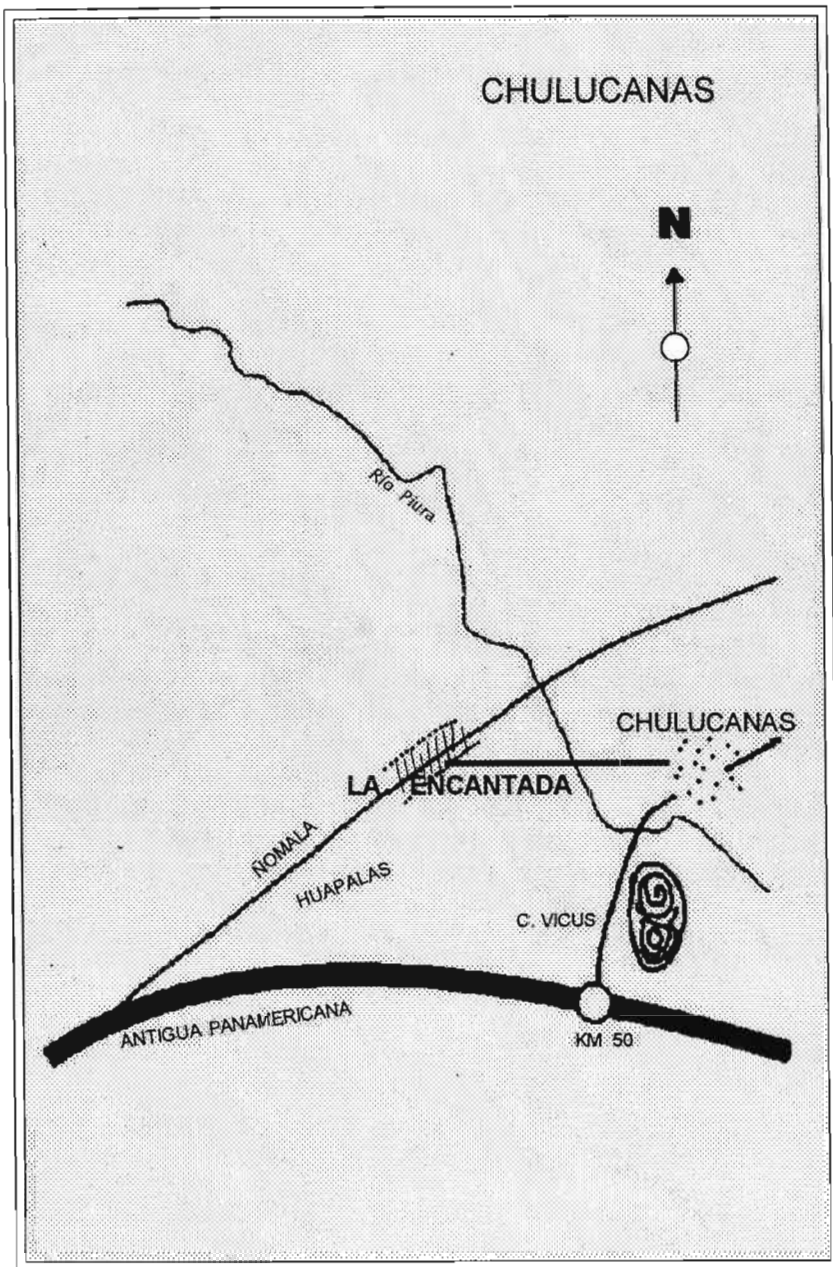
Un señor dice que venía caminando en bicicleta, venía borracho que empujaba su bicicleta y de repente por allí por el río un niño que llora, por el río. Dice que él dijo:

-¡Hey!, ¡ven carajo, ven la chucha de su madre!, dijo él, para darse ánimo él mismo.

Cuando el niño ensombrerado, venía con sombrero grande, dijo que lo vio. Huyó en su bicicleta, huyó y se las embolsó. Que corría. ¿A dónde se le veía la borrachera? Y allí estaba el niño detrás de él, en la bicicleta, que corría. En el barranco, llegando en la entrada de La Encantada, en la subida, allí lo dejó recién, dice.

Y se dice que era de un niño que lo hallaron por el río, que se lo estaban comiendo los chanchos, los perros ¡fíjese! Seguro que una mujer lo había abortado, lo había dejado así, recién nacido, hasta antes de que nazca y creen que es este niño el que toma forma. Esos duendes son almas infantiles que buscan salvación, buscan alguien que le echen agua bendita.





LOS ENCANTOS DE LA ENCANTADA



ANNE MARIE HOCQUENGHEM
MAX INGA

Los encantos de La Encantada

biblioteca campesina 7



cipca-piura

CENTRO DE INVESTIGACION Y PROMOCION DEL CAMPESINADO

PRESENTACION

La serie de publicaciones CIPCA Biblioteca Campesina en su séptima entrega ofrece al lector un conjunto de relatos en versión escrita por Anne Marie Hocquenghem y, recogida de labios del multifacético artista popular Max Inga, excepcional ceramista y burilador de mates, que ahora nos sorprende gratamente con sus dotes de narrador.

La lectura de estos relatos nos conducirá a un plano de la existencia donde la realidad y la fantasía constituyen un mundo indivisible, sin distinción ni fronteras. Versiones semejantes encontramos en la tradición oral que se trasmite de generación en generación entre las gentes del pueblo piurano. Aquellos son parte de nuestra cultura, de nuestra historia y tal vez de nuestra fantasía.

Pasajes y paisajes de estas narraciones son motivo de algunas ilustraciones en el texto; otras muestran ceramios de la cultura Vicús, cuyo territorio abarca el actual caserío de La Encantada (Morropón).

Gracias al esfuerzo de Anne Marie; investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS—Francia), que en largas jornadas recopiló estos relatos y; a testimonios de Max, hoy podemos disfrutarlos como parte de nuestra Biblioteca Campesina.

JULIO CARRASCO

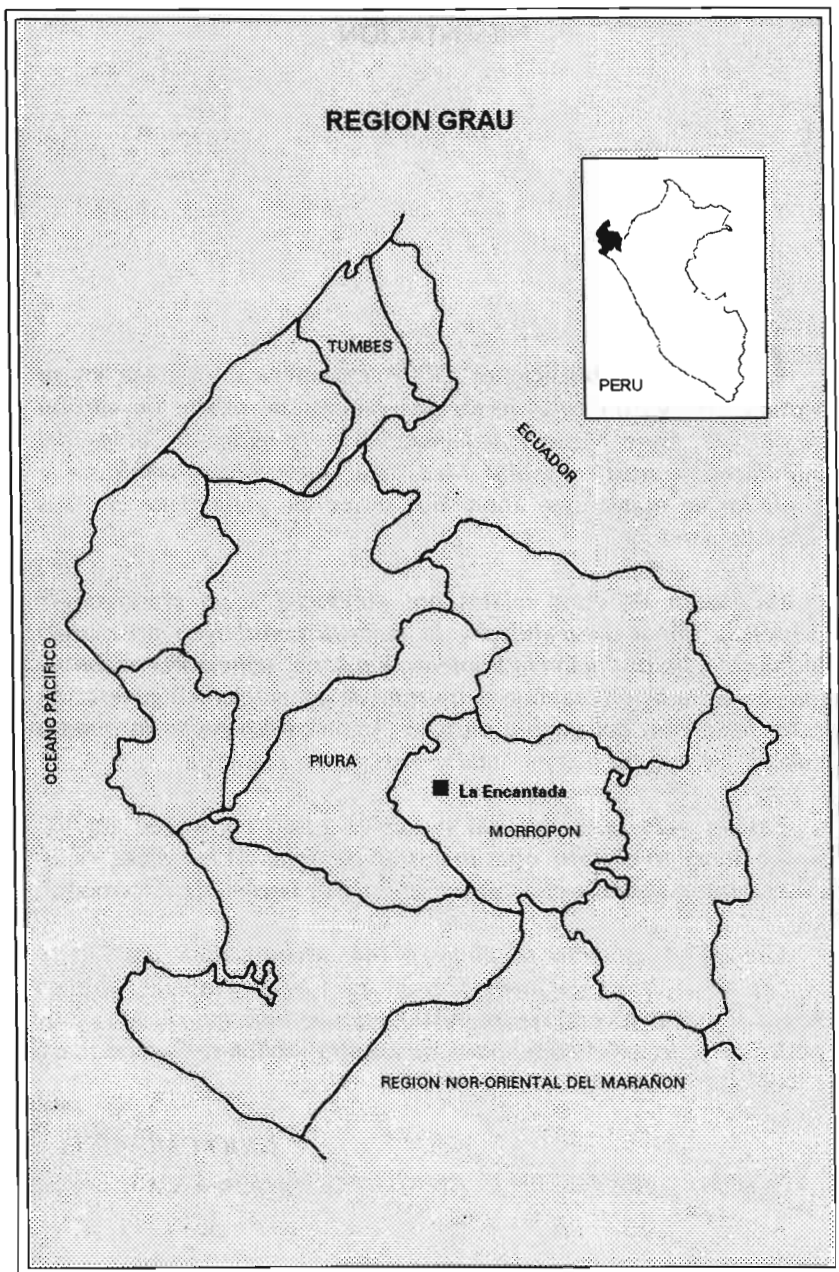
Ilustrado por David Ramírez

(C)

CIPCA
Centro de Investigación y Promoción del Campesinado
San Ignacio de Loyola 300, Urb. Miraflores, Castilla-Piura
Apdo. 305, Piura-Perú, Telf. (074) 328634, Fax (074) 323115

Mayo, 1996
2^{da}. Reimpresión

Proyecto Gráfico e Impresión: DEPARTAMENTO PUBLICACIONES CIPCA



CONTENIDO

PRESENTACION	
INTRODUCCION	9
ENCANTOS DE AYER	19
Los gentiles de la Loma Larga	21
La huaca de la Loma Larga	33
El golpe de arpa de la Loma Larga	42
La laguna encantada	44
Los cerros	45
ENCANTOS DE HOY	47
La huaca	49
La viuda	60
Las cuidadoras	65
El perro negro	67
La mesa mala	70
El diablo de Vicús	72
ANIMAS Y DUENDES	77
La ánima de mi madre	79
Los duendes	83
MAPAS Y CROQUIS	

INTRODUCCION

EL NARRADOR

Max Inga nació en el pueblo de La Encantada, cerca de la ciudad de Chulucanas, en el departamento de Piura. Acompañando a su abuelo, conoció la chacra y el rozo; los caminos del despoblado y de la serranía. Aprendió a sembrar, regar, cosechar; también a pastear, arrear y, según las necesidades, a intercambiar los productos costeros con los productos serranos, a ser arriero. Fue un campesino piurano como muchos.

La enfermedad lo clavó en una silla de ruedas, con brazos sin fuerzas y cuerdas vocales sin resonancia. Esmerándose para desarrollar la habilidad de sus manos y la modulación de su voz, comenzó a modelar arcilla, grabar mate, tocar rondín y contar historias de La Encantada. Se hizo ceramista, burilador, músico, narrador; y con sus recuerdos, con todo lo que sigue descubriendo, con lo que siente, ve, oye, da alma y vida a sus obras. Es un artista peruano como pocos.

Pasando del relato oral al texto escrito, se pierden las entonaciones de la voz ronca y cálida que se burla o amenaza, pregunta, contesta, convence y que, cambiando de registro y acentuando, va animando la narración.

Se pierde además todo el ambiente al interior de la casa, con los niños que entran y salen; la abuela que desgrana el maíz en una lata que suena, que ahuyenta las gallinas, los chanchitos y no termina de comentar, para ella sola lo que cuenta su nieto. Se pierde por la

ventana el canto como agua que corre de unos pájaros negros, el del chilalo, el estallido del canto del gallo, del rebuzno del burro y los balidos de un rebaño de cabras y ovejas, el ladrido de los perros, el llanto de los ejes de una carreta, el trote de un caballo y, de vez en cuando, el estruendo de una motocicleta.

A partir de las cuatro, se pierden los anuncios de la radio local, los comentarios y las conversaciones de los campesinos que vuelven de la chacra y se reúnen con nosotros en un chicherío donde jarra tras jarra, piqueo tras piqueo, nos sorprende el deslumbrante atardecer, el sol rojo que desaparece, el cielo morado que oscurece, el primer silbido de la lechuza...

"Los encantos de La Encantada", son mucho más que el pálido reflejo del talento individual de un narrador o el recuerdo de inolvidables reuniones con Max y su amigo de siempre "-el serrano-" tocando guitarra; su sobrina Esther cantando y su tío Félix contando chistes. "Los encantos de La Encantada" pertenecen a la tradición oral, uno de los aspectos de la cultura campesina de Piura. Nos dan a conocer las costumbres y las creencias de los campesinos, la conciencia que tienen de un espacio compartido: la región; de un tiempo transcurrido; la historia. Estas narraciones contribuyen a la elaboración de una historia regional.

LA HISTORIA

Los "encantos" son las lomas donde mucho tiempo atrás, antes de la llegada de los españoles cristianos, vivían los incas gentiles, los "huacos" y "huacas". Las ollas, chaquiras, pirulitos, mesas de estos "gentiles", así como sus ornamentos de cobre, plata y oro, hasta sus propios huesos, se encuentran caminando por las lomas y se descubren rozando, limpiando o construyendo una acequia, sacando arcilla para la ladrillera.

Estos "gentiles" se aparecieron a los abuelos hasta el año 25, el año de las lluvias que, como en el año 83, azotaron el norte del Perú. Después del diluvio, nadie los ha vuelto a ver. Se alejaron. Se fueron.

El río se los llevó. ¿Quién sabe dónde estarán? ¿Dónde se habrán ido? ¿Será que los molestó el ruido de los motores de las nuevas bombas que se instalaron para subir el agua del río a los canales? ¿Será que los molestó el llanto de los niños, el aullar de los perros y el rebuznar de los burros? A ellos les gustaba la soledad y desde el año 25 el pueblo creció mucho, vinieron peones de las dos haciendas colindantes, Huápalas y Nómala.

Los "gentiles" eran enanos, pero con poderes sobrenaturales. Podían adivinar lo que iba a pasar, tenían mucha fuerza. Se vestían a lo antiguo, a lo incaico. Necesitaban comer y rogaban o robaban leche, cabritos, maíz, chicha. Si se les daba lo que deseaban, agradecidos, ofrecían oro. Si se les negaba, ofendidos, enfermaban y mataban. Unas "huacas" eran guardianas de los tesoros de los "gentiles" y espantaban, mataban o enfermaban a quienes se aproximaban a sus lomas y se arriesgaban a "huaquear" a buscar oro, plata o huacos, ceramios finos.

Hoy aparecen otras "huacas", de tamaño normal, son mujeres viejas vestidas de negro, de pelo largo que cuidan las monedas de oro y plata enterradas en las lomas en el tiempo de la hacienda, cuando no había banco para depositar sus ahorros. Son la "viuda" que llora y se lleva a los hombres o una "huaca" joven, bella como una virgen, con largos aretes de oro, que para ganarse a los hombres les ofrece riquezas o carros nuevos y también se lleva a los niños. Los hombres que se van a trabajar a la chacra o al despoblado y pasan por las lomas encantadas son las víctimas de las "huacas", así como los niños desprevenidos que juegan en sus alrededores. Las mujeres parecen salvarse de estos peligros, se quedan en el pueblo, o, si salen, salen acompañadas.

En el cerro Vicús sigue viviendo el "Diablo". Pero el diablo de antes era un poco diferente, se parecía a un hacendado, montado en un caballo fino, blanco, andaba con espuelas de plata. Ahora aparece como un señor bien vestido con sombrero chico. Se está transformando, hace poco unos lo vieron como gringo circulando en un carro de lujo. El "Diablo" da riquezas y poderes a quien hace pacto con él ofreciéndole un ganado o hasta una hija.

Dicen los jóvenes que no "espanta" tanto como antes y que saben protegerse. Desde el año 83, que marcó otra ruptura en el transcurrir del tiempo en La Encantada, ya no se temen tanto a las "huacas".

Las narraciones de encantos nos indican como va transcurriendo el tiempo. Según la tradición oral parece haber la percepción de tres épocas diferentes:

—Del tiempo de la hacienda hasta las lluvias del 25, cuando los abuelos veían a los gentiles.

—Del año 25 hasta las lluvias del 83, cuando aparecieron una nueva generación de huacas.

—Del 83 hasta hoy cuando se alejan estas "huacas".

LA REGION

Los "encantos", las lomas, rodean el pueblo de La Encantada situado en la margen izquierda del río Piura, al límite de lo que fueron las antiguas haciendas de Ñómala al norte y Huápalas al sur. Las haciendas de Ñómala y Huápalas eran parte de una unidad territorial que corresponde hoy al Bajo, al Medio y al Alto Piura, territorio definido en los relatos por cuatro cerros linderos, que pelean como "Titanes" para obtener, en tiempo de invierno, las lluvias. Estos cerros son: al sur el Vicús, cerca de Chulucanas y La Encantada; al norte, el Ereó, cerca de Tambogrande; al este, el Pilán, cerca de Morropón; y al oeste, el Punta Aguja, cerca de Sechura.

Los relatos nos hacen descubrir el territorio desde La Encantada. Ir al norte, es irse a Ñómala; ir al sur, es irse a Huápalas. Bajar al río, es caminar hacia adentro; subir al despoblado, es caminar hacia afuera. Hacia adentro, se va a las chacras donde se trabaja y a las playas del río, donde se pesca lisas con atarrayas, se lava en las mañanas y se baña en las tardes. Hacia afuera, se va al despoblado, a los temporales y a los corrales, a recojer algarrobo y madera, a ver las colmenas y obviamente a "pastear" el ganado. En la margen izquierda del río hay poca agua y la producción es más ganadera que agrícola. El camino a Chulucanas es por adentro, pasando un barranco y siguiendo del

otro lado del río. De Chulucanas por la carretera, se vuelve a cruzar el río y se llega al pie del cerro Vicús, al "Cincuenta" pueblo establecido en el Km 50 de la antigua Panamericana entre Piura y Olmos.

Lo que hace la unidad del territorio dominado por los cuatro cerros mencionados es, ante todo, su población de origen indígena, de Catacaos y Sechura. Son gentes concentradas, después de la conquista, en el entonces poco productivo Bajo Piura. El Bajo Piura sólo tenía agua durante cuatro meses, de enero a abril. Los españoles se implantaron en el Alto Piura que goza, además de las lluvias invernales, del agua que baja de las serranías de Frías, Santo Domingo, Chalaco, Yamango. El río Piura recibe afluentes en su margen derecha por las quebradas de Río Seco, Yapatera, San Jorge, Las Damas, Las Gallegas y el río Corral del Medio.

Durante todo el período colonial, en las haciendas al Alto Piura sirvieron como mano de obra, peones por turno llamados "mitayos" que eran indígenas del Bajo Piura. Durante el período republicano siguieron sirviendo las mismas gentes como peones arrendatarios, llamados "yanaconas". Desde la Reforma Agraria quedaron como socios de cooperativas o pequeños propietarios de parcelas. A esta mano de obra indígena de origen catacaos y sechurano hay que añadir algunos "mitayos" y "yanaconas" o peones que venían de Olmos y compartían las mismas costumbres y creencias.

Se distingue, en la margen derecha, en las antiguas haciendas de regadío de Yapatera, Chapica, Talandracas, Morropón y Buenos Aires, una población diferente, de origen africano. Son los descendientes de los esclavos que los hacendados compraron para trabajar la caña de azúcar, el maíz y más tarde el algodón, el arroz.

LAS COSTUMBRES

Las narraciones de "encantos" nos hablan de algunas costumbres de los campesinos de La Encantada. Son costumbres de agricultores-pastores en un ambiente natural de "bosque seco ecuatorial", donde el factor limitante de la producción es el agua.

Hoy en las tierras que se logran irrigar, con acequias y bombas, se siembra para el mercado nacional o internacional: algodón, arroz, maíz híbrido, algo de sorgo y marigold; son monocultivos modernos. En las chacras hay policultivos más tradicionales de panllevar. Se siembra maíz criollo, frijol, sarandaja, zapallo, yuca, camote, calabaza, junto con frutales: mangos, plátanos, cítricos, papayas, paltas.

Los años de lluvia, en el despoblado se cercan temporales protegidos de los animales donde se siembra maíz para la venta y panllevar. Los años secos se sufre y se vive más del ganado, se migra a trabajar a la ciudad o a la selva. Además del trabajo de chacarero y pastor, se puede especializar de comerciante, artesano ladrillero, carpintero, ollero. Unos son pescadores en el río; algunos con poderes especiales se dedican al curanderismo: son maestros, curiosos, entendidos o cirujanos. Las mujeres en las casas se dedican a criar los hijos, cocinar, lavar, hilar, tejer, criar gallinas, patos, chanchos y preparar por turno la chicha para la familia y los vecinos.

Las narraciones nos cuentan de las actividades de los chacareros, pastores, pescadores, artesanos, comerciantes con sus diferentes implementos: palanas, machetes, alforjas, cuerdas, atarrayas, ollas, cántaros, potos, sillas, aperos. Nos indican cómo se limpia una acequia, se riega, se cosecha el maíz, como se comportan los animales, cuánto cuesta elaborar la chicha, cuáles son las dificultades para movilizarse y transportar las mercaderías, cómo se fabrican los ladrillos.

Los relatos de "Encantos" nos hablan de las cosas de la vida. Pero también nos hablan de las cosas de la muerte y la enfermedad causada por "los espantos" de "los encantos", por las "salidas de las huacas". Nos dicen cómo y por qué un hombre joven, fuerte y sano, puede, de repente, alocarse, secarse, botar sangre y morir; cómo y por qué un niño bonito, gordito y alegre puede dormirse tranquilo y no llegar a despertarse.

Oyendo de "encantos", "espantos", "huaca", "viuda", "guardianes y "guardianas", "gentiles", y de sus poderes sobrenaturales, se conoce

a uno de los especialistas más poderosos: el curandero. El curandero puede curar las enfermedades causadas por los dueños de los "encantos"; el médico sólo puede curar las enfermedades "de Dios".

El curandero puede "rasterar" la sombra del enfermo que ha sido atacado por una "huaca"; puede "llamarla", y si la "huaca" no lo ha "ganado", puede curarlo con su mesa, sus artes. Según las narraciones, el oficio de curandero es muy antiguo. Había curanderos en el tiempo de los "gentiles" —de los Incas— y se encuentran hoy; sus mesas, sus artes son todavía poderosos.

El poder del curandero es ambivalente. Si trabaja bien, "con corazón", con "devoción", con "virtud", puede curar; pero si es brujo "malero", "manaturalozo" puede dañar, hacer "la cosa mala", "la cochinateda", la "brujería". Para curar o dañar el curandero o el brujo invoca los poderes de los cerros, cerros donde vive el "diablo" y cerros llamados en toda la región "huaca" y "viuda". El poder del curandero o del brujo es el de las "huacas" y "viudas", el del "diablo". Pero el "diablo" es el más poderoso, todos le temen.

LAS CREENCIAS

"Los encantos de La Encantada" no son cuentos o fábulas, son relatos de acontecimientos verídicos, de cosas que pasaron de verdad a familiares o vecinos que todos conocen y que, de veras, vieron la "huaca" o la "viuda", el "gentil" o el "diablo" y de veras se enfrentaron y murieron. Si se salvaron es porque recurrieron al curandero y le tenían fe. Estos relatos tratan de relaciones entre moradores de este mundo y moradores de otro mundo; de encuentros con ancestros lejanos como los "gentiles" y otros habitantes de las lomas que suelen "espantar", o con difuntos más cercanos como las "Animas", o los "Duendes" que aparecen y piden misa o agua bendita.

Las narraciones demuestran cuánto los campesinos tienen fe en el poder de estos seres sobrenaturales y fe en el poder del curandero o brujo que, desde antes de la llegada de los españoles, tiene conocimiento de cómo tratar con ellos para curar o dañar. Pero las

narraciones demuestran también otra fe en el poder sobrenatural de Dios Todopoderoso. "Diosito Lindo", de Cristo, "Cautivito", de la Virgen y de los Santos, que enferman a los culpables y otra fe en el poder del médico que, con medicinas, puede curar las enfermedades de Dios. Una fe es de origen indígena, otra fe es de origen española. La fe campesina es, como el campesino, de doble ascendencia, mestiza.

La fe es lo que añade al mundo, a las cosas y a las prácticas o costumbres tal como son, una dimensión sobrenatural, perceptible solamente a los que creen, cualquiera que sea su creencia. La fe, cualquiera sea su origen, es lo que permite explicar y aceptar lo inexplicable o inaceptable; se va transformando según van cambiando las formas de vida y las necesidades de los que la comparten, es parte de la cultura. Por extraño que pueda parecer a algunos la fe campesina, que se manifiesta en estas narraciones, debe ser entendida y respetada. La expresión de la fe es un elemento de la cultura campesina; al intentar transformarla se intenta transformar el sistema de producción y reproducción social. Conciente de esta interrelación es imposible proponer, de afuera, un cambio ideológico sin ofrecer los medios de un cambio material. No puede evolucionar una visión del mundo si el mundo no evoluciona. No pueden cambiar creencias y costumbres que ayudan a soportar una forma de vida si no se mejora primero esta forma de vida. Todo intento de imponer una nueva expresión de la fe sin una previa reestructuración social, es un acto de violencia, una agresión, una violación al campesinado

DE LA ENCANTADA MAS ALLA

Los relatos de "encantos", los conocen todos en la Encantada. Los contaron los abuelos o los padres, los hermanos y los vecinos, en reuniones de noche en las casas o en los chicheríos donde se conversa de las cosas de la vida, se comentan las noticias, se recuerdan los asaltos en los caminos o los "espantos". Pero las mismas narraciones se pueden oír en todo el valle: ayer en el Bajo Piura se dio la noticia de que salió una "huaca" por el caserío de Pozo de los Ramos, que el que la vio se encuentra muy mal, que se llamó al

curandero. He oído relatos similares en la sierra de Frías, Santo Domingo, Chalaco o Pacaipampa de Ayabaca y Huancabamba. A veces los nombres cambian, el "diablo" es el "tutapur" que en quechua quiere decir el que "camina de noche". Por todos lados las "huacas" salen de preferencia de noche, entre las seis de la tarde y las seis de la mañana, enferman igual y se tienen que curar las víctimas con los mismos métodos recurriendo al curandero. Es más, si se indaga, se descubren versiones semejantes sobre los "gentiles", las "huacas", el diablo o las "ánimas" y los "duendes", sobre los cuatro cerros que delimitan el territorio y sus peleas por el bien de los que viven en sus alrededores, sobre lagunas encantadas que dan sus nombres a comunidades, en todos los andes.

La tradición oral de La Encantada desborda La Encantada; es parte de una tradición oral andina que se debe rescatar y apreciar, como patrimonio, como testimonio de un pasado que es necesario entender, para poder analizar los problemas que se presentan hoy y vislumbrar las posibilidades de superarlos en el futuro.



LOS
ENCANTOS DE
AYER



LOS GENTILES DE LA LOMA LARGA

LOS GENTILES Y EL PASTOR

Cuentan que en épocas de los hacendados, los gamonales, todo esto ha sido de Nómala y Huápalas, ha sido de los hacendados, de los patrones. Aquí el pueblo de La Encantada era una cinta entre dos haciendas. El pueblo se extendió, ya no es caserío. Me cuentan que el hacendado tenía bastante ganado, tenía caballos, vacas, pero cada cual, uno que controle el ganado, otro que controle los caballos y otro que controle las vacas. Este hacendado era un tal Hilarión Alguero o algo así.

Bueno, un señor, padre de Guillermo Flores de por acá de Nómala, nos contó que él vivía con su familia. Tenía corralón, tenía chiquero para los chivitos, chiquero para los borreguitos chiquitos, corral grande para el ganado, las cabras. Y entonces dice que una vez de madrugada, todas las madrugadas se levantaban a ordeñar, a sacar leche a las cabras y amamantar chivos. Porque los chivos chicos los amamantan y los encierran en un chiquero, un corral chiquito que se le llama chiquero, para que no vayan al campo con la cabra porque en el campo se cansan y se pierden. Y la cabra por la fuerza tiene que venir aunque se quiera apartar, por fuerza se viene a su casa por sus hijitos, sus chiquitos. Entonces un día dice que estaban que sacaban leche a las seis de la mañana, en ese tiempo sacaban la leche con los potos churucos, en puros potos sacaban la leche. De repente, entre las quinchas dicen que dos personas, chiquitas, bien roncadas hablaban:

—¡Señor, señor!
—¿Quién habla por allí?
—¡Señor!

Bien vozarrones, voz de persona adulta. ¿Qué vieron? Eran dos personas, dos hombrecitos bien chiquititos. Sus piernitas bien gorditas, sus bracitos bien gorditos. Enanitos pero bien barbones, patilludos. Con su ropa de hilo, hilado, así como hacían los Incas, con pantaloncito mocho, así corto y con sus polainitas, pero las polainitas eran de oro, brillaban. Con sus sombreritos con forma de casco pero de oro, con sus ponchos y sus botijas. Las botijas eran como especie de aríbalo —me cuenta— porque los cántaros no tenían base abajo. Los cántaros eran puntudos, entonces llegué a comprender que eran aríbalos amarrados a la espalda. Que los miraban y que las cabras orejeaban al ver que hablaban.

-¡Qué!, dijo el señor, ¿qué cosa quieren?, ¿qué cosa quieren?
-Señor, regálenos un cantarito de leche, queremos que nos de leche.
-¿Qué?

La señora dijo:

—No les des. Son diablos, son huacos. No les des. ¡Córrelos!

—Váyansen, váyansen de aquí hijos de la granputa. Váyansen, quéquieren. Aquí no les tengo nada ni les debo nada. ¡Fuera, fuera de aquí!, dijo el señor.

—No, no señor, nosotros queremos ser buenos con usted. Denos un poquito de leche, mire si no nos da leche después nos dará la razón. Queremos leche, no más para probar la lechecita.

—¡No, córralos!, Diosito lindo estos son el diablo. No, no hay leche para ustedes, ¡córransen!, dijo la mujer.

Y leche había en abundancia imagínese.

—¡Váyanse. No, no hay!

Se fueron diciendo:

—Mañana van a amanecer las mejores cabras muertas, los mejores chivos muertos, por no querer darnos leche.

—¡No, fuera de aquí! Desgraciados, condenados.

Y se fueron.

Al otro día, cierto. Amanecieron las mejores cabras como que si les habían ahorcado de la garganta, los mejores chivos muertos. Entonces le dieron a saber al patrón.

—¡Han amanecido unos chivos muertos!

Pero no dieron la razón, no le dijeron porqué. Bueno el patrón dijo:

—¡Habrán muerto seguro por plagas!

Bueno, pasando como un mes, otra vez estaban que ordeñaban, pero andaban haciendo el comentario a la gente porque era algo raro no. Y al mes, así, de nuevo.

—¡Púrate hijito!, que nos amanecemos. ¡Púrate!, porque falta amamantar a los chivos, vayan sacando las cabras, "la pintada".

Porque cada cabra tiene su nombre: "la pintada", "la mulata", "la cacho doblado", así.

—Dale a cada una sus chivos.

Y otra vez:

—¡Señor, señor!

Vuelta otra vez, entre las varas sacaban la cara, recostados entre la quincha, y dicen:

—Regálenos un poco de leche, queremos no más que nos llene estos cantaritos.

—No, ya les he dicho, hijos de la granputa, que no hay leche para ustedes.

—Mire, si usted no nos da leche seguimos matando las mejores cabras, seguimos matando cabras, se le van a morir las mejores cabras.

—¡Fuera de aquí!, váyanse de aquí!

Entonces se han ido otra vez y nada de leche. Otra vez las cabras muertas.

—¿Ya le aviso al patrón?

—No.

—Hay que avisarle al patrón ya que son los gentiles, estos son los gentiles.

Le avisaron al patrón, le narraron todo tal como había sucedido:

—Ay no hijito, tú no les debes de negar nada, ellos son los gentiles, son huacos, cuidadores de estas lomas huacas, tantos encantos que hay por aquí. Dáles porque si no de repente hasta a ustedes se los llevan, hasta ustedes amanecen muertos. No les nieguen nada. Todo lo que ellos pidan no les nieguen. Dénle, si quieren leche, que lleven.

—Muy bien.

La tercera vez que llegaron, otra vez la misma historia. Ellos estaban por las quinchas, dicen que cuando llegaban "Brurr..." Las cabras se corrían y orejeaban. Ellos hablaban, pues, normalmente:

—¡Señor, señor!, queremos que nos de un cantarito de leche.

La señora dijo:

—¡Ay Diosito!, dáles pues, dáles a estos diablos, qué serán!

El señor dijo:

—¡Callal, no digas nada, no vayan a enojarse, son cosas del diablo.

¿Qué es lo que quieren?

—Señor, queremos que nos de un cantarito de leche, queremos tomar.

Como el patrón ya lo había ordenado...

—¡Ah ya!, bueno, saquen, allá hay leche.

Agarraron ellos, llenaron su cantarito. Era un cantarito chico y para ellos se les veía un inmenso cántaro. Dicen que con sus ponchitos tejidos, su ropa era de hilo hilado y sus bracitos bien gorditos, bien curiosos sus deditos, sus caras. Pero no eran de esos enanos dobladitos que tienen una loma en la espalda. Eran chiquitos como una criatura, curiosos. Y los veían los de la casa, sus hijos. Comenzaron a mirarlos y toditos con la mirada hacia ellos, mirándoles sus movimientos. Y ellos, llenaban normalmente su cantarito de leche, se sentaban, se lo amarraban a la espalda, se paraban y ahora sí se iban.

—Hasta luego señor, muchas gracias.

—Ya señor, cuando guste.

Bueno, de ahí no vinieron hasta otro tiempo, cuando otra vez llegaron.

—Señor, regálenos otro cantarito de leche.

—Ya, pasen, pasen no más, saquen allí hay leche. Pasen no más ya.

Ya entraban ellos. Bueno, hasta que un día ya no quisieron leche ya.

—Sabe que ahora ya no venimos por leche. Ahora no venimos por leche.

—¿No?

—No. Ahora queremos otra cosa, dijo.

Pucha, que se puso saltón el pastor:

—¿Y qué es lo que quieren?

—Queremos que nos regale un chivito, queremos un chivo, un chivo de leche.

Entonces se acordaba el señor:

—Si les niego me pueden matar a los chivos, me pueden matar a las cabras y el patrón me ha ordenado que les de las cosas que quieran. Pero, bueno, pasen pues.

Dicen que entraron.

—Allí entren en el chiquero, escojan los chivos que quieran.

Los chivos son chiquitos, pues, ¿no?, y entraron estos gentiles. Era curioso, que para estos gentiles parecían que eran unos inmensos animales los chivos. Dicen que se escojieron uno, y nada, sin amarrar, parece que tenían fuerza, lo alzaron como si nada y en el hombro. Parece como si un hombre llevaba una cabra grandota en el hombro. Se fueron con su chivo. Y a los tiempos, cuatro veces vinieron, llegaron otra vez, la misma historia:

—¡Señor!

Vuelta allí.

—Hola señor, bueno sabe que hemos venido, es que queremos hablar con usted.

—¿Qué, qué es lo que quieren? Sí hay leche, si quieren leche pasen.

—No, no queremos leche.
—¿Qué?, ¿quieren chivos?
—No, no. Tampoco queremos chivos, queremos otra cosa.
—¡Diablos!, ¿qué quieren ahora?, dijo el señor.
—Es que, sabe que queremos que nos prepare chicha pero, que sea de maíz blanco.
—¡Chicha de maíz blanco!
—Sí, pero que sea de maíz blanco.
—Bueno, dijo, pero ahorita no tenemos nosotros chicha.
—No. Queremos que nos prepare para la próxima semana que venimos. Usted no más la prepara, y nosotros sabemos cuando está ya y venimos.
—Bien. Voy a buscar maíz y de allá yo les aviso y vienen ustedes, dijo.
—No. Usted no más consiga y el día que está yo vengo no más.
—Ah, bien, ¿nada más?
—No, nada más. ¡Ah, sí! ¿Por qué? no manda su hijito con nosotros? Mande su hijito con nosotros, para llevarlo allá a la casa.
—¿Qué?, y para qué ¿Para qué quieren llevarlo allá al muchacho?
—Quiero que vaya para regalarle una pata con patitos.
—Ah. Yo cualquier día le mando, dijo.
—No. Yo quiero que vaya conmigo, usted es bien bueno.
—No. También tenemos bastante animal, ahí no más.
—No. Yo quiero regalarle, quiero también ser bueno con usted.
—Yo cualquier día lo mando, cualquier día lo mando, dijo el señor.

No se confiaba, porque sabía que eran los huacos, los gentiles. Y así se fueron.

—Bueno mujer, pues tendrás que buscarte maíz blanco para que les prepares la chicha a estos demonios.

Y así pues la señora buscó el maíz blanco, escogieron el maíz. Le avisaron al otro día al patrón, le contaron todo al patrón.

El patrón dijo:

—Entonces hijito tendrá que hacerle, pero cuidado con que ustedes manden un hijo con ellos, en eso sí no se confíen. Por ahí ustedes engañan que van a ir y que no van.

—Tendremos que cambiar de sitio entonces. Ha sido por la loma larga dicen, por ahí que me cuentan.

Así es que un día, ya prepararon la chicha, en cántaro grande, de esos cántaros pues de nosotros. Les preparó la señora la chicha, que la señora se negaba.

—Quemándose para que otro tome y ahora estos diablos, para que tomen chicha.

Bueno, han cernido la chicha, la prepararon, que son dos días de proceso de la chicha pues, le han llenado su cántaro. Y como que les hubieran avisado, vinieron.

—Nos hemos venido a ver si está la chicha.

—Ya. Ya está.

—Bueno, es que quiero que la lleve a esta loma. Le señaló la loma.

—Allí déjala a las seis de la tarde.

—¿Qué yo voy?

—Si usted va, no le va a pasar nada, por allí está mi casita, a la vueltita.

—Pero señor, yo no he visto casa por allí.

—Por allí vivo, por allí vivimos. Usted va allí y deje el cántaro no más, en todo el centro de la loma. Mañana a la mañana va a recoger el cántaro. Pero, mande uno de sus hijos para regalarle la pata con los patitos.

—Ya, muy bien.

No se la valió el señor, ni se confió nada. Dicen que a las seis de la tarde no se fue solito; se fue acompañado de sus hijos. Sentó el cántaro allí, hizo un hueco y lo sentó, le puso un ladrillo, lo tapó bien tapadito, lo dejó allí bien tapado. Dijo:

—Aquí me dijo que lo deje ¿Por a donde estarán?, seguro que por allí estarán metidos.

Se vinieron, dejaron el cántaro allí. Al otro día, allí estaba.

—¡Caramba!, no han llevado la chicha.

Dicen que conforme lo han dejado está, tapado, como es.

—A ver, voy a ver si está la chicha.

Fueron a abrir, no había ni una gota de chicha.

—¡Qué!, miraron.

—¿Dónde estarán los rastros?

No había nada.

¿De dónde habrían venido? No había nada, todo como lo hubieran absorbido todo.

Y un día dicen, llegaron especialmente a decirles que vayan.

—Usted que vaya, para regalarle una pata con patitos.

Y el señor le comentó a la gente:

—No, van a comenzar con ustedes. Primero han comenzado con la leche, después con los chivos, después con la chicha y ahora quieren comenzar con sus hijos.

—Ah no. Yo de aquí me voy, dijo.

O sea que este señor cambió de corral ya. Pero, le habían dicho que la pata con patitos no era un animal verdadero, sino que le iban a regalar una pata de oro, una pata con patitos todo de oro. Y este señor no quiso, no quiso recibir nada en contribución. Se fue el señor. Cambió de lugar. Los gentiles yo creo que no eran malos. Sí quieren regalar la pata de oro con sus patitos de oro. Cuando uno les da, ellos quieren regalar. Eso sí, si uno no les da, ellos matan.

LOS GENTILES QUE ROBAN EL AGUA

Había unos regadores, también por la loma larga, que siempre por allí se rompía el canal. Se rompía el canal y siempre los regadores regaban por allí, porque el patrón les mandaba a regar. Entonces ellos se preguntaban:

—Pero, ¿por qué se rompe el canal, tanto que lo cuidamos?

Tenían que estar cuidando el canal allí, porque si no menos se iban a dar vueltas, ellos por allá a una cuadra, dos cuadras a rondar el canal, cuando regresaban, tenían una tremenda tapa que se les había volado. Ellos volvían a poner palos, a poner tapas, muros de barro con paja, para que tape el agua porque se hacía un inmenso boquerón. El agua se empozaba en una laguna cerca de la Loma Larga. Siempre les habían dicho que salen unos huacos a romper el agua. Ellos son los que rompen el agua y para que no rompan el agua, tenían que estar cuidando con una lámpara y especialmente en la tapa.

Hasta un día sesteando, como se dice, sesteando lo llamamos que uno está descansando a las 12 del día. Estaba uno acostado en el árbol, varios regadores habían puesto sus alforjas de cama, sus palanas, sus cuchillos y se quedaron mirando. Cuando de repente, oyeron rumores de que alguien andaba y vieron, eran unos niñitos que andaban.

—¿Y estos niñitos que andan así?

Les vieron su vestimenta con ponchitos, sus vestimentas de hilo hilado, pero no eran ofensivos. Los vieron que llenaban sus tinajas de agua, los dos se la amarraron en su espalda y comenzaron a caminar tranquilos. Pero, así con sus sandalias de metal, bien gorditos, bien patilludos, barbones. Entonces dijeron:

—¡Esos son los que rompen el agua!

Pero, en ese momento no rompieron el agua, sino que se dejaron ver a las 12 de día, para que vean que ellos eran los causantes que se rompieran las posturas del agua. Allí se fueron, nada más, no les hizo daño a nadie.

EL GENTIL QUE ROBABA EL MAIZ

Escuché decir, pero esto no sé si será aquí en La Encantada, si fue aquí en La Encantada o fue en otra parte. Lo contaron de noche a mis abuelitos y la narración me gustó; la recuerdo muy bien.

Eran unos chacareros que tenían maíz para cosecha ya, mazorca. Qué pasa, que a este señor se le robaban el maíz; en mazorcas se le llevaban el maíz. Encontraba que le robaban pues. Este señor dicen que renegaba, decía:

—¿Quién será este hijo de la granputa que me roba el maíz?

O sea que él rastreaba, encontraba vaquetas, pero chiquitas, de niño.

Este señor decía:

—Seguro que son esos traviesos, éste es viejo pero manda a la criatura para que robe aquí. Pero, a ver, por aquí todos tienen chacras, sólo a mí me roban, a mí no más.

Y sólo a él le robaban, a nadie más le robaban, solamente a él. Así que siempre daba vuelta, encontraba rastros de la vaquetita, así vaquetita de niño, chiquitita la vaqueta. Que decía:

—Pero esta criatura me roba tanto el choclo, tanto choclo que roba, se preguntaba siempre.

Dice:

—Este hijo de la granputa, si lo encuentro, yo lo medio mato a penca.

Pero, él no sabía quién era que le robaba, preguntaba:

—¿Quién?, -a los demás- quién, pues, me robará?

Preguntaba a los demás vecinos, los chacareros.

—No, no hemos visto, ni a mí me roban.

—Pero a mí sí, siempre encuentro robadero de choclos.

Es que un día se puso él a dormir allí, en su chacra. Veía por donde salían los rastros del niño, con su cuchillo y un cabresto, una penca, o sea un chicote. Y un día, estaba a las seis de la tarde a hacerle guardia, pues. Todo el día paraba él allí y nada, se vino a comer y se fue otra vez a esperarlo, pues. De repente dice que se andaba dando vueltas y escuchó el sonido, "pracc...". Quebraban el maíz, dijo:

—Aquí está, aquí me lo pesco. Hoy le saco la mierda pues, este hijo de la granputa.

Cuando le ve, el muchachito gordito, ropa vieja, así toda gruesa, ropa que no usamos nosotros, era ropa distinta a la nuestra. Estaba de espaldas, "pracc...", se bajaba los choclos. Como era chiquitito, no alcanzaba los choclos, tumbaba la planta, entonces allí en el suelo, llenaba la alforja.

Cuando lo descubrió, se puso a mirarlo.

—¡Cómo! ¿Quién es este muchachito tan distinto, de otra forma? Cuando el gentil llenó su alforja de choclos, se la tiró al hombro y se vino. Se lo siguió; saliendo, lo pesca.

—¡Ah! so, hijo de la granputa. Tú eres el que te robas los choclos.

Dicen que lo agarró a pencazos, El muchacho nada gritaba, ni gemía nada, "pla, pla..." , le daba, agarró el cuchillo, le daba palmazos en la espalda.

—Dime, ¿quién te manda?

Es que le veía enanito, diferente. Entonces le habló.

—¡Ya no me pegues!, dijo. No me pegues, no quiero que me pegues.

Voz de hombre, fuerte, vozarrona pues ya. El hombre se quedó medio azorado, y asustado y dijo:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy..., vivo en esas lomas, pero no me pegues, que yo te voy a devolver todo lo que te he robado. Si gustas, gustas; ven, trae toda la alforja de choclo que te tengo, ya. Yo soy el que te estoy llevando los choclos, porque necesito.

Entonces ya el señor comprendió, porque le dijo:

—Vamos, pa'que traiga el choclo que te he robado.

—No, no, dijo. Yo no voy, ya. Llévate el choclo.

—¿Me lo regalas?

—Sí, llévatelo, dijo.

—Pero, yo te quiero devolver la alforja de choclo. Mañana me espera aquí, yo te voy a traer la alforja de choclo.

—No, dijo. Ya déjalo no más, ya déjalo.

Porque comprendió que ya no era de este mundo, decía. Entonces él estaba con su cuchillo ya, porque con el cuchillo cobra valor, pues.

Y al otro día, cierto. Llegó con su alforja de choclos el hombrecito.

—Aquí te traigo otra alforja de choclos.

—No, dijo, no, yo no quiero choclos, yo tengo hartos choclos.

—No, dijo, yo quiero que me recibas, si no también me voy a molestar.

Entonces el señor.

—Ya pues, échalo aquí, en este saco.

—Aquí te devuelvo tus mazorcas que me he robado. Se las dejó.

Que se vino el señor.

—¡Caramba!, dijo. Este hombre me ha vuelto, vaya a ser una cosa, decía.

Se fue el gentil. El gentil se fue y entonces dijo:

—Pero, ¿qué no me habrá traído otra cosa?

Abre el saco, no eran mazorcas de maíz natural, sino eran mazorcas de oro. Se quedó, pues, contento. Este señor comenzó a vender a los vecinos, a hacer la novedad y así desapareció su alforja de choclos. Pero se fue bien pegado el gentil, le había pegado el dueño. Ni más volvió, dicen; ni más volvió a robar choclos.

LA HUACA DE LA LOMA LARGA

Les voy a contar acerca de la Loma Larga, acerca de la huaca que se llevó el río; es un ser diabólico, dueño de los encantos.

PABLO SANDOVAL Y DEMESIO PANTA

Años atrás, muchos, cuando mis abuelitos estaban en su adolescencia todavía, me cuentan. Bueno, dicen que en Semana Santa huaqueaban, siempre huaqueaban; ellos iban a huaquear, sacaban huacos.

La gente tiene la idea que en Semana Santa el diablo sale, se abren los encantos y el diablo sale a recorrer. Los dueños de los encantos, las huacas salen, como que se agarran su paseo anual. Por eso es que aprovechan las personas de ir a huaquear, los encantos quedan solos y las personas pueden ir a huaquear a confianza.

Bueno, había un señor, Pablo Sandoval, era un señor que decían que la huaca ya le estaba dando muchas riquezas, y este señor se acostumbró. A base de esto seguía huaqueando y seguía hallando piezas, inclusive hasta de oro, huacos finos. Bueno pasó Semana Santa y seguía huaqueando.

Este señor, me cuenta, el domingo de Cuasimodo está huaqueando con un señor que se llamaba Demesio Panta. O sea que este señor Demesio Panta estaba ayudándolo a Pedro Sandoval que estaba abajo escarbando, estaba sacando huacos finos, piezas finísimas. Bueno, así el señor estaba encontrando piezas abajo y en eso que estaban así,

huaeando, tembló la tierra, dicen. Tembló la tierra y este señor, Demesio, se salió corriendo y dijo:

—¡Salte, hermanito!, salte, que se ha temblado la tierra.

El que estaba abajo, el Pablo, dicen que ya estaba engañado, y dijo:

—¡No, espérate cojudo! que es el golpe de la palana. No seas cojudo, es el golpe de la palana no más, como va a ser la tierra la que se ha movido.

—No, hermanito, salte.

O sea que el Demesio estaba arriba, con los pies colgando para el hueco, pero estaba sentado arriba, en la plataforma de la tierra. Pero, el Pablo estaba debajo. Como el que estaba mirando, el Demesio, le dijo:

—Púrate hombre, salte que se tembló la tierra, esto es la huaca.

El que está abajo el Pablo, le dijo:

—No; pérate, hermanito, para sacar una cosa bien bonita que hay aquí. Pérate, hermanito, que hay una cosa bien bonita que brilla.

El Demesio lo vio que se amarraba la camisa, se desabotonó y se amarró y entonces sacó ladrillos de oro y se los metió. O sea que cargándose para salir, pero cargado.

Cuando en eso "¡Bruumm...!", remeció la tierra, otra vez le dijo:

—No ves, no ves, sentiste, tembló la tierra otra vez, ¡salte!

—No, hombre, pérate que es el golpe de la palana. Hombre, no te asustes, no va a pasar nada.

Entonces le dijo:

—¿No?, pero si ha temblado la tierra, sálte, hermanito, salte.

—No, pérate, toma esto.

Le alcanzó una palomita de oro, una paloma de oro, sí. Se la alcanzó.

Bueno, dice que la recibió, la ha puesto justo donde estaban los demás huacos. Cuando le dijo:

—Hombre, salte, vamos ya que es tarde.

Cuando otra vez "¡Bruumm...!", remeció la tierra, "¡Placc...!" Tapado ya, ni "ay" dijo. O sea que a la tercera remecida quedó sellado el hueco ya, tapado. Y el Demesio que estaba con los pies colgando, "¡Bruumm...!" se enterró hasta más arriba de las rodillas.

Entonces, comenzó a gritar, a gritar, a gritar, y dicen que por allí había unos chacareros, por allí cerquita. O sea que el Demesio no podía salir, porque la tierra lo había presionado y estaba gritando. Como estaba gritando, los chacareros escucharon.

—¿Qué tendrá éste que está grita y grita? ¿Estará loco?

Gritaba:

—Corran, que se ha enterrado Pablo, corran.

Los chacareros:

—Este está loco, está hablando sonseras.

Bueno, después de tanto que gritó y que no gritaba más, corrieron los chacareros y cierto, lo hallaron enterrado. Lo sacaron, decía:

—Abajo está Pablo. Se ha quedado, dijeron.

—Pero no hay palanas. Donde hay palanas.

No había palanas, todos corrieron desde allá hasta La Encantada, pues. O sea que de ahí corrió la gente, pero ya lo hallaron muerto, ya bien pálido, pálido lo encontraron. Le salía la sangre por los oídos, por la boca, por la nariz, le salía.

¿Y qué pasa?, que el señor dice que cuando remeció la tierra, el tercer remezón, dice que la palomita se movió y "¡Bruumm...!" Se fue dando vuelta y dando vuelta, y "¡Pacc...!", cayó a la Laguna. Es que hacia el frente había una laguna, una laguna que decían que nunca se secaba, que había peces y que venía el río y se secaba el río, pero esta laguna nunca se secaba. Fíjese, la palomita de oro se fue con el movimiento, se fue dando vuelta y vuelta, vuelta hasta que cayó a la laguna "¡Plopp...!" Pero que cosa increíble, porque se fue rodando tanto. Y entonces este señor, le dijo:

—¡Sáquenle!, que allí en la camisa trae unos ladrillos de oro, se metió unos ladrillos de oro.

Y le buscaron la camisa, la tenía rota, como quien lo había desgarrado. Lo que tenía eran golletes de cántaros viejos, unos pedazos de golletes de tinajones, huacos, en lugar de oro. Entonces dijeron ellos:

—Qué huaca bien desgraciada, no le ha dejado ni para su entierro nada. Mala, ni siquiera le ha dejado nada.

—No. Es que he visto bien clarito, él se ha echado ladrillo, por esto es que se ha amarrado la camisa, se desabotonó y se echó, para salir cargado.

Bueno, de ahí trajeron al finado, bueno, seguro que lo sepultaron ¿no? Y este señor, el Demesio Panta, quedó bien asustado. Que la noche no podía salir solito a orinar, tenía que despertar a alguien para ir, que lo acompañe a orinar. Dormía en medio de sus hermanos porque soñaba. Soñaba que a su compañero lo tenía de marido la huaca. Soñaba que en la casa, era una casa como horno grande, como cueva, ahí dice que lo veía. La mujer dice que le daba dinero. Ya era finado, ya pero en el sueño lo veía así. Y que de repente, como le daba dinero, el dinero no era billete así como el nuestro, sino eran billetes de hojas de Hierba Santa. El dinero de la huaca era hojas de hierba santa. Bueno, así que este señor siempre soñaba que lo veía e inclusive soñaba viendo que tenía hasta relaciones con la huaca. Pero al momento de tener relaciones con la huaca se transformaba la huaca en mula y el finado, o sea el Pablo, lo veía que tenía una relación sexual con una mula.

Bueno, y así fue que este señor tuvo que hacerse curar por los curiosos, por los curanderos para poderse librarse de este espíritu que le había asustado. Porque decía que el susto que había tomado de lo que le había presionado la tierra, estaba asustado. Se fue a curar, no sé exactamente donde, no me han dicho pero sé que se curó por medio de los curanderos, lo curaron. Curanderos aquí ya no hay, falleció un Prudencio Cruz, era buenazo, era buenazo y murió. Hacía tendidas y subía a las lagunas, también; sino que últimamente se envejeció y ya tuvo decadencia.

JOSE Y MITERIO SANDOVAL

Continuando con la huaca, mi abuelita conversa que a partir de las seis de la tarde nadie pasaba por la Loma Larga; nadie, porque seguro que si salía tenía que correrse porque los perseguía. Hasta que un día, dos hermanos andaban pescando en la playa del río, en antes porque había bastante lisa. Dos hermanos que se llamaban José Sandoval y Miterio Sandoval. El José Sandoval era el que era atrevido y el Miterio Sandoval era el que era miedoso. Andaban con su atarraya, una atarraya cada uno, pescando se fueron hasta la Loma Larga.

Entonces ya estaba el sol ocultándose, ya.

—Oye, hay que irnos porque de repente sale la huaca por aquí. De repente nos quiera comer como a mi hermano.

—¡Qué!, dijo el Miterio.

—¡Pérate cojudo!, no sale, párate que hay que seguir pescando más allá, que dijo el José.

—Bueno pues, vamos pues, dijo el que era miedoso.

—Si viene esta huaca desgraciada, que salga, porque me la forzo, dijo el que era atrevido, José.

—Esta está buscando marido está por ahí sola; quiere marido, déjala que venga, yo me la forzo, dice el que era atrevido.

Bueno, siguieron pescando y otra vez insistió el Miterio:

—¡Vamos ya!, ¡vamos!, porque estamos ya cerca de la huaca, vaya a salir.

—Bueno, vamos.

Guardó su alforja, su atarraya, se vinieron toda la playa del río, bordeando por el río. En esto que conversaban de otras cosas, cosas cotidianas así y el miedoso, el que era el Miterio, tenía que mirar para cada rato atrás. En eso que conversando, cuando escucha los pasos, "Chucc, Chucc, Chucc..." que vienen los pasitos. Regresan a ver, ven a una mujer chiquitita, bien chiquita.

—¡Qué te dije hermanito, la huaca, mírala!

Así no más a unos metros dicen ya, pero la vieron. Pero dicen que es bien horrible, feísima, bien borrada y bien coja. Pero sí con una vestimenta negra pero vieja pero con sandalias de oro, bastón de oro y un sombrero de oro. Que la vieron, pero que cojeaba, bien coja, que cojeaba con un bastón. Pero bien chiquita, enanita que era.

Entonces dijieron:

—Hermanito, mira qué es.

La vieron, era feísima, horrible.

—¡Córrete, hermanito, córrete!

Ellos han comenzado a correr y rezando, rezando. En eso dicen comenzaron ellos la cabeza a ponérseles grande:

—Dame un manazo. A mí dame. Méteme un manazo en la cara.

Todos los dos han intercambiado de golpes, se han dado golpes en la cara pero con las manos para que se les encienda la sangre. La regresaban a mirar y allí venía; seguían corriendo y rezando. La segunda vez ahí iba todavía. A la tercera vez que miraron ya nada, como que si la tierra se la había tragado, desapareció. Y nada. Vinieron, comentaron que se había salido.

MARCO VALENCIA

Este señor tenía su chacra por allí cerca. Y este señor, cada vez que iba a la laguna, se le presentaba, unos peces grandotes. Se daban la vuelta y les blanqueaba, decía, la barriga de grandazos estos peces. Este señor que les dijo a los pescadores:

—Vayan por allá en la laguna hay unos pescadazos y me da gusto cuando me pongo a mirarlos.

Y este señor se acostaba en el barranco, a mirar los peces, a mirar.

—¡Qué hermosos peces!, decía.

Dicen que llevaba a personas para que pesquen, no encontraban ni un pez, sólo sacaban palos.

—Pero sí. Si yo veo allí los peces, mira allí tira la atarraya ya, ¡tira la atarraya!

Tiraban la atarraya, sacaban, pero sacaban palos en la atarraya. El decía:

—Hombre pero si yo veo los peces allí, pescadazos grandotes.

Bueno, sí sabían que él siempre conversaba, que él veía los pescados. Hasta que un día no regresó a su casa. Y no vino, pues. Se habría quedado por allí tomando, ¿no?

Y había un señor que se había ido a buscar un burro, se le había perdido un burro. Andaba busca y busca.

—¡Caramba!, no hallo mi burro. ¿No se habrá ido a la Laguna?, decía. Es que se fue así y un huisco voló, voló un huisco, un gallinazo. Dijo:

—Por ahí va a estar mi burro, de repente muerto, de repente se lo van a comer los huiscos, voy a verlo.

Fue a ver y estaba el finado boca abajo en la laguna que flotaba, era el tal Marcos Valencia, el que veía los peces. O sea hay una creencia que la huaca le hacía ver sus peces, para que él viva allí. Allí estaba, desbarrancado, había caído con barranco y todo a la laguna, había muerto, pues. O sea se cree que era ella, la huaca, que estaba a obra de esta víctima.

ANSELMO VALLADOLID

Dicen que el señor todos los días se iba bien de mañanita a cuidar su chacra y volvía a las seis de la tarde a su casa y tenía por fuerza que pasar por un callejón bien estrechito en su mula. Me dicen que siempre llevaba a un niño, un compañero, y ese día no lo había llevado. Y entonces, se vino de tardecita, muy tarde ya, cuando ya el sol se había ocultado ya. Se viene y se encontró con un árbol caído que se había levantado las raíces. ¿Ha visto cuando los árboles en tiempo de invierno se caen solitos y levantan las raíces? Un árbol inmenso, de las raíces salió la huaca frente de la Loma Larga.

Salió la huaca y lo atacó. Y ese señor la vio, comenzó a resonrar, empezó a decirle palabras soeces, lisuras, insolencias y dijo:

—¡Fuera de aquí, demonio desgraciado!

O sea que la huaca se paró, también con su bastón, sus sandalias y su sombrero de oro. Con el bastón, que le quería dar a la mula; la mula entonces se pajareó. Al hombre no lo dejaba pasar; si se regresaba era peor, tenía que él cruzar el camino para correrse. El señor, al ver que no le quitaba, agarró el bozal, quiso pingarla. ¿No ve que la veía como una criatura, pues?

—Ahorita le meto la mula y la volteo y le meto su pingazo. ¡Quítate desgraciada que voy a pasar!

Entonces le metió su pingazo con el bozal y "Paa...", le pesca el bozal, como era un ser demonial. El hombre espuelaba la mula para que camine, y nada. Ya la tenía de la rienda la huaca. O sea que él la agarro, se agachó quiso templarle el bozal. En eso que quiso templarle el bozal, se agachó, le arañó la cara, dice, le arañó la cara. La huaca se estiró, le arañó la cara. Dice ya lo soltó, que se largue ya. O sea que este señor se vino a contar que le arañó la cara la huaca.

De aquí se secó, se secó y murió flaquito. La huaca lo chupó, se murió, no lo lograron curar.

EL FIN DE LA HUACA DE LA LOMA LARGA

Por llevarse la huaca se vino el río cerca de La Encantada. El río no ha sido por acá, ha sido más allá. Creen que por llevarse la huaca, se vino el río en tiempo lluvioso. Que coincidencia que se viene y sólo se va por esta loma escarbando, donde dicen que a medianoche llanteaba la mujer. La escuchaban, conversan los ancianos, dicen que a medianoche llanteaba la mujer. Conversan los ancianos, cuentan, que en los desbarrancaderos quedaban las botijas que verdeaban, estarían llenas de metal. ¿De qué estarían llenas? Quién se metía a sacarlas si el río estaba bravísimo, bravísimo, como en el año 83? Nadie se metía.

Quedaban, incrustados en las paredes de los desbarrancaderos, huacos, tinajas botijas y una campana de oro que se quedó. Se juntaron varios y un nadador se metió con una sogá, la amarró. Dicen que dijeron:

—Ahora sí es nuestra, ahora sí.

Toditos se prendieron del cabo, para a la hora del derrumbe levantarla y sacarla. Cuando dicen "Bruumm" se estaba así rajando la tierra y "Brumm" se estaba abriendo la tierra, se cayó la tierra al agua. En lo que cayó, la sogá -dicen, no tan buena- no resistió y se rompió. Los que estaban pegados de la sogá, templándola, "Bruumm", se cayeron toditos de espalda y entonces se fueron a verla. La campana, como para que la vieran todavía, salió tres veces. Dio vueltas con el pedazo de sogá, se volvió a hundir en el agua, otra vez se zambulló más allá, salió otra vez y a la tercera vez no más, ya.

El fin de la huaca, que gracias al río por una parte, sino cuantas víctimas que llevará. Era un ser viviente que salía y era pues peligroso como un demonio, mataba a la gente, que hasta ahorita, cuántas víctimas serían. Esto era el fin de la Loma Larga que el río se la llevó con todo. Habrá sido el año 25, porque dicen que este año fue lluvioso como el 83. En esa época sí, porque mis abuelitos que me contaban todavía viven. Mi abuelita ella se llama Euloteria Navarro Sandoval, inclusive era familia con este señor Pablo Sandoval.



EL GOLPE DE ARPA DE LA LOMA LARGA

Me contaba mi abuelita que cuando ella estaba niña, jugaba con Candelaria y Francisca Yarlequé, eran hermanas, y un señor, que era chiquillo, Guillermo Seminario. Eran compadres de juego con mi abuelita Euloteria. Siempre jugaban, pero no era todos los días sino de vez en cuando, quizás en las lunas nuevas. Dice que cuando ellos estaban jugando, ya a la media noche se encuchaba bien clarito el Golpe de Arpa, bien clarito, que estaba allí, en la Loma Larga; que bailaban allí. Pero el Golpe de Arpa era en el pueblo, no era en una loma que se hacía. Dicen que ellos quedaban escuchando el Golpe de Arpa que sonaba bien bonito, como para encantar, atraer a la gente. Así es que cuando ella jugaba, dice que cantaban los gallos y todo quedaba en silencio. Cantaban los gallos y todo quedaba en silencio.

Mi abuelito me contó que un día, borracho, con uno señores se iban a escuchar, decía:

—Vamos al baile allá a Ñómala.

—No hombre, si no he escuchado que hay baile allá.

—Bueno, vamos.

Que se fueron los borrachos al Golpe de Arpa. Dicen que había un señor que se había muerto años, que le decían Juan Moña. Dicen, cuando ellos iban allí, cerquitita del Golpe de Arpa, cuando vieron, era en la Loma Larga, una fiesta; pero, antes que lleguen, plantón, se terminó la pieza musical.

—¿Qué se habrá terminado el baile?

—No, hombre, tiene que seguir. Y, de repente, cuando iban llegando, oyen:

—Echa, Juan Moña; dale, Juan Moña.

Juan Moña era un finado que había muerto años.

—¿Y cómo lo mentaban allí?, dijeron.

—Oye, no sean cojudos, no hay que ir; que allí está el encanto, que nos está llevando el encanto.

—Si Juan Moña está muerto años, como lo mentan allí. Son los diablos, los huacos. Regresemos.

Se regresaron los borrachos, se asustaron, regresaron corriendo.

Ya no se escucha el Golpe de Arpa, ya no. Quizás por la población porque se está poblando quizás; o quizás, era parte del encanto de la huaca. Allí hay huacos, cementerio de los gentiles.



LA LAGUNA ENCANTADA

Me cuentan que antes existía una laguna muy honda por la chacra de los Duques. Unos dicen, un señor que se llamaba Vicente Duque, una vez se fue a bañar a la laguna y salió corriendo. Salió corriendo porque se zambulló abajo, se hundió y se salió corriendo porque abajo había una culebra de oro. O sea que por obra y suerte que no se lo pescó allí.

Otros señores cuentan que un lagarto de oro salía allí en las lunas nuevas o cuando la luna es grande, redonda. Que salía a removerse, a fresquear dicen. Que se volteaba como un chancho cuando se daba vueltas. Y era un lagarto de oro, ése sí, no se comió a nadie; pero era la prueba de que en esa laguna habían encantos.

Y quizás yo creo que de eso, de la laguna encantada creo que este pueblo fue tomando el nombre de La Encantada. Es un pueblo rodeado de tanto misterios así como encantos.

LOS CERROS

Bueno, mis abuelitos dicen que en tiempo de invierno, cuando hay truenos inmensos, ellos cuentan que son los cerros que pelean por el agua.

Suena por acá, del lado de Ayabaca, se dice que son los cerros del Ereo que están queriendo el agua. De repente, otra vez el trueno suena por acá, por el lado de Vicús; es ese cerro de acá que está luchando contra el de allá, para quitarle el agua, para traérsela por acá. Otra vez suena por acá, dicen que el Cerro de Punta el Aguja, que también son encantos; que está peleando para quitarle el agua. Entre el cerro el Ereo, el cerro Vicús, el cerro Punta el Aguja y el cerro Pilán, se dice que pelean para quitarse el agua.

Yo escuché hablar de los ancianos, ellos cuando escuchan de los truenos creen que son entes como titanes que están que se pelean. Relámpagos se tiran, relámpagos que de noche alumbran, con tremendos relámpagos se pelean.

LOS
ENCANTOS DE
HOY



LA HUACA



LA HUACA SIMPÁTICA Y MI PRIMO MARCELINO

Esta huaca es simpática, o sea, bonita, de tamaño normal ya. Vestida a lo moderno, con aretes de oro bien grandotes. Es que persigue a los hombres, sólo a los hombres por aquí en La Encantada.

Un primo mío, Marcelino Yarlequé Martínez, estuvo a punto de morir. El trabajaba haciendo ladrillos y dice que siempre soñaba con una mujer. El empezó primero en sueños, que una mujer vestida así, bien simpática como una virgen, con sus aretes, que le regalaba unos ladrillos de oro, le daba una llave grandota, así, grande como de 40 centímetros, que le decía en sus sueños:

—Toma esta llave, tu eres dueño de toda esa riqueza que ves.

Le hacía ver una fortuna allí donde él trabajaba, en la ladrillera, así en la Loma Huaca. Allí veía él a la fortuna, dice. Bueno, el decía:

—Son sueños no más, son sueños.

Y así en los tiempos, van pasando los días, él hacía remojar el barro de ladrillos. Para decir, lo preparaba hoy en la tarde, mañana en la mañana ya lo iba a trabajar, ya lo labraba. Y así sucesivamente, todos los días. Dice que un día, él revolviendo, o sea que amasando el barro o la arcilla esa para ladrillos, que le daba vuelta. Porque se le da vuelta con la palana. Bueno, encontró un chivo, un chivo de estos de cría, pero un chivo muerto, un chivo recién nacido. Bien aguado, bien aguadito, parecía que era de puro algodón. Era un chivo negro. Así que él dijo:

—¿Qué desgraciado habría venido a meterme aquí este chivo, en forma de asustarme, o para que ensucie yo mi barro?

Dice que estaban "hornando" un poco de ladrillos por las ladrilleras, que él ha agarrado el chivo y ha avisado a los demás amigos.

—¿Quién ha venido a meterme este chivo aquí?

—Yo no.

—¿Tú?

—No, yo ni he visto.

Y bueno, lo agarraron, lo botaron. Es que él dijo:

—Putá, que fatales, es que meten chivos muertos.

Y así siguió, siguió soñando siempre con la huaca, viéndola. Hasta que un día, otra vez, otro chivo muerto allí, bien aguadito. Entonces él dice que pensó en la brujería:

—Un ser malnaturaloso, un brujo que me metió la cochinada aquí.

Estaba pensando en algún malnaturaloso, o sea brujo cochino, brujo malero que quiere hacer daño. Bueno el chivo lo han agarrado con una horqueta, lo han agarrado, lo han metido al horno, allí se ha ardido.

—¡Quémate desgraciado, si eres brujo, quémate!, le ha dicho.

Y dice así, que así cuando estaba labrando, donde hacen la mesita para labrar; en la mesa de ladrillo labran, salen con la gabera corriendo a la pampa y voltean la gabera. Y cuando vino, allí estaba, encontró una mujer con su vestidazo, vestido grande, largo -como una virgen, dice- con unos aretes, que se peinaba el pelo y que lo miraba sonriente en el hueco donde saca el barro. Dice que la quedó mirando, pues. Dice que esta mujer, ¿de dónde habrá salido?

Pero, allí estaba la mujer sentada pero no se hablaron nada, absolutamente nada. El dijo:

—Esta es la huaca. Pero ahorita, si aviso a mis amigos que está aquí, me van a joder. Me van a joder, van a decir que soy condenado.

Dice que él con miedo estaba y se fue a donde sus hermanos, por allí a dar vuelta y que cuando vino, ya no estaba. Otro día, otra vez la encontró así y siempre en el sueño, soñaba. Llegó la huaca a su casa, dice él que la vio en el sueño. Llegó a la casa a darle una llave, que le decía:

—Toma, acéptame la llave y serás rico, tienes toda esa fortuna.

Le hacía ver, veía una inmensa fortuna, pero unos ladrillos de oro que había, dice. Y yo le decía:

—Pero, de repente tus ladrillos se vuelven oro, pues, los que estás allí labrando.

—No hermanito, decía, es que me llega a ver en los sueños.

—Pero, oye, de repente ¿dónde estás sacando el barro no hay huacos allí?

—Sí, encuentro huesos de muerto, perulitos, agujas éstas de bronce.

—¡Oye! Y de repente te quiera dar la huaca más riquezas, de repente por allí están, le dije.

—No. Pero, ¿por qué no me dará la llave de una vez?, me ofrece, pero no me da.

Bueno, así un día dice que le pegó a su mujer por causa de ella. Bueno como dormía con su mujer dice que estaba soñando, llegaba la huaca a su casa, dice que la vio en el sueño. Que la mujer llegaba y se sentó en el pecho. El se agarró con ella y luchando, le dio un codazo a su mujer en el estómago. Su mujer es que se agarró a llorar. Se despertaron, es que lloraba. Su papá le dijo:

—¡Qué cosa! ¿Por qué le pegas a la mujer? ¿Estás loco, qué cosa te pasa?

—El me ha pegado y yo no le hacía nada, dijo la mujer llorando.

—No, yo no la he querido pegar, será porque yo veía que era ella la que se me sentaba en el pecho.

—¿Quién es?

—No sé, una mujer se me ha sentado en el pecho.

De ahí, comenzó a caer enfermo, se iba poniendo bien flaquito. Quería salir como loco hasta que lo hicieron curar. Quedó bien

estaba. Y en el sueño le ofrecía dinero, que se acompañara con él, que aceptara ser conviviente de él.

Entonces él dormía con nosotros, de miedo se venía a dormir acá a mi casa. Y una vez me asustó, que comenzaba a llorar de miedo. Yo dije:

—¿Y qué tienes?

—Hermanito siento que va a venir la mujer.

—No seas tonto, si no va a venir. Yo prendo la luz.

Comenzaba a llorar, estaba llanto partido, como un niño. Ya mi hermano tenía como 18 años, ya. Y así continuo, que se asustaba.

Así es que un día se fue a robar pasto con mi otro hermano Santos en un burro a Huápalas. Fueron a traer pasto porque no había pasto por el campo. Se fueron a robar a las seis de la tarde. Venían ya con el burro cargado de hierba; bueno mi hermano menor se subió al burro cargado de hierba, se vino adelante. Y es la suerte que venía mi hermano con la hoz para cortar la hierba. Aquí llegando por el colegio, a las seis, dice que ya se había ocultado el sol; pero estaba todavía de día, que se veía todo. Cuando dice que se había quedado atrás, como a media cuadra del burro, cuando mira adelante, allí estaba la mujer parada. La conoció.

La huaca que le sonreía, una mujer bien bonita, con sus aretes, con los aretes grandes que le brillaban. Que dice que la conoció, la que la conocía, la que veía en los sueños, la que la vio cuando llegó a despertar, ella misma. Media morenita, con pelo largo, dice que es. Pelo largo, pero vestida a lo moderno y que se reía, lo quería abrazar. El se corrió por este camino, cosa de misterio que estaba allá parada. Se corría por acá y ella estaba acá. O sea, se desaparecía ella y se aparecía acá. Entonces dice que agarró la hoz, la comenzó a resontrar y con la hoz la quería cortar. Cuenta que no le daba nada, dice que él comenzó a renegar, resontrar.

—¡Quítate desgraciada de mi camino!

O sea que allí comenzó a gritar a mi hermano.

—¡Santos, ven, regrésate!

Entonces mi hermano, algo molesto se regresó.

—¿Qué quieres?

Iba parado allí, que se manoteaba con la mujer que lo quería agarrar. Mi otro hermano bien regresó, el burro regresó, paraba las orejas.

—¿Qué tienes?

—Ven. ¿Qué no ves que me ataca la mujer aquí?

Pero el hermano ya no veía nada.

—¿Qué no la ves?

—No.

—Mira está allí que me quiere agarrar, esta desgraciada, ésta que me quiere agarrar.

Cuando mi hermano se le acercó más con el burro se fue, se esfumó. Y mi hermano le dijo:

—¿Y qué tenías? ¿Por qué estabas que manoteabas?

—Es que me defendía de la mujer que me quería agarrar.

—¿Cuál mujer?

—La huaca. ¿Qué no has visto?

—No, dijo mi hermano al otro. No la he visto.

De ahí se vino otra vez.

—¡Espérame hermanito, espérame!, dijo.

Se vino allí con el burro y junto con el otro hermano, hasta que de ahí se enfermó. Cayó enfermo, comenzó a ponerse ciego, y para esto que no lo podían curar ningún médico, que se vaya donde un curandero. Vino un familiar de Chiclayo, le contaron todo, se lo llevó donde un compadre que tiene, curandero en Chiclayo. Dice mi hermano que lo curioso es que él ya no podía ver ni la hora del reloj ya, sólo podía ver la letra grande, ya no distinguía. Cuando fue al curandero:

—Que lo vea no más, que está enfermo.

El curandero le dijo exacto cómo era. Tan exacto como que si él le hubiera contado ya. Le dijo:

—A tí te ha aparecido una huaca, una huaca mujer, te ha asustado, te ha venido a ver de noche.

—Sí, sí señor.

—Es una mujer muy, muy mala, dijo.

Dice que en Chulucanas también le dijo un curandero igualito. Pero a él le llamaba la atención es que el de Chiclayo cuando él se fue allá y solamente le dijo:

—Señor sabe que estoy enfermo, quiero que me haga un rastreo.

Comenzó a leerle las cartas, como que si le hubiera contado. Que le había asustado la huaca, que le había ido a ver, que le había ofrecido riquezas, igualito. hasta que le dijo:

—Mira, ve. ¿Tú sabes por qué te estás poniendo ciego?

—No señor, por eso es que vengo.

—Fíjate, la huaca te está cegando para que cuando tú estés dormido ella va y se va acostar en tu cama y que tú no la veas. Para que no la veas entrar a tu cuarto. Pero sí te voy a curar. Menos mal que ya es el tiempo. Si la huaca fuera buena, te daría el secreto para que vivas con ella, y tengas riquezas; pero la huaca es mala. Esa huaca que hay por allí, por este pueblo de La Encantada, es mala. Porque te da riquezas, pero eso sí que es bien celosa. Si tú vives con ella, no puedes tener ninguna enamorada. Y si tienes tu enamorada allí y te casas con ella, por lo mucho durará seis meses. No más te durará. La mata, ella misma la mata. Puedes sacar cinco o seis mujeres, todas las seis te las mata, pero eso sí, te da riquezas pero al final te las quita, dijo. Te quita todo y te lleva a ti. Para eso, nada mejor te voy hacer el remedio, el secreto para que ni más te siga, te deje.

De ahí lo curó, con remedio, fricciones, secretos, que le hizo y le volvió la vista. De ahí mi hermano a los tiempos se acompañó, ahora es padre de dos hijos ya. Su esposa se llama Elena Flores. Un niño que se llama Wilfredo y la niña Jovana del Pilar, son mis sobrinitos. Y vive feliz, sin la huaca, no volvió más.

Pero pues, asustó a otro vecino mío, siguió, visitó, pero a este chico no lo asustó tanto como mi hermano. La veía entrar, la veía que se sentaba en su cama, él me decía, a mi me contaba. Hasta que yo le dije un día:

—¿Y por qué no haces una cosa?, es cosa del demonio, le dije. Consíguete velas, hazlas bendecir, una biblia y pues ponla allí en tu cama. Yo creo que son símbolos de Dios.

—No, no creo.

—Son símbolos de Dios y creo que te va auyentar.

Así lo hizo y después ya no llegó a verlo.

Desde mi hermano, nadie la vio; pero dice el curandero que siempre vive la mujer. A todo el mundo mira, al que pasa, está que lo mira; pero, nosotros no la podemos ver. Está que siempre da vueltas por las lomas.

LOS HIJOS DE MI TIA SANTOS CASTILLO

Fue un matrimonio que vivió por una loma donde dicen que viven las huacas, la señora es mi tía. Su primer hijo se le murió. Bien bonito su hijito, bien gordito, se le murió una hijita mujer.

La segunda, mujer -dice- estando bien, de la noche a la mañana, salió llorando y se murió. Bueno y pues, normal, ya se murió, pues, enfermedad ¿no? Y de repente, lo dejan así, en la salita velándolo. Como a medianoche, ya se acostaron ellos a dormir -dicen- y como a la una, dos de la mañana, se levanta el señor a darle vuelta al cadáver del niño que estaba muerto. No había nada de niño. Sólo estaba como que una persona ha ido y apartando las flores. Un niño muerto lo llenan de flores. Estaban las flores como que había cogido el niño, se lo había llevado. Este señor al ver que no había nada, se alarmó:

—Nona, Nona, no hay nada, de angelito.

Que le asustó a la señora.

—¿Qué no hay nada?

—No, Ven para buscarlo, dijo.

Se comenzaron dice a buscarlo.

—Pero hay que rastrear.

—¡No! ¿Se lo ha llevado un perro?

Pensaron que algún perro lo había llevado para devorarlo, comérselo. Buscaron con la lámpara bajo la mesa. No había rastreadero porque un perro no lleva un niño así, se va rastrando. No había absolutamente nada, ni de perro ni de chancho, nada. Comenzaron a buscar.

Mi tía me conversaba que ella comenzó a llorar a llorar. Que decían mañana cuando amanezca, ¿a dónde está el angelito muerto, qué se hizo? Dice que decía:

—Señorcito lindo, ni condenada soy para que me castigue Dios así.

Ellos dicen que fueron a andar buscando pues, busque y busque y no encontraban nada. Al roso fueron a buscar, había cerca un roso, nada. Y entonces iban a despertar gentes para que los ayuden a buscar, cuando se viene con un mechón grande, a buscar más lámparas allí en la casa. O sea el señor vuelve a la casa, el niño estaba abajo la mesa botado, pero boca abajo. Cuando comenzó a gritar:

—Vengan acá, vengan acá, está acá, está...

Lo hallaron, pero boca abajo. Dicen que lo vieron, estaba carita enterrada. Dice mi tía Santos Castillo, le agarró los brazos, le limpió la carita y lo han vuelto a acostar. Pero ya no se han movido, han sacado sus camas allí y no han podido dormir, cuidando.

Y al tercer niño otra vez se le murió. Es así que después lo cuidaron allí hasta que se sepultó. Ese niño sí no lo llevó. Mi tía cayó enferma y enferma. Por los médicos, nada. Fue donde un curandero, recién la pudo curar. Y es que le dijo, sin decirle pues:

—A ti se te han muerto tres niños.

—Sí, dijo.

—El primero, el segundo y el tercero y a uno de ellos que la huaca se lo ha llevado en cuerpo y alma. No creas que los niños se

murieron con enfermedad de Dios; la huaca se los está comiendo, ella se los está llevando.

—¿Pero cómo?

—Ustedes habrán sabido que un día se han asustado en la noche porque el niño desapareció de su mesa.

—Sí, verdad señor.

—Y después lo han encontrado boca abajo muerto.

—También.

—Ella se lo ha llevado y porque vio que lo estaban buscando, lo dejó allí. Y así que ustedes, para que puedan vivir, tienen que cambiarse. Ha comenzado con los niños, de ahí va a comenzar con la señora y después viene contigo, dijo al señor.

Entonces tuvo que salir de allí y de allí tienen su familia acá ya.

LA HUACA Y EL NIÑO QUE CONVERSABA

Había un señor, cerca por allí, su esposa tenía un niño varoncito, pero que él ya caminaba, cuatro años creo que tenía el niño. Siempre conversaba en el cuarto, conversaba en el cuarto, que la mamá lo iba a ver.

—¿Qué tienes que conversas?

—Estoy conversando acá con esta chinita que está allí

—¿A dónde?

—Se fue, ahora se ha ido.

La señora:

—Que bueno, natural no, está jugando el niño.

Siempre así que conversaba, le decía:

—Con esta chinita que está allí.

—¿A dónde está ahorita?

—Ya se fue, esta chinita bien bonita que estaba allí.

Y después, un día tocó que se desapareció a la tarde y andaban que busque y busque. Andaban buscando y cuando dice mi hermano que en un horno viejo de hacer ladrillos lo hallaron al niño boca abajo, metido allí pero ya mudo. Ya no hablaba, que quien sabe qué le habrá pasado. No lo curaron, se murió.

LA VIUDA

LA VIUDA Y MI ABUELO

Todo ha sido árboles por allí, ha habido una pampa grande donde ha habido un zapote. Cuanto viejo, que de viejo se había caído y que ahí estaba este tronco años y años. Como en esta época había bastante leña, nadie le daba importancia a este tronco.

Bueno, mi abuelito me cuenta que él estaba que no podía dormir a medianoche. La luna -como el día- bien clarita y dice que de repente escuchó una tropelada de caballos, un ladradero de perros que aullaban, que dijo:

—Ve, ahí va a venir mi yegua con los caballos. Se habrán bajado a tomar agua al río.

Bueno, como estaba despierto, se salió afuera a la calle. Dice que al ver que no había nada de caballos, pero el tropel seguía, dice que dijo.

—Amigo, ¿y esto qué cosa es? No hay caballos y ¿por qué suenan las patas del caballo por allí?

Y dice que de repente ve un bulto negro sentado.

—¿Quién será esta mujer que está allí sentada en el tronco?

Bueno, mi abuelito dice que él se va acercando más allá. De repente la ve que la mujer, ya más cerca la ve, que se peinaba y peinaba. Pero grandazo el pelo, todo negro. Dice que se levantó la mujer, se paró, comenzó a caminar, entonces el pelo le rastraba y sonaba como piel de chivo tieso, que le arrastraba por el suelo,

comenzó a soñar bien feo.

—Ni para los cojudos me quedo aquí. Es la viuda, dijo él.

Se entró corriendo a su casa, allí la dejó en la calle, ni más salió a verla en la noche.

LA VIUDA Y EL COMERCIANTE

Mi hermano, que ahora vende en el mercado en Chulucanas, me cuenta que un amigo de él venía de Canchaque —de Canchaque o de la sierra— venía a vender. Vino a su casa y le avisaron:

—Oye, te han llamado por teléfono, que tu hermano viene de Chiclayo y pasa a Tumbes. Que vayas ahora porque ya no puede venir por acá. Que te espera con la mercadería en el hotel Vicús. Tienes que ir rápido.

El señor sólo almorzó y se ha ido a Piura, por la línea, en comité pagando carrera, se ha ido de tarde. Ha llegado al hotel Vicús, ha encontrado a su hermano que le dijo:

—Bueno ahí te traigo la carga, lleva toda la merca.

—Bueno antes que te vas, vamos a tomar un parcito de cervezas heladas.

Se han ido a tomar, se ha hecho tarde ya, se ha venido como a eso ya de las ocho de la noche. Pues venía en un carro que pasaba a la sierra, allí se vino en este carro, pero que le dijo el dueño.

—Yo no adentro a Chulucanas, sólo paso de frente a Morropón.

—Ya no importa déjeme en el Cincuenta.

Se ha venido y estando cruzando por el Cincuenta se quedó, y dijo:

—¡Y ahorita!

El tenía un amigo en el Cincuenta que tenía una camioneta. Dijo:

—Este, voy a ver a mi amigo aquí, para que me lleve a Chulucanas.

Se fue a despertar a su amigo. Entonces su amigo ya sabía que a estas horas no se puede transitar; un camionero no puede transitar solo. Para esto era ya como las diez, once de la noche. Que se puso a tomar café y que dijo:

—¡Anda! Aquí, si me quedo con mi carga, me puedo dormir y alguien se hace el avión con la mercadería. ¡Vamos! Te pago la carrera para que me lleves a Chulucanas.

—¡Queeé! ¿A estas horas te voy a llevar? ¿estás loco tú?

—¿Por qué?, te pago la carrera. Hermano, hazme este favor.

—No, te lo digo hombre, es muy de noche y no te puedo llevar. Duerme aquí no más, mañana te voy a dejar, temprano te vas.

—No, si es que tengo que alistar carga ahora en la noche mismo, para mañana. Voy a salir a la fiesta.

Se iba a una fiesta.

—Por esto que ahora mismo he recibido una llamada telefónica y al toque me fui a Piura, a llevar la carga. Tengo que preparar, seleccionar la ropa, repartir.

Y entonces que le dijo el amigo:

—Bueno pues, vamos a ir, voy a sacar el carrito para ir.

Ha sacado la camioneta. ¡Fíjese! que ha habido un chiquito de esos que venden pan, era de Chulucanas y que ningún carro lo quiso traer. ¡Fíjese! pobrecito el chiquillo, allí estaba con su canastón de pan sin pan ya que había vendido todo su pan. Pero alzaba la mano para que lo traigan los carros y ninguno lo había querido traer. Entonces el chiquito estaba por allí por la carretera esperando que tal vez lo traiga un carro.

Dicen que alzarón la carga, ¡vamos, vamos!, venían conversando de cosas, así algo por el estilo.

—Señor, lléveme a Chulucanas, dijo.

Dijo el señor que se venía con la carga:

—Oye, hay que llevar al chiquito, pobrecito, cómo se busca la vida acá. Así desde chico se aprende a trabajar y como se sufre, no.

Hay que llevarlo hombre. Hermano, dile que suba su canastón allá arriba.

—Ya, ¡sube!

Subió el chiquito atrás.

Que le dijo el dueño del carro:

—No, dile que suba acá adelante.

—Ven, ven, sube acá.

Y lo puso en medio de los dos. Y bueno se vinieron del Cincuenta a Chulucanas.

Conversaban, y en todo el cruce, donde dice "Feliz viaje" hay un cartel allí que dice "Feliz Viaje", dice que allí venía. Cuando en el foco del carro venía una mujer, toda vestida de negro, que se le cruzaba en la pista, pero que se le arrastraba el pelo, todavía arrastraba el pelo desde allá.

Que dijo,

—Hermanito, la viuda!

¡Zuumm! ha hecho un quiebre en el volante y otra vez entró en la carretera. Que le dijo el dueño del carro:

—¡No la mires hermanito, no la mires!

Dice no más que le pisaba el acelerador del carro y se ha embalado a Chulucanas. Dice que le dijo:

—No la mires, porque si no, hoy te priva.

Y él dice, que cuenta que nunca en su vida había visto

Dice que tentó, tentó por mirarla. ¡Uyy! la miró, dice que allí venía la mujer, que como que le rajuñaba el carro. Uyy! que se embaló, se vino. Nos ha seguido un buen trecho.

Y llegando acá en Chulucanas, que dijo el dueño del carro:

—No, dijo, aquí me das posada, yo no me voy, ni por vainas al Cincuenta.

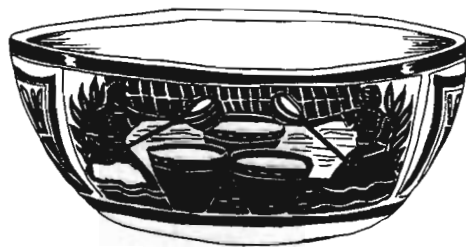
Dice que al otro día, comentaban que todo eso. Dice que dijo el señor:

—Yo nunca había oído decir que sale la viuda, que sale la huaca, que el muerto, que tanta cosa, pero ahora yo he visto.

Ellos pensaban y decían:

—Que tal que si no hubiéramos traído al niño.

Que la salvación de ellos ha sido el panadero, el niño panadero, que lo trajeron en medio. Porque este niño representaba un angel todavía que asusta a la viuda, no dejó que le pase nada. Y piensan que todos estos muertos que hay por allí, que no se sabe nada como se mueren, que amanecen muertos, que cómo se chocan. Unos piensan que es la huaca que los hace chocar. Porque allí, en el cerro, entre Chulucanas y Vicús, hay muertos, que aparecen muertos motociclistas y no se sabe cómo murieron, cómo se chocaron. Por eso que piensan que gracias al niño se salvaron; si no, hubieran chocado.



LAS CUIDADORAS

Esto escuché de un señor, siempre cuentan en los chicheríos que iba este señor y se quedó a tomar en La Encantada. Y el tenía un burro que era burro hechor. Le llaman burro hechor al burro que se crió con las yeguas desde chiquito. Entonces caza solamente a las yeguas, para obtener ésta la cría: el macho o la mula. Bueno, este señor estaba con su hechor, estaba tomando en La Encantada. El burro se suelta de la soga y se corre, como era del campo, se va corriendo al campo en busca de yeguas. Y este señor lo sigue.

Ya anciano, no avanzaba a caminar mucho y al momento que sigue al burro, nadie lo ayudó a seguir, pues era el dueño, no más que se fue. Llegó al Zanjón. En La Encantada hay un sitio que le llaman el Zanjón, que es lejos ya, es lejos, queda hacia afuera. El ya no lo seguía al burro, si no lo seguía por el rastro y por el rastradero de la soga. Y allá se le metió por la loma de Gamaraz donde ha habido bastante huaco. Y de ahí, este señor, hubo una parte en que se le confundió los rastros ya, andando busque y busque. Entonces, allá ve que el burro había guaneado, el guano fresquito. El lo vio, dijo:

—¡Esto es el burro!, allí está, recién ha guaneado.

Se iba solito, sin miedo decía él. Un señor que no tenía miedo, nada, allí iba por Gamaraz, la loma de Gamaraz donde dicen que asusta también.

Y de repente, él, que iba así caminando, cuando escucha que alguien conversaba por esa loma solitaria, oscura y que dice;

—¿Quién es ésta que habla por aquí?

Voz de mujer, en eso sonaba que como quien va contando plata, como quien cuenta monedas, una, dos, tres... Dice que se quedó escuchando el sonido de la plata y se escondió entre los matorrales, entre zapote y árbol. Había una luz amarilla y miró, eran dos viejitas, bien ancianitas, con su ropa bien viejita que sacaban la plata por un lado y la llevaban para otro y allí la contaban.

El señor pensó:

—Esto no es cosa de este mundo, estas son las cuidadoras de la Loma del Gamaraz, porque cómo están allí cuidando.

Dice que él agarro y se fue. Allí se quedaron las viejitas que contaban la plata. Se fue siguiendo su burro, no más las vio ya.



EL PERRO NEGRO

El perro negro es un cuidador de un entierro, me dijeron. Yo pedí una explicación una vez.

—¿Y por qué cuidador?

Me dijeron mis abuelitos:

—Ve, en antes, cuando no había bancos, la gente vendía sus animales y esa plata no la tenían en la casa, allí en la casa, sino la iban a esconder, por decirle a esa loma. Sólo el dueño de la plata sabía dónde está la plata, iba en una ollita. Tenía la costumbre, para el secreto, para que no hallaran la plata, le enterraban con una cabeza de perro o un cuero de gato. Este cuero lo sacaban y lo cosían y ya servía como bolsa, este cuero. Enterraban allí la plata. Y entonces, si el dueño se moría y no daba a saber que allí quedaba un entierro, entonces con el tiempo salía un gato. Pero era el cuidador de este dinero. El perro era también cuidador de un dinero. Le ponían solo la cabeza de un perro negro. Al salir, ya no salía la cabeza sola si no todo completo.

EL PERRO NEGRO Y LA FAMILIA DE MARCELINO CHIROQUE

Fijese que una señora vivía cerca de mi casa, justamente estaba hablando con el señor hace poco, con el esposo de esta finada. Dice que cuando ellos estaban durmiendo llegaba un perro, un perro negro, orejas grandes, dice, pecho blanco como lanudo y rabo banderudo, pero enrollado por arriba. O sea, creo que entiendo que tenía lana ¿No? Rabo banderudo. Este perro siempre asustaba a la finada mujer. La despertaba que la lamía, dice la cara. Se despertaba

y era un perro negro y nadie lo corría a este perro y tenía unos perros que les cuidaba y más bien no lo mordían, se ponían a aullar. Se sentaban los perros a aullar dice, no lo mordían como un perro cuando no conoce a otro perro que viene de afuera, se encaracha. O sea se pone malito y se pone a pelear ¿No? Pero este no, más bien se corrían, volvían el rabo entre las piernas y se ponían a aullar.

Y así fue, la señora fue cayendo enferma, enferma y enferma, años se fue secando, secando. Y los curanderos le habían dicho:

—Un perro la llegaba a asustar. ¿Es verdad o no?

Dijo la señora:

—Sí es verdad me llegó a asustar.

—Ya y no sólo lo has visto si no todos en tu casa lo han visto.

—Sí verdad.

—Y es que todos en su casa pues lo vieron siempre salir. O si no tenía costumbre de lamer los platos. Por eso, aunque ustedes laven los platos, al otro día tienen ustedes que volverlos a lavar.

—O sea que este perro te está chupando la sangre. Es un perro cuidador de una huaca. Y dice que los curanderos le decía:

-Ya no, ya no tiene remedio, ya se la ganó el perro.

Y cierto, murió la señora, así como le habían dicho los curanderos.
-Va morir bien flaquita, sequita, porque el perro se la chupó.

Y así fue, murió bien flaquita.

El perro volvió aparecer al señor, al esposo. Dice que él una vez que estaba con la luz prendida, durmiendo dice, cuando de repente "¡Tlac!". Le sentía los lenguazos en la cara. Dice que despertó, el perro allí. Dice que se agarró un palo y se fue dándole garrotazos. Lo que le daba garrotazos, los garrotazos, cuenta, que daban al aire, nada. Pero él veía bien que le daba, pero el palo cruzaba como si cruzaba un humo. Dice que el perro saltó los cercos, se lo siguió, dice a palos. Un perro distinto, dice, los demás perros más bien se ponían a aullar. Se lo siguió del corral a la loma, dice, y por allí se caían los chilalos, de miedo se caían, dijo él:

—Yo creo que esa es la cosa mala, voy a regresar.

Se regresó dice; y de ahí, dice que se hizo curar. De ahí, cambió su casa; vive por aquí no más. Se llama Marcelino Chiroque, es un señor ya de edad. Dice que él siguió al perro negro, que lo vio así, despierto, que luchó, peleó.

Este perro sale porque va asustando a varios. Asusta porque se le da la gana de salir a asustar, o el que encuentra cuando sale a pasear, lo asusta. Yo soñé, pero viéndolo en sueños, sólo durmiendo y que de allí donde había una casa que el caterpillar la barrió, por allí atrás, por esa loma, allí vive el perro. El perro era cuidador de un entierro de plata.



LA MESA MALA

Esto se le ocurrió a un señor que se llama Marcelino Chiroque Ramos. Bueno él me cuenta que siempre cuando iba a huaquear, siempre encontraba piezas finas y hasta que siempre soñaba que encontraba algo bonito. Y un día abriendo un canal para regadío acá en Huápalas, por un sitio que llaman el Monte Zambo, dice que estaban excavando, dice que encontraron una olla. Una olla con tapa, pero huaca, pero con bastante piedras finitas, piedras en figura de peces, pero brillaban estas piedras.

Entonces dice que él ha comenzado a hacer bulla, a gritar a los demás amigos:

—Vengan a ver, muchachos, vengan a ver lo que me he encontrado, una olla con cosas adentro.

Entonces los demás muchachos, los demás regadores, trabajadores, vinieron. Y dice que vieron la olla, dijeron:

—Es olla huaca, es mesa.

Entonces dice que los demás comenzaron a sacar y hubo uno que se llevó unas piedras, se llamaba Pancho Paz. Y el hombre se llevó sus piedras en la casa, en la olla.

Bueno naturalmente entró, las guardó en la maleta. De noche sonaban las piedras "Trac...". Sonaban, sonaban en su maleta, sonaban, sonaban sólo de noche, como que brillaban, chispas de candela. El señor Pancho Paz se llevó las piedras y cayó enfermo y

murió bien sequito, bien sequito murió, botando sangre. Y enseguida el señor cayó enfermo, cayó enfermo y se hizo ver de un curandero.

El curandero, un señor Pedro Moreno, creo sí, Pedro Moreno que le dijo:

—Tú te has hallado un entierro de una mesa. Y esa mesa es una mesa mala, son de los Incas, de los gentiles y es mala. Que si era mesa buena no estuviera allí, haciéndoles daño a ustedes.

Bueno dice que le dijo:

—Te voy a curar, pero tráeme esas piedras, tráemelas para yo arreglarlas, fresquearlas.

Y que este señor le ha llevado las piedras. Y que todavía le dijo:

—Uno de tus compañeros ha muerto, porque las piedras huacas se lo han comido. Muerto seco, botando sangre.

—Sí, sí señor.

—Y ahora se van contigo, si no te curas, también mueres así.

Y se hizo curar, llevó las piedras y se las entregó a este señor.

Eso era una mesa huaca de los Incas. Porque también han existido los curanderos desde la época de los Incas. Posiblemente por un brujo malero tienen poder hasta hoy. Tengo entendido que cuando no las fresquean, comienzan a chuparse las personas que las tienen, ellas necesitan comer, absorber algo, y si los coje al humor de uno, se va. El curandero las fresquea, las florece con florida y él ya las toma a cargo, él ya sabe los secretos de éstas artes y quedan como para sus implementos de sus mesas.

EL DIABLO DE VICUS

El diablo es el demonio; no es huaca sino demonio. Se lo conoce porque siempre anda, dicen, ofreciendo dinero. Que se aparece o priva a la gente. No está en las lomas; sino en los cerros. Por allí está en el cerro Vicús, también hay una cueva del diablo en el cerro Ñañañique. El diablo es diferente a los huacos. Averigüe y le van a decir en el Cincuenta hay compactados con el diablo, el diablo de Vicús.

EL DIABLO Y EL CAMPESINO

Es que un señor campesino andaba por Vicús en busca de trabajo ya que estaban sus hijos enfermos, inclusive, y no halla trabajo. Entonces, este señor se fue a buscar trabajo lejos, en las chacras, y de repente en el camino encuentra un señor, sentado en una piedra, bien vestido, con camisa blanca, con botas y sombrero chiquito. Bueno el señor campesino lo saluda:

—Buenos días señor.

—Bueno días, que buscas por aquí.

—Señor voy buscando chambita.

—¿Sí?, ¿que no hay trabajo?

—No encuentro trabajo, no hay fíjese. Caramba que tengo a mis hijos enfermos y necesito plata y no hay trabajo. Me voy a esas chacras a ver si por allí me dan trabajo, para pedir socorro.

Socorro le llaman que piden plata adelantado, un adelanto.

—Bueno, si quieres trabajo te doy. Yo tengo trabajo.

—¿No?

—Sí.

—Deme trabajo, pero a ver si me da un adelantito.

—Ya hombre, te puedo dar. Mira, ándate por este camino, cruza una puerta, la tercera puerta. Allí vas a encontrar una casa y entonces llegas de parte mía, de parte del Patrón. Vas que te den plata, que te den la plata, lo que tú quieras.

—Ah, ya señor, muy bien.

Se ha ido este campesino, ha llegado a una puerta, una puerta que no había visto él; es que él no había visto camino. Ha cruzado esta puerta, otra, a la tercera allí vio gente. Que dijo el señor:

—Sabe que vengo de parte del Patrón, que si me podrían dar un adelanto que me den plata, plata que voy a trabajar.

—Ah, ya, pero pasa adelante.

Dice que sacaron unos paquetones de plata.

—¿Abre tu alforja!, ¡Plal!, le echaron.

O sea que el campesino se asombró de tanta plata, paquetones pues de plata, que su alforja casi la llenan, casi la llenan su alforja. Y él se regresó otra vez y dice que todavía iba el señor allí sentado.

—Ya te dieron, ya anda, anda pero no te vayas a quedar. Tú tienes que venir aquí mañana, cuidado con quedarte.

—No señor, mañana llego a trabajar.

—Ya pues, anda, lleva esta plata a tu casa, guárdala.

—Muy bien, dijo. Qué tanta plata. ¿Por qué me habrá dado tanta plata?, y se vino a pie.

En esa época rondaban los tenientes, los tenientes gobernadores rondaban.

Y entonces lo encontraron a este señor con la plata, y el teniente, creyendo que era un hombre que andaba robando, lo capturó.

—¿Y de donde has sacado esta plata?

—No sé. Me la ha dado un señor allí.

—¿Cuál señor?

—Un señor ahí que me ha dado plata para que mañana trabaje.
—No -dijo- tú andas robando. ¿De dónde es? No, no, esta plata va conmigo.

Le han quitado la plata. Creo que ha sido un señor Bayona, que ya hace poco murió, que vivía en el Cincuenta. Era el teniente. Estuvo años enfermo, se llamaba, ¿cómo se llamaba? Fíjese que no me acuerdo cómo se llamaba, era Julio no, había Julio, Raúl, Pedro, eso Pedro Bayona era. Pero Bayona le quitó la plata y lo corrió:

—Eres un ladrón, te andas robando la plata.

Y se ha venido. Se cree que este señor Bayona le quitó la plata a este señor campesino.

Y el campesino se vino a darle a saber al señor. Lo encontró todavía, le dijo:

—Señor sabe que le vengo a dar una mala noticia.

—¿Cuál es?

—Fíjese que me encontró el teniente y dice que la plata es robada y me la ha quitado toditita.

—Ah, dice:

—Recién te has salvado dijo, recién tú te has salvado, pero él que te ha quitado la plata ese se va ir conmigo. Anda que te den plata otra vez, pero esta es para tí ya, tú estás salvo. Llévate ésta plata para tí ya.

Ha ido este señor y le han dado otra vez, y ésta se la ha llevado a su casa.

En esos días: ¡Pruu..! Amaneció, lo hallaron botado al teniente, que no habló hasta que murió. Pero estuvo años y años, sólo se secó de la cintura para abajo y no habló. Y creen, tienen entendido que, quién sabe, él fue el que le quitó la plata a este campesino de Vicús y que el diablo lo mató. Lo enmudeció para siempre, ese diablo de Vicús. Murió y no habló.

EL DIABLO Y EL BORRACHO

Dicen que este señor iba bien borracho, se iba mareado por el camino ya, bien tarde ya. Cuando de repente es que lo alcanza un automóvil, bien serenito. Dicen que iban allí unos gringos:

—¡Oh! dijeron.

Plantó el borracho.

—Amigo, ¿qué dice?

—Señor, ¿qué dijeron? ¿A dónde va?

—Aquí no más, me voy a mi casita, vengo de acá, me voy al Cincuenta.

Al Cincuenta o a Vicús, total que por esa zona, por allá vivía.

—Suba, suba, por allí lo llevamos.

—¡Ah qué bien!, dijo. Me voy en carro ya. Muchas gracias señor, muchas gracias.

Un carro pero que brillaba nuevecito. Y de repente que dice, cuando él está arriba en el carro, ha cerrado la puerta y dice:

—Gracias a Dios que me voy a ir en carro.

¡Pruumm..! Cayó sentado a la tierra. O sea que mentó a Dios y ¡Toc..! se desapareció el carro.

¡Pruumm..!, se quedó. O sea que la palabra de Dios es muy sagrada, ¿no? Salió del cerro Vicús el diablo.



ANIMAS
Y
DUENDES



Las ánimas, los muertos salen, asustan pero lo que quieren es misa.

LA ANIMA DE MI MADRE

Bueno, mi abuelito me contaba muchas cosas. Mi madre murió en el año 1956, yo nací en el 52 y me dejó de cuatro años nacido. Hace años que había muerto y una vez había una misa de un compadre de mi abuelito. Lo habían invitado y él entonces, porque no podía venir a la misa, mandó a mi abuelita:

—Anda tú en reemplazo mío que tengo que pastear ganado.

Así que dice que él tenía pescado, carne seca, en la campiña, o sea en el campo, debajo de un zapote, con su ramada y allí estaba el corral. Llegó a las doce, de pastear ganado, que el ganado se echó a los alrededores del corral, en los árboles.

—¡Caramba!, nada venía la Carmen con la comida.

Carmen se llama mi hermana. Y a mi hermanita, que estaba con mis otros abuelitos, chiquilla la mandaron a vender leche acá en La Encantada. Y mi abuelita, viniendo de Chulucanas, tenía que venir a cocinar el desayuno y enviarle con la Carmen, que había venido a vender leche aquí en La Encantada. Entonces mi hermana, como no venía mi abuelita, se entardeció esperando que venga de Chulucanas para que cocine y prepare la comida.

Mi abuelito nunca dejaba el cuchillo, cuchillo grande que andaba, machete. Como llegó a las doce:

—¡Caramba, nada, no hay nada de comer!

Solitito él, pero dijo:

—Aquí hay carne, voy a asar carne para comer.

Y su burro no lo ha desensillado. Se ha bajado, ha amarrado su burro así, a un lado y no le sacó el apero y se ha ido a recoger leña. Ha prendido la candela para que haya brasa para asar carne.

Dice que él ha estado en posición como quien saca camotes, apoyando, apoyando sus manos y sus rodillas en el suelo, así. Fuul, soplando la candela para que caiga la brasa, estaba asando carne, creo, iba a comer pan, porque tenía pan por allí. Bueno ¿cómo iba hacer su almuerzo? Y de repente el ganado corre, comienza a correr el ganado, a las 12 del día, se corrió el ganado. Dice que estaba así agachado, miró así no más al ganado. ¿Qué tuvo el ganado que se corre? Todito el ganado se corría y estornudaba de miedo el ganado, las ovejas se pararon, se corrieron dispersas.

Es que dijo:

—¿Qué le habrá asustado, el perro o algún zorro o alguien quiere puñar una oveja, qué pasa!

No había nadie. Entonces, el burro que estaba cerquita de él, dice que entonces "¡fruumm!", hizo, bajó y miró. O sea que el burro cuando hay una cosa, con las orejas mira y apunta donde está el miedo, no. Dice que el burro retrocedió de miedo, es que miró al burro y le miró las orejas, entonces él miró para dónde él burro miraba a las ovejas, apuntaba. Bueno, y dice que al mirar así vio a mi mamá. Vio a mi madre, vio que caminaba cerca del corral, así bien cerquitita a algunos metros me dice. Y dice que la vio en cuerpo y alma, así de día. Dice que vestido floreado.

—¡Ve!, la Andrea!, que le dijo él.

Pero se acordó que era muerta ya hace años. Entonces, la finada, dice, que se largó la risada, se rió, le escuchó la risa y se dio la media

vuelta, como un caracol. Se dio la risa y se regresó riéndose, todavía dice que el vestido se le hizo un ruedo. Como quien baila marinera, así se le hizo un ruedo el vestido. Se dio la vuelta, y le dio la espalda, caminó para atrás. Que la conoció, que era su hija, pero era años que estaba muerta. Entonces que le dijo:

—Qué cojuda, te ríes porque me ves cocinando, crees que yo no puedo cocinar. Ya vete de aquí.

Entonces él ya sabía que podía ser la cosa mala transformada en su hija. Entonces agarró el cuchillo y se ha dado palmadas en la cara.

Me dijo:

—Fíjate, yo la ví.

Le digo, yo nunca les digo abuelitos a mis abuelitos, les digo amá y apá, entonces yo le pregunto:

—Apá, pero dime, ¿al momento no ha sido que usted se ha quedado dormido. Tal vez cansado en lo que estuvo un ratito recostado, de repente se quedó dormido y fue una pesadilla que usted vio y cree que es día?

Pero, dijo.

—Muchacho, pero si yo ni siquiera no me he acostado nada. Me he bajado de mi burro, me he ido a traer leña, he prendido la candela, me he puesto a asar carne. Ni un ratito me he acostado siquiera.

—¿No se recostó usted en la quincha, no se recostó en el cerco y tal vez se quedó a descansar así esperando que se ase la carne?, y tal vez se quedó dormido. Y en este lapso que cerró los ojos usted se acordó.

Pero, dijo.

—Muchacho te estoy diciendo que yo ni siquiera he cerrado los ojos. Si yo estaba de hambre y estaba más de hambre que de sueño. De ahí me he puesto a pensar, porque habrá venido la Andrea si está muerta, yo le he hecho misas. Vuelta querrá otra misa. Bueno, te voy hacer misa, tal vez quieres que te haga otra.

Vestido floreado dice que llevó, de flores negras. Pero la vio tal como era ella, con su modo de peinado. Pero se rió, escuchó la risa, la vio toda. ¡Ah!, cuando se fue, dice él que ha quedado mirando. Se fue, estaba mirando hasta que se perdió pero no se perdió en una esquina, entró en un árbol, entre las ramas dice que entró, entre las ramas de un árbol. Se fue, la figura se fue, desapareció antes, que se volvió en nada dice, desapareció. Y le hizo misa después.



LOS DUENDES

Los duendes son almas infantiles que buscan salvación, quieren agua bendita.

LOS DUENDES DE LA ACEQUIA

Un señor aquí enfrente, el señor Márquez, nos contó que una vez él estaba por su corral y escuchaba que aullaban los perros, ladraban y ladraban y él se despierta, como tiene animales en su corral dice:

—De repente vaya a ser algún ladrón que quiera llevarse los chivos o las ovejas.

Se levantó a dar vuelta y cerca de su casa hay un canal, que pasa del rozo de Nómala. Entonces este señor se para ver y dice que vio pasar dos niños vestidos de blanco, con sus sombreros, todos igualitos los dos niños, de frente en medio del canal. Y los perros aullaban. Estos niños chiquititos que caminan, se van hacia afuera, al campo, se van a un sitio que le llaman los Cinco Montes, hasta por allá se van caminando.

Y tengo entendido que este señor dice que en otras épocas, más atrás, cuando la época de Miguel Seminario, estos resultaron dos abortos, que me creo que una mujer abortó abajo allá por el río. Y como estaban bombeando, como dijo mi abuelito que habían antes una bomba que bombeaba del río para los canales. Entonces esta mujer seguro los envolvió en una sábana y los metió en el canal y estos dos abortos vinieron con el agua dando vuelta y amaneció

atrancada la sábana y los niños se habían ido en la acequia. Como esta agua pasa hasta afuera, allí se habían ido.

Entonces el señor dice que en esta época, ellos vieron los niños mellicitos que se iban por los Cinco Montes, pero la sábana se había quedado. A los años, pasaban los años pero siempre los veía pasar, pero son los duendes, dice; son los niños que toman forma, se van por el canal adentro.

EL DUENDE DEL RIO

Un señor dice que venía caminando en bicicleta, venía borracho que empujaba su bicicleta y de repente por allí por el río un niño que llora, por el río. Dice que él dijo:

-¡Hey!, ¡ven carajo, ven la chucha de su madre!, dijo él, para darse ánimo él mismo.

Cuando el niño ensombrerado, venía con sombrero grande, dijo que lo vio. Huyó en su bicicleta, huyó y se las embolsó. Que corría. ¿A dónde se le veía la borrachera? Y allí estaba el niño detrás de él, en la bicicleta, que corría. En el barranco, llegando en la entrada de La Encantada, en la subida, allí lo dejó recién, dice.

Y se dice que era de un niño que lo hallaron por el río, que se lo estaban comiendo los chanchos, los perros ¡fíjese! Seguro que una mujer lo había abortado, lo había dejado así, recién nacido, hasta antes de que nazca y creen que es este niño el que toma forma. Esos duendes son almas infantiles que buscan salvación, buscan alguien que le echen agua bendita.

